THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

PRESENTED BY
LOUIS C. KARPINSKI
MATHEMATICIAN, BOOK COLLECTOR
FRIEND OF THE LIBRARY

917.3
H532d

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY,** and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It is **DUE** on the **DAY** indicated below:

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/delavidanorteame00hera

DE LA VIDA NORTEAMERICANA

OBRAS DEL AUTOR

De las horas vividas (Versos). 1921.
Andanzas y divagaciones. 1922.
Desfile de sombras (Historias de almas). 1923.
De la vida norteamericana. 1924. (Agotada).
La sombra de la ciudad (Novela). 1926.
Las huellas de los días (Versos). 1927.
El laberinto de los espejos. (Entretenimiento novelesco). 1928.
De la vida norteamericana (Impresiones frívolas.) (Segunda edición española). 1929.
De la vida norteamerciana (Impresiones frívolas). With Introduction and Vocabulary by Professor William F. Rice. Charles Scribner's Sons. New York. 1929.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

Vorágine sin fondo (Novela).
Indiscreciones (Notas y divagaciones).
De Nueva York a California (Nuevas impresiones norteamericanas).

ANTONIO HERAS

De la Vida Norteamericana

IMPRESIONES FRÍVOLAS

MADRID
1 9 2 9

ES PROPIEDAD

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24. — MADRID

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

Al

Profesor Harry Kurz,

a quien deben estas impresiones frívolas todo el interés y toda la simpatía que han despertado en los Estados Unidos, como testimonio de gratitud y de amistad cordialísima.

A. H.

917.3
H532d

566380

EN EL TREN

NUESTROS amigos nos recomiendan que hagamos de noche el viaje de Minneapolis a Chicago, cuya duración es de catorce horas aproximadamente. Nuestros amigos podrán tener razón; pero nosotros no les hacemos caso. Verdaderamente, el viajar por este país resulta la mayor parte de las veces bastante monótono. Las distancias son enormes, y el paisaje que vemos al amanecer suele ser casi igual al que descubrimos en las últimas horas de la tarde, después de haber recorrido centenares de millas. La Naturaleza es aquí

rica y varia, ciertamente; pero si se quiere gozar de esa multiplicidad de aspectos es preciso hacer recorridos de varios días en trenes rapidísimos. Por eso, nuestros amigos quizá tengan razón al aconsejarnos viajar de noche. Además de todo esto, las camas de los *Pullman* son verdaderamente cómodas, y se puede en ellas echar un sueñecito de ocho o diez horas cuando —como nosotros, a Dios gracias— se es un hombre apacible y vulgar, que ni padece de insomnio, ni tiene señora que de vez en cuando le remueva la bilis, ni graves preocupaciones que le perturben la digestión. Así, pues, si necesitáis viajar por los Estados Unidos, hacedlo de noche, y robaréis bastantes horas al aburrimiento.

Pero, no obstante sugestiones extrañas y propias experiencias, hoy nos hemos levantado casi al amanecer; hemos cogido nuestra ligera maletilla, y pocos minutos después entrábamos en la estación. Un negro toma nuestro equipaje de mano y nos

acompaña hasta el vagón en que debemos marchar; otro negro nos guía hasta nuestro asiento, una gran butaca giratoria del coche-salón. La gente va y viene apresurada por el andén. En nuestro mismo coche hay señoras y señores que hojean guías de ferrocarriles y leen periódicos de la mañana. Oímos retazos de una conversación en que suenan los nombres —para nosotros siempre inquietantes y sugeridores— de Nueva York, Chicago, San Francisco.

El tren se ha puesto en marcha. Cruzamos todavía sitios que nos son familiares: algunas calles de la ciudad; las márgenes del Mississipí, umbrosas y floridas; caminos por donde hemos paseado muchas veces; bosquecillos a cuya sombra hemos descansado muchas veces también. Y todo tiene la serenidad, la pureza, la frescura, el encanto de las primeras horas matinales, que parecen reflejarse igualmente en nuestro espíritu. Todo lo observamos con curiosidad y con delicia, y nos decimos in-

teriormente que hicimos bien en no dejarnos llevar por consejos extraños ni por experiencias y aun decepciones propias. Nos gusta, a pesar de todo, viajar de día. Aun nos domina la inocente curiosidad del muchacho que se pasa las horas sin sentir con la cara pegada al cristal de la ventanilla. Verdaderamente, campos como éstos los hemos visto ya muchas, muchísimas veces, antes de ahora, dentro y fuera de este país. Esta pradera, este bosque, nos parece haberlos cruzado también por tierras de Normandía o de Flandes; aquella colina de curva graciosa, cubierta de verdura jugosa y fragante, nos trae a la memoria otras del sur de Francia; junto a un riachuelo como ése, sombreado por chopos y sauces, nos detuvimos alguna vez, no sabemos dónde, acaso en un rincón de Galicia o de Asturias; las casas de campo son aquí iguales a las de Nueva York y Pensilvania; las ciudades que hemos dejado atrás se diferencian poco de las que más

adelante nos aguardan. Hay quien dice muy en serio que en América el que ha visto una calle o una manzana conoce una ciudad, y quien ha visto una ciudad puede decir que conoce todo el país. Pero nosotros seguimos observando con curiosidad todo lo que nos rodea y cuanto va desfilando con rapidez ante nuestros ojos.

De tiempo en tiempo, el *train boy* nos ofrece diarios, revistas, libros, frutas, helados, bombones. En el fumador, unos señores de aspecto clerical dialogan misteriosamente, mientras en la plataforma-observatorio se oye la charla incesante de unas maestritas que van a estudiar, durante los meses de estío, a la Universidad de Chicago. El *porter*, un negrazo enorme, de aspecto bonachón, va y viene solícito de un lado para otro; resuelve la consulta de aquella dama que acaba de hacer sonar el timbre; avisa al viajero que ha de bajar en la estación próxima, le cepilla de alto abajo y carga con su equipaje; recoge los

abrigos de estas señoras que acaban de entrar, y guarda sus sombreros, cuidadosamente, en grandes bolsas de papel. Y si nuestro viaje no hubiera de cesar tan pronto, el negro nos prepararía la cama, velaría mientras nosotros durmiésemos, limpiaría nuestras botas, y cuando al día siguiente le diéramos un dólar de propina sonreiría de una manera infantil y nos haría diez o doce profundas reverencias.

Si los trenes en cualquier lugar del mundo son un buen medio de observación, ¿cómo no han de serlo en América del Norte? ¿Cómo nos hemos de aburrir entre estos admirables filósofos, que se pasan doce o catorce horas seguidas con los pies en alto y los ojos clavados en el techo del vagón; entre estas señoritas nerviosas, que mientras el tren recorre cincuenta millas se leen dos o tres novelas, media docena de diarios y una abundante colección de *magazines?* Nosotros no nos podremos aburrir nunca en esos trenes que llevan de todo lo

imaginable: cuartos de baño, biblioteca, peluquería, etc., etc.; doncellas para vestir a las señoras; mecanógrafos y taquígrafos para auxiliar a excelentes caballeros que en el ferrocarril, como en sus despachos, pasan horas y más horas trabajando febrilmente en revolver cifras, dictar cartas y telegramas, en recibir noticias y transmitir órdenes; notabilidades de la política, banqueros judíos, sacerdotes de todas las religiones y sectas concebibles, propagandistas de todo género, aventureros de toda especie, señoras de todos los colores, tamaños, edades, gustos, ideas, aptitudes, etc., etc., etc. No; nosotros no nos hemos aburrido nunca en un tren norteamericano, y hoy mismo nuestras catorce horas de viaje van transcurriendo con una rapidez pasmosa.

Poco después de anochecido empezaremos a ver las luces de Chicago, y media hora más tarde entraremos en la ciudad desconcertante, enorme y ruidosa.

LOS RUIDOS DE CHICAGO

OCUPO por varios días la habitación 1.734 en uno de los mayores hoteles de Chicago, o lo que es igual, la habitación número 34 del piso 17. La vida de estos enormes, de estos magníficos hoteles —de que hablaremos algún día— es un aspecto muy interesante de la vida americana.

Cuando entramos por primera vez, tras una larga travesía o después de un viaje de muchas horas, en la habitación que se nos haya destinado, experimentamos una gran sensación de bienestar. El *boy* que nos ha guiado hasta allí acaba de marcharse. Dirigimos en torno nuestro una

mirada inquisitiva, y por exigentes que seamos nos habremos de sentir complacidos. Los muebles son nuevos y cómodos; todo revela pulcritud, orden, buen gusto. Nuestras necesidades más inmediatas y hasta nuestros caprichos más originales parecen haber sido previstos; en un instante el baño puede estar dispuesto; el lecho, amplio y limpio, nos invita al descanso, y, sin movernos de él, podremos resolver nuestros negocios o comunicarnos con nuestros amigos, a muchas millas de distancia, utilizando el teléfono, el telégrafo o el cable; las luces han sido cuidadosamente colocadas de la manera más conveniente; en el cuarto de baño, por medio de aparatitos automáticos, podemos adquirir al instante los productos de perfumería que nos hagan falta. Si al despertar por la mañana nos echamos a pensar en los muchos asuntos que tendremos que resolver durante la jornada, en las visitas y en las compras que habremos de hacer,

cuando nos disponemos a distribuir el tiempo y a trazar el plan de nuestras idas y venidas de la manera más práctica, nos encontramos con que una mano previsora colocó sobre nuestra mesilla de noche, cerca del aparato telefónico, un diminuto *memorándum*. En la mesita de escribir, además de papel de distintas clases y tamaños, tarjetas postales, impresos para telegramas y cables, hallaremos, entre otras cosas, un plano de la ciudad, una guía del hotel y una lista de precios de todos sus servicios. Sí; todas nuestras necesidades habían sido previstas, adivinados todos nuestros caprichos y satisfechas todas nuestras curiosidades. ¡Qué lejos nos sentimos aquí de las fonditas sórdidas y destartaladas, descritas por "Azorín" tan admirablemente, a que fuimos a parar tantas veces en poblachones hórridos y en viejas ciudades de España!

Apenas entro en mi habitación, me dirijo a una de las ventanas. Hasta allí sube

un rumor sordo, confuso, incesante, formado por mil ruidos diversos, apagados y fundidos por la distancia. Entre este zumbido monstruoso y constante se perciben, más distintos, el golpeteo de un tren eléctrico que pasa, el chirrido agudo de los frenos de un tranvía que se detiene de súbito, el rugido de una sirena, el tintineo de una campana, el alentar fatigoso de una locomotora.

Y desde allí contemplo el espectáculo grandioso y desconcertante de la ciudad, vista de noche: líneas de lucecitas pálidas, que se pierden a lo lejos, haciéndome seguir con la mirada el trazado uniforme de calles y avenidas amplias, rectas e interminables; manchas de claridad deslumbradora que marca la entrada de teatros y cinematógrafos o que brota de los escaparates de tiendas y grandes almacenes; siluetas obscuras de rascacielos enormes con sus innumerables ventanitas; anuncios eléctricos que cubren fachadas enteras de punti-

tos multicolores y rayas fosforescentes; las lucecitas movibles de unos coches del "elevado", que veo avanzar, aparecer y desaparecer a lo lejos. Y bajo el cielo obscuro, envolviendo a toda la ciudad, una especie de neblina luminosa, a trechos blancuzca, azulada o rojiza.

Entretanto, llega sin cesar hasta mi oído el rumor sordo, el zumbido formidable de la ciudad. Más tarde, cuando me vaya adormeciendo vencido por la fatiga, seguiré escuchando la enérgica palpitación de esta urbe activa y turbulenta. Y como tantas otras veces, al despertar en medio de la noche, podré oír todavía, más apagados tal vez, pero incesantes, los ruidos de Chicago, que parecen hablarnos de un ideal de vida rica y desbordante, de un ideal de lucha continua, de energía siempre creciente y cada vez más dominadora, de ambición insaciable; de un ideal, en fin, que tiene mucho de admirable y de horrible al mismo tiempo.

LOS PARQUES

Nos horroriza pensar lo que sería la vida en estas inmensas ciudades norteamericanas sin los grandes parques. El recién llegado a Nueva York o Chicago se pregunta continuamente: "¿Pero dónde está el campo?" La ciudad —ya lo hemos dicho repetidas veces— se diría que le persigue por todas partes, sin dejarlo escapar. El campo está lejos. Para llegar a él es preciso realizar un verdadero viaje. Por fortuna, los hermosos parques de las ciudades norteamericanas pueden hacernos olvidar un poco que vivimos demasiado le-

jos de la Naturaleza. Dos de los encantos mayores que Chicago tiene, sin duda alguna, son el lago Michigan, junto al cual se ha ido desenvolviendo la ciudad con una rapidez prodigiosa, y sus parques, emplazados varios de ellos en la misma orilla del lago.

Vivo cerca de dos magníficos parques: Wáshington Park y Jackson Park. En los dos —sobre todo en Jackson Park— he pasado ya muchas horas gratísimas desde que llegué a Chicago.

Hoy es domingo, y quiero pasarme el día divagando y leyendo frente al Michigan, entre las arboledas de sus parques. Tomo un libro; guardo en mi bolsillo un cuadernito de notas. Desde mi casa me encamino hacia Jackson Park. ¿Queréis acompañarme?

Por las calles nos encontramos ya gentes que en traje de baño se dirigen hacia las playas vecinas. Vestidos de esta manera, jóvenes retostados por el sol, muchachas

bonitas y hasta viejos respetables, van pasando al lado nuestro; muchos de ellos vienen quizá de dos o tres kilómetros de distancia.

Los parques españoles parecen existir para ser gozados nada más que con la vista. La gente pasa por ellos muy grave, con lentitud y corrección; todo está acotado, y quien se atreve a pisar una brizna de hierba se expone, por lo menos, a sufrir la airada reprimenda de algún guarda. Para nosotros, un parque viene a ser algo así como una decoración que hay que mirar —y nada más que mirar— a cierta distancia. Aquí, por el contrario, puede decirse que la gente toma verdadera posesión del parque. Al cruzar este bosquecillo, vemos grupos de muchachos y muchachas que charlan y ríen, sentados o tendidos sobre el césped, a la sombra de los grandes árboles; más allá otro grupo más numeroso, en el cual hay señoras y señores ya maduros, prepara la comida y tiende un blan-

co mantel sobre la hierba. En aquella extensa pradera de césped bien recortado, verde y sedoso, hay campos de *tennis* y de *golf*. Innumerables canoas van y vienen en todas direcciones sobre el agua serena y azul de la laguna. Seguimos adelante, y nos detenemos un momento después a contemplar un juego desconocido para nosotros; sobre el corro de los veinte o treinta jóvenes que toman parte en él flota la bandera sueca al lado de la norteamericana. Por todas partes tropezamos con gente que corretea, que charla, que ríe, que se satura de aire y de sol, sintiéndose aquí como en plena Naturaleza.

Nos hemos sentado junto al Michigan, este lago enorme, verdadero mar interior que tiene sus días de calma y sus días tormentosos, cuyas aguas, unas veces cristalinas y apacibles, rebrillan al sol, rizadas apenas, y otras veces, en grandes olas espumeantes, se estrellan violentamente contra el dique. El cielo es hoy de un pálido azul

neblinoso, y las aguas, muy quietas y transparentes, son ligeramente azules también. Nuestra vista flota en la lejanía, donde descubrimos la blancura de una vela y los penachos fuliginosos de unos vaporcitos que pasan. A nuestra espalda continúa sin interrupción el desfile rápido de innumerables automóviles, y en torno nuestro hay chicuelos que corren y chapotean en el agua, gentes que leen o que miran filosóficamente al horizonte lejano, y grupos de muchachas encantadoras, cuya charla espiritual y cuyas risas claras y alegres seguimos escuchando de continuo.

En las playas la gente joven se entrega a toda clase de *sports*, corretea, salta o, tumbada sobre la arena, toma baños de sol. Por todos lados, "las sirenas del Michigan" —como llama un periódico que acabo de hojear a estas bañistas adorables— van y vienen, luciendo sus trajes caprichosos.

Se oye sonar repetidas veces la sirena de

un vaporcito que va a partir hacia el norte de la ciudad. Nos dirigimos a él, y momentos después nos ponemos en marcha. Mientras dura la breve travesía de ocho o diez millas, mientras miramos desfilar a lo lejos las siluetas borrosas, apiñadas y desiguales de los edificios más próximos a la orilla, media docena de negros tocan guitarras y violines, y cantan a la vez, con voces estruendosas, canciones de América del Norte y de Hawai.

Al desembarcar, ya sabemos que nos aguardan los mismos tipos y las mismas escenas en las playas y en los parques. La gente bullirá y se agitará por dondequiera, llenándolo todo. En los restaurantes próximos no habrá un solo lugar vacío; en Lincoln Park, lo mismo que en Jackson Park, los griegos, vendedores de helados y golosinas, harán hoy buenos negocios.

Y hasta bien entrada la noche buscaríamos inútilmente un rincón solitario en es-

tos inmensos parques. Durante el resto de la semana, en cambio, casi toda esta gente vivirá entregada por completo a la dura y emocionante conquista del dólar, y seremos dueños exclusivos de estos bosquecitos llenos de sombra, de estas praderitas verdes, de estas amables orillas del lago Michigan —sin contar algunas parejitas de enamorados, y algunas buenas mamás que vengan a hacer labor y a pasear al nene—, cuatro infelices que perdemos muchas horas de nuestra vida aun aquí, donde dicen aquello de que *time is money*, entregados a lecturas inútiles y a imaginaciones o pensamientos absurdos.

LA MAÑANA DEL DOMINGO

TODO americano que se respete o todo extranjero que aspire a americanizarse debe hacer inevitablemente dos cosas durante la mañana del domingo: ir a la iglesia y leer el periódico.

Aquí, para vivir en paz con Dios y con los hombres, es preciso ir a la iglesia. Lo de menos es que seamos católicos, luteranos, bautistas, unitarios, episcopales, metodistas, judíos, mahometanos, budistas, etcétera, etc.

Lo importante es tener un dios —sea cual sea su nombre— a quien pedir la paz

en esta vida y la eterna felicidad en la otra, y una iglesia adonde asistir los domingos por la mañana.

Este es el país de las propagandas formidables: propaganda en favor del voto femenino, propaganda contra el consumo de bebidas alcohólicas, propaganda en favor de la americanización o de la asistencia al templo los domingos por la mañana.

Durante varios días hemos oído y leído por todas partes: *¡Go to Church!* (¡Id a la iglesia!). Hasta en las ventanillas de los tranvías, en letras enormes, vimos estampado el piadoso consejo. Y yo, como hombre vulgar que no gusta discutir con nadie ni llevar la contraria a nadie, que prefiere a los peligros e inquietudes de pensar por cuenta propia, dejarse arrastrar por la corriente, los domingos por la mañana me suelo poner el trajecito nuevo y la corbata más flamante, me hago lustrar las botas y me dirijo a la iglesia; a ésta o

aquélla —¿qué más da?—: el caso es ir a la iglesia.

Ir a la iglesia en la América del Norte no significa lo mismo precisamente que en España. En España decimos que vamos a la iglesia para cumplir con Dios; en este país se va a la iglesia para cumplir con Dios y con los hombres. Aquí, en la iglesia, además de asistir a los oficios sagrados, oímos oradores de primera línea, músicos y cantores excelentes, y somos presentados a gran número de personas, entre las cuales tal vez encontremos amigos que nos sean útiles o que nos resulten interesantes, y hasta pudiera ser que tropezáramos con la felicidad, encarnada en una adorable *girl* de ojos azules. En este país para estar bien con Dios y con los hombres, para significar algo y conseguir algo, es preciso tener automóvil e ir a la iglesia.

La última vez que cumplí con este gran deber de todo buen americano, fuí a una iglesia bautista. Desde la calle pasé por

una puerta angosta a una escalerilla de madera. En lo alto me aguardaban unos señores muy amables, que salieron a mi encuentro. Nos dijimos nuestros nombres y cambiamos un apretón de manos. En el templo, en forma de anfiteatro, con una gran tribuna en el fondo, tomé asiento en un banco amplio y cómodo. Presencié ceremonias nuevas para mí. Un señor, de levita, pronunció un sermón; una señorita tocó el órgano; otra cantó admirablemente. Nos pusimos de pie y nos volvimos a sentar repetidas veces. Distintas veces también los fieles repitieron versículos de la Biblia y entonaron corales muy bellos. Después, a la salida, nuevos apretones de manos, nuevas presentaciones..., y hasta el domingo siguiente.

Lo que más me ha llamado la atención en cuantas iglesias, de cultos muy diversos, he visitado es el gran desprendimiento de los fieles. Al pasar por delante de nosotros los cestillos de palma o las ban-

dejas de metal, los veía siempre llenos de monedas de plata, de billetes y de sobrecitos cerrados misteriosamente, que de fijo contenían valiosas sorpresas. Verdaderamente, ha de resultar delicioso en América del Norte ser cura católico, pastor o rabino. En España, en cambio —¡hasta en eso nos vamos quedando atrás!—, ya ni aun vale la pena de aspirar a canónigo, símbolo hasta no hace mucho tiempo de la perfecta felicidad.

Otro de nuestros deberes dominicales, ya lo hemos dicho, consiste en leer el periódico. La primera vez que en Nueva York o en Chicago compramos el número del domingo de uno de los grandes diarios, nos sentimos llenos de asombro y hasta de verdadero terror. "¿Qué voy a hacer yo —se pregunta uno— con tanto papel?" ¡Más de cien grandes planas de letra apretada y menuda, de caricaturas, de grabados! "¿Qué hacer con todo eso?". Cuando vamos al restaurante, cuando subimos

al tranvía, cuando llegamos a casa, no sabemos dónde colocar aquel enorme montón de telegramas, de noticias sociales, de literatura, de chiste, de anuncios de todo género. Ni sabemos por dónde empezar a leer ni cuándo podremos concluir. Nos sentimos envueltos y medio ahogados por la ola enorme de papel impreso.

Pero, poco a poco, vamos aprendiendo a hacer menos difícil el cumplimiento de este inevitable deber. Yo, actualmente, no pierdo más de diez minutos en leer el periódico del domingo. Como la política de este país me resulta cada vez más incomprensible, paso por alto tal clase de información. Después de consagrar seis días de la semana a la literatura, el domingo, claro es, no hay cuento que no me resulte sandio ni poesía que no me parezca cursi. Las noticias sociales van al cesto sin mirarlas; me tiene sin cuidado que la señorita Fairhope se case o no se case, que el señor Strong vaya al Japón o se quede en

California, que la señorita Nightingale cante como los ruiseñores o que la señora Speaker pudiera dejar chiquito a D. Melquiades. En cuanto a espectáculos, me atengo al de la vida, que es el más regocijante. Si consulto a mi bolsillo, me indica claramente que debe tenerme sin cuidado que los francos suban o que las libras bajen. Así, pues, voy eliminando secciones y más secciones. Y después de mirar los títulos —nada más que los títulos— de las noticias más sensacionales, y los retratos de los hombres del día y de las *beauties* de moda, lanzo un suspiro de satisfacción; ¡ya tengo leído el periódico!

EN EL ELEVADO

MUCHAS veces, para ir de un barrio a otro en esta inmensa Chicago, es preciso realizar un verdadero viaje. Desde el automóvil que nos lleva rápidamente a través de la ciudad, desde el tranvía o desde un coche del ferrocarril elevado, vemos que las calles rectas, interminables, uniformes, se suceden sin cesar unas a otras. Transcurre el tiempo, y continúan pasando ante nosotros calles y más calles, que nos parecen siempre las mismas. Y experimentamos la sensación de hallarnos pre-

sos en una ciudad monstruosa, que nos persigue y nos rodea por todas partes cuando de ella queremos huir.

Desde el barrio apartado y silencioso en que ahora vivo, tengo que dirigirme hoy al centro ruidoso y febril de Chicago. Un paseo en el elevado resulta siempre un espectáculo divertido; y me encamino hacia la estación más próxima. Subo apresuradamente la escalera. Al llegar al andén veo que un tren acaba de detenerse. La gente entra y sale con nerviosa impaciencia, y al instante nos ponemos en marcha.

En torno mío, como tantas otras veces, descubro los tipos más diversos y contradictorios, desde la rubita delicada y espiritual, al negrazo horrible; desde el señor apacible, hasta el neurasténico, obstinado masticador de gomas, que hace movimientos y gestos de impaciencia; desde el japonés diminuto, al sueco enorme... La gente, en todas las estaciones, sigue saliendo y entrando sin cesar. Pero ahora no es

esta mezcolanza absurda y pintoresca lo que llama mi atención.

Pasear en el elevado, al mismo tiempo que un espectáculo curioso, resulta una lección muy instructiva. Leed los anuncios del coche en que marcháis o de la estación a que hayáis llegado, y os encontraréis con los más graves problemas resueltos. ¿Queréis descubrir el secreto de la elegancia? Pues no perdáis ni un momento; marchad a este o al otro gran almacén, y compraos allí un traje o un sombrero. ¿Queréis ser felices? Pues adquirid al punto las pastillas maravillosas del doctor B., que regularán vuestras funciones digestivas y os purificarán la sangre. ¿Queréis triunfar en la vida? Pues acudid al momento a la Academia de Baile de la señora X. Echad una ojeada en torno vuestro, y veréis allí anunciado todo lo concebible y lo inconcebible, desde la *ice cream* más deliciosa, hasta la funeraria más recomendable; desde el insecticida más eficaz, has-

ta una conferencia de Mr. Pussyfoot Johnson... (Si algún lector ignorante pregunta quién es ese señor Pussyfoot, debo advertirle que Mr. Pussyfoot es uno de los mayores enemigos del *whisky*, de la cerveza, del vino y demás demonios perturbadores, enloquecedores, degeneradores, etc., etcétera, de la Humanidad El mismo cartel anunciador de su conferencia nos describe maravillosamente, en dos versos geniales, la personalidad de Mr. Pussyfoot. Mr. Pussyfoot, sabedlo de una vez, es

The man who gave an eye
to make England dry.

(El hombre que dió un ojo por hacer *seca* la Inglaterra.)

Para los que incurrimos con frecuencia en los feos pecados de la curiosidad y de la indiscreción, resulta verdaderamente tentador el elevado. Marchar en el elevado puede decirse que equivale a darse un pa-

seo por el interior de muchas casas. Al pasar a toda velocidad por cima de los tejados, o a la altura de los terceros o cuartos pisos, podemos colarnos de rondón —espiritualmente, se entiende— a través de alguna ventana, en espera de hacer descubrimientos trascendentales. Hoy la fortuna no quiso favorecernos, y sólo hemos logrado divisar desde nuestro asiento lo siguiente: un señor que, en paños menores, leía el periódico; una magnífica cabellera rubia tendida al sol, sin que viéramos por dónde andaba la cabeza de la dueña; media docena de negros de todos tamaños y matices que en el porche de una casa parecían discutir muy en serio algo verdaderamente grave; una señora tumbada en una hamaca, y, finalmente, el interior de una oficina comercial, donde los empleados, en camisa, trabajan indiferentes al ruido y al paso del tren.

Rápidamente siguen apareciendo y desapareciendo ante nuestros ojos casas de

madera, casas de ladrillo rojo, casas de piedra ennegrecida que parecen las mismas siempre. Atravesamos calles rectas, interminables —iguales también unas a otras—, donde los automóviles y los tranvías se cruzan incesantemente en opuestas direcciones, donde la gente va y viene de continuo llenando las aceras. En un parque que acabamos de dejar atrás, hay gentes que juegan al *tennis*, que filosofan o dormitan tumbados sobre el césped, que reman incansablemente, cruzando en todas direcciones el lago de aguas azules y tranquilas.

A medida que nos acercamos al centro de la ciudad, los ruidos crecen, los edificios se agigantan, las gentes caminan más de prisa; estas gentes pintorescas que, vistas desde aquí, se nos figuran muñequitos atolondrados que van y vienen, que marchan, que corren, que dicen frases y hacen gestos, que se agitan, se apretujan y codean, sin saber por qué, dirigidos por

una mano invisible, dominadora, caprichosa y cruel.

El tren se detiene un instante en otra estación. Salto al andén apresuradamente y bajo a confundirme, a desaparecer, en la enérgica y atolondroda corriente de vida que por todas partes me rodea

"THE DRIVES"

CUANDO después de hojear el periódico rápidamente, lo arrojo lejos de mí con gesto de mal humor, no cabe la menor duda de que ello obedece a una de estas dos razones: a que se nos anuncia la próxima llegada de una ola de calor, de frío o de cualquiera otra cosa desagradable, o bien a que se nos dice que vamos a ser víctimas —lo cual ocurre con harta frecuencia— de alguna *drive*.

¿Drive? —me preguntaréis—. ¿Pero qué es eso de *drives*?

Y, francamente, yo no sé cómo traducir la palabreja para que podáis comprender

toda su terrible significación. Una *drive* es algo así como una terrible carga, como una verdadera batalla que se nos da, de tiempo en tiempo, con algún fin, siempre loable, de piedad, de cultura, de beneficencia, etc., etc.

Que la "Asociación de Jóvenes Cristianos" o el "Ejército de Salvación" necesitan nuevos edificios que han de costar cientos de miles o millones de dólares, pues el problema, después de hecho el presupuesto, se resuelve con la mayor facilidad recurriendo a una *drive*. Que tal Colegio o tal Universidad necesita dinero para crear un laboratorio, enriquecer una biblioteca o pagar mejor a sus maestros..., pues se piensa al instante en organizar una *drive*. Que hace falta colocar el papel de un empréstito del Estado; que en el otro extremo del mundo hay gentes que se mueren de hambre; que es preciso allegar fondos para construir un asilo o un hospital, para lograr que nadie se divierta los do-

mingos, ni consuma una gota de alcohol desde que nace hasta que muere..., pues la cosa es muy sencilla: una *drive* resuelve al punto cualquier problema.

Cuando llega uno de estos casos —lo que suele ocurrir varias veces al mes— las gentes de buena voluntad que deciden sacarnos el dinero, nos anuncian con anticipación la cantidad justa que les es preciso recaudar, y la cuota correspondiente a cada ciudad, a cada distrito, a cada corporación y hasta a cada individuo. Después se organizan como un verdadero ejército, y, en el día fijado previamente, se nos da la carga. Y entonces no vale ocultarse, ni intentar resistir. Estas buenas gentes no perdonan a nadie y ponen en conmoción el país entero, de ciudad en ciudad, de Estado en Estado, de un extremo a otro de su inmenso territorio. Si estáis en vuestro despacho, se os aparecerá de pronto un grupo de muchachas bonitas, y ¿cómo negarse a contribuir con unos dólares o

unos centavos a la obra trascendental que se os anuncia? Si vais por la calle, se acerca a vosotros —quizá cuando menos lo esperáis— un grupito adorable de chiquillas deliciosas, y a cambio de unas monedas que entregáis muy gustosos, colocan en vuestra solapa una contraseña, especie de salvoconducto para que podáis cruzar, sin ser molestado, las filas, activas siempre, de los enemigos de vuestra bolsa. Si estáis en el Club, os veis súbitamente asaltado por otro grupo de muchachas encantadoras, y entre sonrisas y palabras amables, os sentís muy dichosos al pagar el tributo que se os exige. Nada; no vale huir, no vale ocultarse, no vale intentar retirarse; tendréis que cumplir, de buena o de mala gana, eso poco importa, el sagrado deber que se os impone sin previa consulta... Y algunos días después os enteráis por los periódicos de que debéis estar satisfechos: gracias al granito de arena, al átomo insignificante con que cada uno de vosotros

contribuisteis, podrá ser creada o desenvuelta una obra altamente beneficiosa para la Humanidad. Podéis y debéis sentiros llenos de satisfacción. Y vosotros, naturalmente, os sentís satisfechos y orgullosos. Pero al mismo tiempo os seguiréis preguntando con cierta alarma si habrá en vuestros bolsillos agujeros enormes, aunque invisibles, por donde se filtra, se escapa, se evapora, desaparece el dinero de una manera prodigiosa.

HAY QUE SER OPTIMISTA

AQUÍ, decididamente, para ser algo, para aspirar a algo, para que la gente le tome a uno en serio y no le vuelva la espalda con gesto desdeñoso, hacen falta muchas, muchísimas cosas: ser rico, tener automóvil, ir a la iglesia, saber bailar, decir chistes malos y, sobre todo, ser optimista. Claro es que un hombre que tenga dinero y se pasee en automóvil, que procure no faltar a misa y esté dispuesto a bailar y a hacer chistes desde los doce años hasta los noventa, ha de ser necesariamente un gran optimista. Aquí, para llegar a alguna parte —no lo olviden— es

preciso aspirar a que digan de uno que es *a good fellow*. El *good fellow* es, invariablemente, un hombre de cabeza ligera, limpia en absoluto de ideas y preocupaciones, que no tiene tiempo de leer nada, ni de interesarse sino en lo que le atañe muy directamente; es decir, un hombre simpático. Y un hombre simpático tiene que ser optimista.

Una señorita algo avanzadilla en edad me rogó no hace muchos días que le indicase una novela española de las que yo prefiero. Le envié inmediatamente un libro de Baroja.

—¿Qué tal la novela? —le he preguntado hoy.

—Creo que no podré terminarla. Está muy bien...; ¡pero es tan triste!

Durante una representación de *The Passion Flower (La Malquerida)*, de Benavente, oí decir lo mismo:

—*That is all right... but it is so sad!*

No cabe duda de que los españoles so-

mos gente terrible, apasionada, cruel, que no logra descubrir en la vida sino lo más desagradable.

Con relativa frecuencia, nos informan los periódicos americanos de la existencia de algún hombre ejemplar. "Ya ven ustedes —nos dicen poco más o menos—, este señor perdió un brazo en la lucha por la vida y un ojo en la lucha con su mujer; ahora un tranvía acaba de cortarle las dos piernas, y, sin embargo, ahí le tienen ustedes tan satisfecho y sin cansarse de decir que éste es el mejor de los mundos posibles. ¿Qué les parece a ustedes?"

—¿Qué nos ha de parecer? ¡Admirable, completamente admirable!

Una amiga mía muy espiritual, que me escribe a menudo y ruega a Dios por mí al final de todas sus cartas, acaba de recomendarme el régimen vegetariano, además de largos paseos, varias horas cada día consagradas al baile, a la natación, etcétera, etc. ¿Sabéis por qué? Porque, por

descuido inexcusable, se me han escapado dos o tres veces algunas consideraciones un tanto obscuras sobre la vida. Y mi amiga cree que no ver el mundo con antiparras color de rosa es algo monstruoso o síntoma de enfermedad. Yo, para no hallarme privado de su confianza, me esfuerzo en demostrarle que soy un hombre apacible, que me alimento como un ermitaño, bailo como una peonza, nado como un delfín, patino como un escandinavo y estoy decidido a batir el *record* de la longevidad.

Otra muchacha adorable me ha contado sus impresiones de la guerra. Durante un par de años estuvo en Francia curando heridos y asistiendo enfermos. Esta deliciosa criatura ha vuelto a su país con ideas realmente consoladoras: "Antes yo pensaba que había hombres buenos y malos; ahora, después de haber tenido ocasión de tratar gentes de muy distintas procedencias y categorías, estoy convencida de que todo el mundo es bueno en el fondo. Los

hombres, cuando se agrupan y se dejan arrastrar por el odio y la ambición, llegan a cometer horrores. Pero cada uno de ellos —créame— es un bendito."

Decididamente hay que ser optimista. Como nunca es tarde para aprender, pienso tomar al doctor Panglós como maestro de Filosofía; estudiaré un par de docenas de chistes y cuentecillos ingeniosos; aspiraré, por lo pronto, a la envidiable consideración de *good fellow*, y por tan agradable camino acaso no tarde en llegar a millonario.

DIAS ACIAGOS

En el país de la actividad, de la lucha, del esfuerzo constante, digo con mucha frecuencia, lleno de mal humor y arrojando lejos de mí el libro que me proponía leer o la pluma con que empezaba a trazar garabatos: "¡Aquí no hay quien trabaje!"

Hoy hace un día delicioso. Diez o quince grados bajo cero. Tras los cristales de mi ventana veo casitas encaperuzadas de nieve, trineos que se deslizan por medio de la calle. Hace un día delicioso para leer, para trabajar. Me froto las manos lleno de satisfacción, abro un libro, cojo la plu-

ma... A la puerta del despacho acaban de sonar dos golpecitos.

—*Come in!*

Entran un par de jóvenes simpáticos, que sonríen amablemente. No tardo en enterarme de cuál sea el motivo de su visita. Tratan de crear en la República Argentina la Y. M. C. A., es decir, traducido al idioma académico o vulgar que suele oírse en torno a la Cibeles, la Asociación de Jóvenes Cristianos, y me dispensan el honor de acordarse de mí para que contribuya a tan importante empresa. Pienso en que la raza obliga, en que el discursito de los jóvenes cristianos y panamericanizantes se prolonga demasiado, y en que tengo deseos, muchos deseos, de trabajar. Me subscribo por unos dólares y vuelvo a quedarme solo.

No tardan en sonar en la puerta, nuevamente, dos o tres golpecitos.

—*Come in!*

Aparece en el marco de la puerta un

hombre terrible, alto y grave como un granadero prusiano de la época del Rey Sargento.

—¿Qué le trae por aquí, míster Headstrong?

Pregunta inútil. Yo no ignoro lo que trae por aquí a míster Headstrong. Míster Headstrong se empeña en asegurarme algo; me parece que es la vida. No le invito a sentarse, pero se sienta. Por centésima vez trato de informar a míster Headstrong de que los españoles somos gente absurda, disparatada, que gusta de lo imprevisto y de que a mí no me interesa lo más mínimo asegurar la vida temporal o la vida eterna. Míster Headstrong no se da por enterado. Vuelve a repetirme algunas máximas filosóficomorales que ya me dió a conocer en visitas anteriores; vuelve a entregarme su tarjeta y un montón de impresos.

Y media hora después, antes de que míster Headstrong haya decidido marcharse,

entra en mi despacho un viejecillo locuaz. Viene a proponerme un gran negocio: la compra de unas tierras no sé dónde. Se están creando por allá grandes industrias, y el valor de los terrenos ha de aumentar prodigiosamente. Pagando cinco dólares al mes, podré encontrarme a la vuelta de algunos años con un capital de doscientos mil. Le digo que la proposición es tentadora; pero que los españoles somos gente estrafalaria, que no vamos a ninguna parte, ni valemos para ricos... Cuando el viejecillo recoge sus planos y sus papeles y me dice adiós, anunciándome una segunda visita, cierro la puerta con llave. Estoy malhumorado, nervioso, y para aumentar mi mal humor y mi nerviosidad, preparo un par de tazas de café.

Cinco minutos más tarde el timbre del teléfono empieza a sonar. Un amigo me ruega que vaya al Club lo antes posible. Quiere presentarme a un joven muy inteligente que acaba de regresar de España,

donde ha pasado mes y medio estudiando a fondo el idioma, la literatura, el arte, las costumbres y supersticiones de aquel pintoresco país. Comeremos juntos, iremos al teatro, charlaremos de la tierra de Don Quijote. ¿Cómo negarse a tal invitación?... Bebo el último sorbo de café apresuradamente; cierro el libro de golpe; dirijo una colérica mirada a la Venus de Milo que se halla en un rincón, y repito por milésima vez en quince días, mordiendo furiosamente las palabras:

—¡Aquí no hay quien trabaje!

HACIA EL INFIERNO

ANTES de salir de Chicago me propongo recorrer, durante varios días, los barrios de inmigrantes. Tal visita, podéis creerme, es tan interesante, tan pintoresca como poco grata. Estos lugares no me son totalmente desconocidos; por algunos de ellos he pasado ya —aunque muy a la ligera— en años precedentes. Había visto antes de ahora las tiendecillas obscuras y sórdidas de los judíos rusos; me había tropezado, en calles llenas de polvo y de humo, con gente mediterránea: griegos e italianos parlanchines y gesticulantes; había

oído hablar de los barrios polaco, bohemio y hasta de la ciudad china. No quiero dejar Chicago sin haber consagrado unos días a curiosear un poco, con más detenimiento que otras veces, por todas estas partes de la ciudad, verdaderos infiernos algunas de ellas. Un excelente amigo, el señor Nykl, se presta amablemente a ser mi acompañante y mi guía.

El Sr. Nykl y yo hemos sostenido largas y amenas charlas, inolvidables para mí, paseando junto al lago Michigan y por las praderas, bosquecillos y avenidas de los parques. Mi amigo salió de su patria, Bohemia, antes de los veinte años. Conoce casi toda Europa; ha residido durante largo tiempo en el Japón, país que le encanta; ha vivido también en Egipto, en Méjico y, alrededor de media docena de años, en América del Norte, cuya vida, en sus múltiples aspectos, sabe a fondo. Ahora su interés se dirige hacia España; y como el Sr. Nykl es de esas personas con quienes

gusta uno de trazar planes más o menos realizables o absurdos, pensamos vagar juntos, a pie y sin apresuramientos, por ciudades y campos españoles. Juzgad, pues, si me consideraré dichoso por haber encontrado tan excelente guía al proponerme visitar los barrios de inmigrantes de esta ciudad.

Mi amigo y yo tomamos un tranvía que se dirige hacia el oeste de Chicago. Hablamos del desenvolvimiento de la ciudad, que en 1830 sólo contaba 1.107 habitantes, y cuya población se aproxima hoy, rápidamente, a los tres millones; hablamos de esta Chicago gigante, cuya longitud es de unas 26 millas, por más de 14 de anchura, en la que hay gentes de todas las razas, en cuyas estaciones entran y salen diariamente más de 1.300 trenes de viajeros... El tranvía sigue adelante. Cruzamos *Halsted Street,* la arteria central de la ciudad, que la atraviesa, de Norte a Sur, en toda

su extensión. Unos minutos después mi amigo dice:

—Aquí, hace tres o cuatro años, sólo existían algunas casas desperdigadas.

Miro y veo una calle bordeada por edificios de piedra, de ladrillo, de madera, llena de tiendas de todo género y por cuyas aceras amplias la gente va y viene sin cesar.

Un poco más tarde mi amigo me advierte:

—Hace tres o cuatro años no había un solo edificio en estos alrededores.

Al mirar, veo por todas partes, entre solares invadidos por la hierba, esparcidas, casas diminutas, rodeadas de pequeños jardines, sombreadas por arbolillos jóvenes.

Cambiamos de tranvía para encaminarnos hacia el norte de la ciudad. Lo hacemos en un lugar casi despoblado todavía. A uno y otro lado de la calle la tierra está cubierta por completo de hierba altí-

sima, entre la que amarillean las grandes corolas de los girasoles silvestres.

A lo lejos empezamos a ver por dondequiera edificios enormes, enormes chimeneas, de las que brotan columnas y nubarrones fuliginosos. Pasamos después ante grandes fábricas.

—Aquí podría usted ver —sigue hablando mi amigo— todas las mañanas y todas las tardes verdaderos rebaños de hombres, formados por muchos miles (inmigrantes y negros en su casi totalidad), que van al trabajo o que salen de la fábrica.

Pasamos, a bastante distancia, frente a los mataderos de Chicago. Vemos las siluetas grises de grandes edificios, envueltos en una atmósfera densa, gris también, cargada de humo y vapor. Alrededor de estos edificios hay un amontonamiento de casas muy pequeñas, con aspecto miserable gran número de ellas, donde vive gente trabajadora, recién llegada a este país

en su mayoría. Todo esto empieza a parecerme áspero, hosco, horrible.

Mi amigo quiere que comencemos nuestra visita de hoy por los barrios donde habitan sus compatriotas, y hacia uno de ellos nos dirigimos. Seguimos pasando cerca de talleres ruidosos y de chimeneas humeantes. Cruzamos por cima de un canal, cuyas aguas, negras y oleaginosas, se deslizan con lentitud. El tranvía sigue marchando siempre.

Desfilan ahora, a uno y otro lado, casitas nuevas, pulcras, ante las cuales hay un pequeño espacio de tierra cubierto de césped y plantas floridas. Dejamos el tranvía y empezamos a andar por una calle en que abundan almacenes y tiendecillas de toda especie, restaurantes y cinematógrafos. Nada encuentro que me llame la atención; todo me parece igual a lo ya visto infinitas veces en otras partes de la ciudad. Sin embargo, mi amigo dice que hemos llegado al punto de destino, que estamos en

pleno barrio bohemio. Yo, un poco decepcionado (¡pícara impresionabilidad arábigolatina!), me pongo las gafas y me pregunto interiormente —sin comunicar mis dudas, claro es, al amigo Nykl— si habrá algo que ver aquí.

EN EL BARRIO BOHEMIO

UN poco desencantado, en pleno barrio bohemio, vuelvo a preguntarme: "¿Pero habrá, efectivamente, algo que ver aquí?"

Mi amigo y yo seguimos calle adelante.

—Este es —me dice el señor Nykl— el más reciente de los barrios que existen en la ciudad habitados por mis compatriotas. Sólo hace tres o cuatro años que empezaron a venir por acá, huyendo de los judíos.

—¿Huyendo de los judíos?

—Sí, verá usted. La primitiva colonia bohemia que se estableció en Chicago lo hizo en un lugar distante de aquí, por don-

de pasaremos más tarde. Los judíos, viendo quizá en mis paisanos una gente blanda y fácilmente explotable, no tardaron en aparecer; pero los bohemios, que gustan poco de tal compañía, empezaron a sentirse allí no todo lo bien que desearan, y, unos tras otros, fueron abandonando aquel lugar. Las casas por ellos construídas pasaron casi todas a poder de los judíos, que, aprovechándose hábilmente de la ocasión, las adquirieron a muy bajo precio. Lo peor fué que cuando se trasladaron a otro sitio, los judíos se presentaron pronto. Y hasta en ésta, la más reciente de las agrupaciones bohemias de Chicago, si usted se fija, verá que gran parte del comercio está ya en manos de los judíos.

Mi amigo me expone la importancia de la inmigración bohemia en América del Norte, numerosísima en Chicago. Nos cruzamos con un par de viejecitas de rostros arrugados y cenceños, vestidas de negro, cuyas cabezas están cubiertas con pañue-

los, negros también, anudados bajo la barba. Y ahora, sí, nos sentimos como en otro mundo. Desde hacía mucho, mucho tiempo —desde que salimos de Europa—, no habíamos vuelto a ver viejecitas como éstas: menuditas, secas, enlutadas, con las cabezas envueltas en pañuelos negros, anudados bajo la barba. Un poco más lejos, ante humilde iglesia católica, sobre una de cuyas puertas leo "Skola Bl. Anezky", un clérigo toma apaciblemente el sol y charla con varios desocupados.

El Sr. Nykl desea que visitemos las Redacciones de algunos periódicos. Entramos en la de una revista quincenal, *Zenske Disty*, publicada por un pequeño grupo de mujeres de un tesón y de una energía admirable. Proponiéndose educar y proteger a sus compatriotas residentes en este país, durante muchos años estas mujeres enérgicas, inteligentes, laboriosas, se han bastado a sí mismas para realizar todo el trabajo de la revista, simpática y humilde,

desde la redacción de los artículos hasta la composición tipográfica. Hablamos con una de sus redactoras, la señora Kabatova, en una habitación modesta, llena de libros, de papeles, sobre cuyos muros se destacan algunas fotografías y en la cual se respira un grato ambiente de sencillez y laboriosidad. Después de estrechar la mano de esta señorita inteligente y amable nos volvemos a poner en marcha.

Nos dirigimos a la Redacción del diario *Svornost*. Allí conozco a dos hombres bastante curiosos: el señor Geringer, propietario del periódico, y el señor Psanka, director del mismo. El primero, ya de edad muy avanzada, es un caso notable de inadaptación a este ambiente. Es un hombre de cierta cultura (en su país se dedicó a la enseñanza), y, no obstante vivir en los Estados Unidos hace más de treinta años, no conoce el inglés. Con él pude entenderme gracias a la intervención de mi amigo Nykl, y a haberme valido también de ges-

tos y ademanes de resultados infalibles en cualquier lugar del mundo. El segundo, mucho más joven, es inteligente, comunicativo, afable. En su vida pasada debe de haber, a juzgar por lo que traslucen sus palabras, un gran fondo de aventuras de muy diverso carácter. Hablamos de Europa, de la última guerra, de su país. Nos refiere algo de su pasada vida en el norte de Africa. Es un trabajador formidable.

—Desde hace muchos años— nos dice— no he podido descansar ni un solo día más de cinco o seis horas.

Y nosotros, que, como hombres frívolos, nos pasamos gran parte de la vida durmiendo a pierna suelta o soñando despiertos, no queremos interrumpir más en su grave labor al señor Psanka.

En la calle me dice mi amigo que hay otros dos diarios importante: *Sprawedlnos* (Justicia) y *Denni Hlasatel* (El Diario).

Entramos en un restaurante a descansar

un poco y a tomar una taza de café y unos sabrosos pastelillos bohemios *(kolace)*. El restaurante es una especie de Centro socialista. "Todos los concurrentes a él —se me dice— son de ideas radicales." Sólo hay unas cuantas mesas ocupadas por gentes que comen, charlan y hojean periódicos. En el fondo, otro pequeño grupo de radicales bohemios se entretiene en hacer rodar y chocar las bolas de marfil en una mesa de billar. Verdaderamente, estos señores socialistas a mí me parece gente apacible, poco americanizada y nada peligrosa. La virtud europea, que consiste en saber perder amablemente el tiempo, aun no se ha borrado de sus almas.

Mi amigo cambia con ellos una frase de despedida:

—*Na zdar!*

—*Na zdar!*

Y salimos a la calle.

El señor Nykl sigue hablándome de sus compatriotas. Casi todos los que llegan a

América conocen algún oficio. Es gente que vive bien, que prospera. Las casitas nuevas, limpias, bien cuidadas, ante las cuales vamos pasando, nos lo revelan así.

POLACOS, BOHEMIOS... Y ALGO MAS

Me propongo escribir algún día, cuando tenga un poco tiempo que perder, las vidas pintorescas y extraordinarias de unos cuantos españoles con quienes tropecé rodando por el mundo. Entre ellas no podrá faltar, claro es, la de aquel catalán famoso —famoso en un grupo de amigos— que conocí en Chicago hace mucho tiempo, y en cuya compañía pasé horas inolvidables, oyéndole referir sus múltiples aventuras y desventuras en América del Norte; haciéndome enterar de sus proyectos disparatados, distintos por completo de un día a otro; presenciando sus continuos

cambios de fortuna. Era una vida a la vez interesante y absurda la de aquel catalán famoso que conocí en Chicago, que después volví a encontrar en Nueva York y que ahora vive en Barcelona pacíficamente, y según cuenta —¡cualquiera averigua si será verdad!— haciéndose rico. Una noche me hallé con él en un restaurante italiano, donde, ante un plato de macarrones y una botella de Chianti elaborado en California, me contó que estaba ocupadísimo estudiando la lengua polaca, lengua muy interesante, que, a su juicio, ninguna persona medianamente culta debería ignorar y a la que él ya había consagrado media docena de horas. Por aquellos días veíasele en todas partes con una gramática, un diccionario y una porción de periódicos escritos en idioma polaco, que él se imaginaba poder leer. Hablaba continuamente de "la Polaquita", una muchacha encantadora, que acababa de conocer y con quien pensaba casarse muy pronto. Y me hizo prometer

solemnemente que le acompañaría un domingo a oír misa en la iglesia de San Adalberto, con el principal fin de ser presentado a "la Polaquita". Pero como dos o tres semanas después este catalán impresionable y pintoresco se compró un automóvil y sus ideas y entusiasmos siguieron otro rumbo, vino a resultar que "la Polaquita" se quedó sin novio y yo sin conocer la iglesia polaca de San Adalberto. Hoy, al entrar en ella por primera vez, me ha venido a la memoria el recuerdo del catalán y "la Polaquita".

La iglesia de San Adalberto es amplia, magnífica; pero carece del indecible encanto de las iglesias vetustas de Europa. A uno y otro lado de la nave central se alzan dos filas de gruesas columnas de mármol. La suave luz de la tarde penetra a través de las vidrieras multicolores. También aquí, como en España y por dondequiera, vemos imágenes de cartón piedra y purpurina, de un mal gusto defini-

tivo. En distintas partes del templo, de hinojos en sus reclinatorios, hay unas cuantas personas inmóviles que parecen rezar fervorosamente, sin que el leve ruido de nuestras pisadas les saque de su abstracción: un joven, dos o tres viejecitas enlutadas y una niña que lleva suelta sobre su espalda la cabellera blonda. Las actitudes de fervor y recogimiento de estas figuras orantes nos harían adivinar, si ya no lo supiésemos, la gran religiosidad de la raza. El pueblo polaco es profunda y fervorosamente religioso, y tal vez haya que buscar en ello una de las causas de su indomable energía para conservarse puro durante siglo y medio de dominación extranjera. Aquí mismo la colonia polaca es una de las que más resistencia ofrecen a la asimilación americanizante. Los polacos no sólo tienen sus centros sociales, sus periódicos, sus iglesias, sino también sus escuelas propias, religiosas en su casi totalidad. Hace poco, al pasar frente a otra

iglesia, hemos visto varios centenares de niñas y niños polacos avanzar por la calle en largas filas, guiados por religiosas de su mismo país. A esos niños se les instruye en el idioma de sus padres, y se les infunde las mismas creencias religiosas y los mismos ideales de sus antecesores. Ellos seguirán formando, probablemente durante mucho tiempo aún, un pueblo completamente aparte dentro de esta inmensa nación. El inmigrante polaco es trabajador, económico, y sueña siempre con volver a su país, no rompiendo jamás los lazos que a él le unen.

Después de cruzar algunas calles, llegamos a otro de los barrios bohemios. El señor Nygl —que me acompaña siempre en estas exploraciones— desea que visitemos el edificio de una Asociación de gimnasia de su país. Entramos en él, y sin tropezar con nadie recorremos varias de sus habitaciones; nos detenemos un momento en el vasto salón de fiestas y espectáculos.

Al salir, hallamos en una esquina mucha gente que se apretuja y codea. En el centro de esa multitud abigarrada, subido en pequeña plataforma, hay un joven americano vestido de cazador *(trapper)* que loa, en largo discurso, las virtudes curativas de ciertas plantas conocidas sólo de los indios. Un par de pieles rojas, con la cabeza adornada de grandes plumas y el rostro embadurnado de ocre y bermellón, se encargan de distribuir la mercancía entre aquel público formado por inmigrantes sencillos y crédulos.

Algo más allá, me dice mi amigo: "Fíjese, una polaca". Y veo una hermosa muchacha de ojos divinamente azules, de rostro blanco y fresco, de espléndida cabellera rubia, donde la luz se quiebra en destellos metálicos, de cuerpo algo recio, pero armoniosa y bellamente modelado.

Para dar fin a nuestra primera jornada entre inmigrantes, entramos a comer en un restaurante bohemio. El mozo, un joven

pícaro y locuaz, nos sirve grandes vasos de cerveza sin alcohol, diciéndonos que es de la prohibida. Nosotros fingimos creerlo así, aunque tengamos que pagar por ella bastante más de lo justo.

EN EL INFIERNO

Mi buena fortuna me ha hecho tropezar en Chicago con un grupo de artistas —pintores casi todos— inteligentes y amables. He pasado con ellos horas muy gratas, oyendo charlas, unas veces en serio, otras en broma, siempre ingeniosamente, de cosas espirituales, cuya mágica virtud consiste en mantener las almas despiertas y como en perpetua juventud. Con frecuencia escuché relatos de viajes artísticos por Europa y vi gran número de cuadros que habían sido compuestos en el Viejo Mundo. Algunos de aquellos simpáticos pintores y pintoras habían visitado

también el Norte de Africa. Y recuerdo el gran entusiasmo con que me habló siempre del Sahara una de mis buenas amigas. Ella hubiera querido tener allí su estudio. "Ningún espectáculo —decía— puede compararse al que ofrece el gran desierto africano." Hace pocos días, otra pintora, fina de inteligencia y de amabilidad exquisita, me hablaba de una próxima excursión que piensa realizar por España y Marruecos, de donde traerá seguramente una copiosa labor artística. Y yo, al oírla, pensaba que tenía razón. ¿Qué se podrá pintar en este país —decíame interiormente—, tan nuevo y tan poco sugestivo, en el que todo es uniforme, superficial, monótono? Me olvidaba, al pensar así, de que la vida es interesante siempre, y en todo lugar, para quien tiene ojos que sepan ver y alma capaz de sentir. Hoy, después de pasar unas horas en el rincón más horrible de Chicago, diría de buena gana a mis amigos: "Déjense de buscar fuera lo que tienen en su

propia casa; vénganse a dar un paseo por el "Ghetto", y verán miles de tipos curiosos y hallarán asuntos para obras geniales, si es que realmentes son aptos para producirlas."

Mediada la mañana, mi acompañante y yo hemos dejado el tranvía a la entrada de los mataderos y fábricas de conservas de carne *(The Union Stock Yards)* de Chicago; infinitas veces se me ha recomendado su visita; pero siempre, sin dudar que pueda ser muy interesante, ni negarme a hacerla algún día, la fuí aplazando indefinidamente. Hoy tampoco quiero detenerme aquí, y seguimos adelante por la *Halsted Street.* Sopla viento de Oeste, y los monstruosos mataderos nos envían una densa y penetrante tufarada de grasa y carne, que nos obliga, para poderla rehuir, a aligerar el paso. Algo más lejos, un grupo de lituanos abre una zanja en la calle. Esta gente rubia, fornida, pesada, tal vez sea la que realice aquí las labores más rudas.

Cruzamos el río Chicago, con sus aguas obscuras y aceitosas, con sus barcazas pesadas y sucias, con sus edificios enormes y renegridos —a uno y otro lado—, de los que surgen humaredas asfixiantes y columnas de vapor. Continuamos, andando siempre, hacia el Norte, por la *Halsted Street*, en la que todo es ahora de un gris sucio: el aire, el suelo, el polvo, las casas. Vivir aquí debe de ser el más horrible de los tormentos. Sobre la puerta de una tiendecilla sucia y miserable vemos un letrero que nos hace reír: *Hygienic Restaurant*. Nos detenemos ante los escaparates de mercaderes polacos, llenos de estampas y esmaltes de asuntos religiosos. Nos cruzamos con una mujer que lleva la cabeza y el busto envueltos en una especie de chal. Mi acompañante dice que es eslovaca. Poco después nos hallamos en pleno barrio judío.

Nuestra mirada tropieza, a uno y otro lado de la calle, con tiendecillas de aspec-

to inquietador, sórdidas, obscuras, míseras, donde se amontonan en disparatada confusión mil cosas de desecho, rotas e inservibles; muebles viejos y desparejados; ropa gastada, llena de lamparones y remiendos; calzado de toda especie, deformado y roído por el uso. En el fondo de alguno de estos tugurios infernales hemos visto, al pasar, viejos encorvados, secos, de mirada torcida, astuta, inquisitiva y temerosa al mismo tiempo; jóvenes que nos lanzaban una dura ojeada rencorosa y que nos invitaban, con frases de amabilidad fingida, a entrar en sus tenduchos horribles; pobres mujeres de triste aspecto, pesadotas y abotagadas unas, otras de rostro enjuto y pálido, de cuerpo flacucho y enfermizo, que parece requemar y consumir el ardor de una fiebre constante. Junto a nosotros pasan otros tipos iguales a éstos, todos reconcentrados, tristes, sucios, vestidos con ropas de corte absurdo y hechas a ajena medida, trajes deformes y raí-

dos, levitones pardos, faldas y blusas de color indefinible, cofias roñosas, gorras y sombreros de toda forma, decolorados, sudados, pringosos.

No recordamos nada tan trágico, tan desolador. Esta pobre gente, inadaptada aún al nuevo ambiente, vino aquí desde la Europa oriental empujada por miserias y persecuciones terribles, que han dejado, a través de los siglos, honda huella en su carne y en sus almas. Mi acompañante muestra marcada antipatía hacia esos tristes judíos rusos; a mí me inspiran un sentimiento en el que se mezclan la compasión, el desvío, la repugnancia.

—De aquí saldrán no pocos de los millonarios de mañana.

—Y tal vez alguna de las revoluciones. Alguien me ha dicho que entre los judíos pobres hay muchos inteligentes y estudiosos, abundando también los creyentes y propagadores de las ideas más radicales.

Atravesamos ahora, codeándonos con los

tipos más extraños, pintorescos y lamentables que nunca he visto, un mercado al aire libre. A lo largo de las aceras hay puestos de todas las mercaderías imaginables, y, por dondequiera, polvo, suciedad, olores que producen náuseas y mareo. Junto a un montón de zapatones usados, veo una mesa llena de carne, en torno a la cual gira y zumba una nube de moscas pegajosas. Aquí, una viejecita vende pescado en conserva, que extrae de grandes barriles, y pepinillos que flotan en un líquido turbio y acre; un poco más allá, entre un carricoche cargado de fruta medio podrida y un puesto de ropa vieja, un hombrecillo encorvado y achacoso se prueba una americana enorme, que debió de pertenecer a un gigante hace medio siglo.

Avanzamos de prisa, y con la nariz y la boca cubiertas con el pañuelo. Pasamos junto a pirámides de jaulas, dentro de las cuales cacarean, asustadas, las gallinas, y van y vienen, a saltos menudos, conejillos

repugnantes. Vemos tenderetes de ropa interior, de confituras multicolores, de sombreros de señora...

—Salgamos de aquí cuanto antes.

Repartimos unos cuantos codazos y pisotones; tropiezo con una negra enorme, que lleva el rostro embadurnado de colorete, y se queda atrás murmurando algo terrible contra nosotros.

DE LA ACROPOLIS A LA PEQUEÑA ITALIA

HACE pocos días, sin salir del corazón de Chicago, yo me hice la ilusión de hallarme lejos, muy lejos de aquí: nada menos que en algún cafetín pintoresco de un puerto mediterráneo.

Después de visitar el barrio judío, mi amigo Nikl y yo comimos en un restaurante griego. Algo más tarde entrábamos a tomar sendas tazas de café a la turca en un obscuro cafetín, griego también, que lleva el prestigioso título de *The Acropolis*.

—*Ena varigliki* (uno muy dulce)— dice mi acompañante al mozo que a nosotros se

acerca con gesto de interrogación. Yo pido lo mismo.

Alrededor nuestro, en distintas mesas, hay grupos de gentes que juegan a las cartas y que charlan y discuten en alta voz; hay hombres apacibles que hojean lentamente el periódico con aire de indiferencia, o que, envueltos en la nube azulada del humo de su cigarro, filosofan en silencio, mientras van apurando poco a poco, paladeándolo con regalo, el líquido denso, aromático, obscuro, que humea en las gruesas tazas. Decididamente, estos hombres parecen haber descubierto el secreto de la felicidad. Decididamente, estos hombres apacibles deben de contemplar con mirada irónica y desdeñosa al sin fin de muñequitos atolondrados que, en las calles ruidosas de la ciudad, corren de un lado para otro; que en las celdillas de los altos rascacielos son esclavos del teléfono, y barajan cifras, y revuelven papeles, y escriben incesantemente, haciendo muecas de nerviosidad.

Decididamente, estos buenos filósofos saben vivir mejor, y son también —contra lo que os podáis imaginar a primera vista— hábiles cazadores del dólar. ¿Queréis saber el arte de hacer fortuna a la usanza griega?

Apenas desembarca en el Nuevo Mundo uno de estos jóvenes inteligentes, locuaces, mixtificadores, se dedica a tareas tan trascendentales como las de fregar platos o limpiar botas. En cuanto ha ahorrado unos dólares, compra un cesto y lo llena de cacahuet, rosetas de maíz y pastillas de chocolate, que expende en una esquina o en los alrededores de algún parque. Dos o tres meses después, acaso lo encontremos guiando un carricoche cargado de la misma mercancía, aunque en cantidades mayores, y a la que, probablemente, será preciso agregar la indispensable *ice cream*. Un año más tarde es ya dueño de un restaurante o de una tienda donde vende dulces, helados, refrescos, frutas. Y

entonces empieza la ascensión rápida. Le veis siempre con cara de satisfacción; os saluda con un *Hello!* campechano y familiar; se compra un automóvil. Pocos años después, ya es un hombre de importancia, que, según se os dice, vale muchos miles de dólares.

Si venís por acá decididos a hacer fortuna, en vez de dirigiros a las minas, a los talleres, a los escritorios, a las escuelas y universidades, imitad a los herederos del prudente y astuto Ulises.

Cuando al salir de la *Acrópolis* nos dirigimos hacia la *Pequeña Italia,* no tardamos en detenernos con curiosidad junto a la puerta de una casucha sórdida. A la entrada del portalillo estrecho y obscuro vemos una figura pintoresca y estrafalaria de mujer. Es ya vieja, y cubre su abotagado corpachón con abigarrado traje oriental, en el que dominan los colores verde y rojo. Lleva en la cabeza un gorrito, rojo también, y alrededor de la garganta un

collar de moneditas de oro. Mi amigo cambia con ella unas cuantas palabras en ruso, y me dice luego:

—Es una gitana de Hungría; habla seis u ocho idiomas, y se dedica a augurar el porvenir a pobres inmigrantes curiosos e incautos.

Cerca de la pitonisa, colgado en la pared, hay un cartelón pintarrajeado. En él se distinguen, en medio de una gran planicie amarilla y bajo un cielo terriblemente azul, varios ramilletes de palmeras, una pirámide y una esfinge de cuya cabeza parten rayos luminosos; grupos de señores y señoras, vestidos absurdamente, se dirigen hacia la esfinge o se detienen ante ella, adoptando posturas interesantes.

Poco después llegamos a la *Pequeña Italia*. La primera vez que estuve aquí me pareció un lugar horrible. Ahora, después de recorrer el barrio judío, la *Pequeña Italia* casi se me figura un paraíso. Es cierto que por todas partes tropezamos con mu-

jeres desgreñadas y sucias, con chicuelos más sucios todavía, pálidos, mal vestidos; con hombres de aspecto poco tranquilizador, con caras que revelan sordidez y abandono; con tenduchos donde se amontonan las mercancías más diversas cubiertas de polvo y moscas. Pero, repito, esto me parece ahora delicioso comparado con lo que hemos dejado atrás en el barrio de judíos rusos.

Y como se hace tarde y vamos estando cansados ya de suciedad y de exotismos, cruzamos a la ligera por la *Pequeña Italia*. Nos detenemos solamente ante un escaparate donde hay retratos de D'Annunzio, escenas de la guerra en estampas de colores rabiosos y canciones y noveluchos de distintos colores también, según los títulos revelan, desde el rosa más ñoño al verde más subido. Y digo adiós, por mucho tiempo seguramente, a estas barriadas horribles.

EN MARCHA

LECTOR, cuando empiezo a escribir estas líneas voy marchando hacia el Oeste por las llanuras de Nebraska. El sol de una mañana calurosa, cegador, se desploma sobre los campos verdes todavía. A trechos se ven manchas de florecillas multicolores, y por todas partes, aislados o formando murallones frondosos, árboles de copas redondeadas. A veces, al pasar, mi vista se detiene un momento en una casita de madera, en un grupo de potros ágiles o de vacas pensativas, en un automóvil que cruza veloz por un camino. Y el tren sigue avanzando siempre, con sus mil rui-

dos, que estoy oyendo desde hace muchas horas, que me seguirán días y más días, mientras recorro una gran parte de este país enorme, que da al viajero la sensación de lo infinito. ¿Quieres seguirme con la imaginación, lector curioso? Yo compartiré contigo no pocos de los placeres y de las molestias del viaje, dirigiéndote frecuentemente unas líneas —escritas, de fijo, con la necia e inconsiderada rapidez que aquí es preciso usar para todo— desde el coche del ferrocarril, desde la habitación anónima del hotel, desde una playita de California o un valle de Canadá. Lector, pongámonos en marcha.

Ayer tarde salimos de Minneápolis con un calor asfixiante y pegajoso. Llegamos a la estación con nuestra maletita de cuero, con nuestros mapas, con nuestra guía, con una porción de proyectos imaginarios. Y allí, aguardando la partida de nuestro tren, veíamos el hormiguear ininterrumpido de viajeros que llegan, de viajeros que

marchan. Esta vida continúa dándonos siempre la misma sensación de visión cinematográfica, rápida, violenta y superficial. Por unos instantes embargó nuestra curiosidad un hombrachón corpulento, de ademanes bruscos. Iba y venía de un lado para otro, lanzando ojeadas inquisitivas en todas direcciones. Entró por una puerta cerrada al público, luego de haber mostrado su *carnet* al portero. Volvió a aparecer de nuevo, con su aire de áspera agresividad, mordiendo obstinadamente un trozo de goma, a la vez que seguía mirando a todo el mundo. ¿A quién estaría buscando? ¿Sobre quién iría a caer su garra feroz de animal de presa? ¡Qué fea —pensamos—, qué brutal es esta vida! Y al mismo tiempo cruzaba junto a nosotros una *girl* encantadora, una muñequita adorable y frágil, de rosa y marfil, que dió otro rumbo a nuestros pensamientos.

Y horas después, caminando todavía por los ricos y frondosos campos de Minneso-

ta, vimos ponerse el sol. Y durante la noche —al romper momentáneamente nuestro sueño algún ruido, algún choque duro, el entrar y salir de los viajeros, el ir y venir solícito y sigiloso del *porter* en nuestro coche— vimos los feraces llanos de Iowa bañados por la luna. Y el sol está ya muy alto cuando, después de atravesar las aguas turbias del río Missouri, entramos en Omaha, la mayor y más próspera de las ciudades de Nebraska.

Se acerca el mediodía. Hace un calor que adormece y ahoga. Sobre la tierra, llana y verde, cae el sol aplastante, que a veces ocultan algodonosas nubecillas. Y pesa sobre nosotros la monotonía de un paisaje siempre igual, bajo un cielo de azul blanquecino y caliginoso.

He comido entre señores graves, de esos que devoran heroica y cachazudamente enormes trozos de carne y montones de legumbres y verduras. He comido entre algunas muchachitas deliciosas, de esas que

gorjean al hablar y viven de ensaladitas y pasteles. Después, voy de un lado para otro: es preciso matar el aburrimiento y olvidarse del calor. En todos los coches hay gentes sudorosas, con rostros de fastidio y de cansancio. Aquí se juega a las cartas; allí se charla y se hacen chistes (¡oh, terribles chistes americanos, no es posible huir de vosotros!); más allá se fuma, se escribe, se leen diarios y revistas. El *porter* pasa con una gran bandeja de refrescos y helados. Llego, finalmente, a la plataforma del coche observatorio, y, sentado junto a otros cuatro o seis mártires del turismo, veo pasar a uno y otro lado praderas inacabables, llanuras inmensas, desnudas y deshabitadas, que empiezan a darme ya la sensación del vacío.

LA REINA DE LAS LLANURAS

EN DENVER

HACE más de veinticuatro horas que caminamos sin cesar, y todavía nos faltan algunas horas para llegar a Denver. A uno y otro lado de la vía empezamos a descubrir vestigios de las recientes inundaciones. Sábanas de agua rojiza, cada vez más dilatadas y profundas, cubren los campos, las praderas, los bosques. De la inmensa laguna, serena en unos sitios, agitada y espumeante en otros, surgen las copas verdes, redondas, apiñadas, de extensas arboledas. Anochece, y seguimos cruzando

praderas y bosquecillos cubiertos de agua y lodo.

Y ya bien de noche entramos en Denver, la Reina de las Llanuras, capital de Colorado. Denver es una ciudad muy joven, que se ha desarrollado con prodigiosa rapidez. Fué fundada hacia 1858 por buscadores de oro, gente aventurera y ambiciosa. En 1870 la Reina de las Llanuras sólo tenía 4.759 habitantes, y hoy su población pasa de los 200.000.

Denver es una ciudad bella y atrayente, una de las ciudades más bellas y simpáticas de cuantas conocemos en este país. La Reina de las Llanuras —una pequeña Nueva York se nos había dicho— invita al viajero a permanecer en ella una larga temporada. Nosotros pensábamos dedicarle un solo día, y, desgraciadamente, tuvimos que acortar el plazo. (El estar inundada la línea por donde proyectábamos dirigirnos hacia el Sur nos obligó a cambiar de rumbo y a precipitar la salida). Anoche, Den-

ver nos recibió con sus iluminaciones espléndidas. Después de haber visto Nueva York y Chicago de noche, con sus anuncios eléctricos, fantásticos y deslumbradores, que se suceden sin interrupción por todas partes, no vacilamos en llamar a Denver la Ciudad Luminosa.

A la mañana siguiente hicimos una rápida visita a esta Denver bella y mundana. ¿Hay nada tan estúpido como visitar apresuradamente, en automóvil, una ciudad desconocida e interesante? Y, sin embargo, de este modo nos fué preciso lanzar una ojeada superficial y fría a la Reina de las Llanuras. Vimos desfilar ante nosotros, velozmente —sin tiempo para saborear las impresiones que nos iba ofreciendo cada instante—, sus calles del barrio comercial, llenas de animación y vida, con sus almacenes, sus Bancos, sus teatros, sus edificios magníficos; vimos pasar ante nosotros, de prisa, muy de prisa siempre, sus calles más apacibles, bordeadas de "villas" y jardi-

nes hermosos; recorrimos el City Park; contemplamos la soberbia muralla azul de las Montañas Rocallosas, y luego de cruzar rápidamente por sus museos, nos dirigimos a la estación. Y a mediodía tomamos el tren que nos había de llevar hacia Trinidad y Albuquerque.

Ya recuerdo a Denver —al acabar apenas de visitarlo— como visión de película cinematográfica, desordenada, rápida y superficial. Sin embargo, esta visión atolondrada ha dejado en mi espíritu una impresión gratísima e imborrable. ¿Podré volverte a visitar algún día con la atención que mereces, encantadora Reina de las Llanuras?

MONTAÑAS AZULES

A poco de abandonar Denver nos hallamos entre montañas gigantes, de contornos caprichosos, azules en la lejanía, revestidas de un verde fresco y sedoso las más pró-

ximas. A veces, una nubecilla vaporosa y flotante oculta el sol, y el paisaje, manchado a trechos de luz y sombras, se tiñe y se destiñe por momentos de suaves y atornasoladas entonaciones. Sobre el verde jugoso de la hierba se destaca el verde obscuro de los pinos, que en pequeños grupos aislados o en grandes masas, apretujándose, tropezándose, saltando unos sobre otros, van escalando las laderas hacia las cumbres. En el fondo del valle, entre arboledas pomposas de brillante verdor, el agua se desliza clara, espumeante, querellosa. Y surge aquí y allí, en roquedales de siluetas fantásticas, en prados de verdura espléndida, bordados por dondequiera de puntitos multicolores, la figura idílica y apacible de una vaca. "He aquí —pensamos— lugares donde nos gustaría plantar nuestra tienda, por mucho, por muchísimo tiempo. Y meditar, y soñar, y vivir para nosotros mismos, dejando a un lado, tal vez para siempre, la carga absurda, abru-

madora y triste de cobardes inquietudes y necias preocupaciones." Cruzamos frente a unas cumbres de lomo obscuro, encaperuzadas de nieve, entre las cuales se destaca, magnífico e inconfundible, el Pike's Peak. Y si ayer, al atravesar las llanuras de Colorado, vino a nuestra memoria el recuerdo de las planicies de la Mancha, hoy, al pasar frente a las montañas azules de Colorado, resurgen en nuestro espíritu visiones de Gredos y Guadarrama.

MAR DE LODO

Y ahora empieza a desarrollarse ante nuestra vista la pradera sin límites, de suelo arenoso, amarillento, con manchones de matojos espesos de verde claro. El aire, muy cargado de humedad, presta al paisaje vaporosos matices de una suavidad exquisita.

Llegamos a Pueblo, el lugar donde la

inundación ha hecho más víctimas y destrozos. Dirigimos nuestra vista a uno y otro lado, y vemos por dondequiera huellas terribles de la catástrofe: casas caídas, inclinadas o medio deshechas; tinglados barridos por la corriente impetuosa, árboles tumbados, vagones con las ruedas completamente hundidas en el fango. Y las gentes, los edificios, los automóviles que pasan muy lentamente, todos cubiertos de una espesa costra gris, como si acabasen de surgir ahora de este horrible, denso y turbio mar de lodo. El cielo, cargado de nubes obscuras, vierte una llovizna menuda y fría sobre este cuadro de desolación.

UNA NOCHE EN TRINIDAD

EN BUSCA DEL REPOSO

DESPUÉS de cruzar durante horas y horas las llanuras de Colorado, cortadas aquí y allí por colinas rocosas, el tren se detiene en Trinidad. Es ya bien de noche cuando llegamos a esta pequeña ciudad de nombre español, donde a la vieja población hispanomejicana han venido a sumarse nuevos elementos norteamericanos. El andén se ha llenado instantáneamente de gentes que van y vienen apresuradas. Las recientes inundaciones, imposibilitando el tránsito de trenes por otras líneas,

hace que la afluencia de viajeros sea aquí enorme. Se nos dice que difícilmente podremos hallar alojamiento. Las habitaciones en los hoteles de esta pequeña ciudad de cinco o seis mil habitantes están ocupadas ya o reservadas de antemano. ¿Adónde ir? Buscamos un automóvil, y están todos llenos y empiezan a partir; buscamos un mozo que nos acompañe en la triste peregrinación en busca de alojamiento, caro y malo seguramente, y el mozo no aparece por ningún sitio. El pequeño burgués que llevamos en nuestro espíritu empieza a indignarse. "¡Caramba —nos dice—, viajar tiene sus inconvenientes!" Por fin, viene nuestro salvador. Nuestro salvador es un hombre completamente loco o completamente borracho, pero no exento de bondad. Nuestro salvador nos ofrece el único lugar que tiene vacío en su automóvil: el estribo. Y momentos después vamos por las calles de Trinidad en el estribo de un automóvil que rueda velozmente y da saltos

formidables sobre el pavimento desigual. Hacemos esfuerzos para no perder el equilibrio ni dejarnos la cabeza o el equipaje a la vuelta de una esquina. "¡Trinidad, Trinidad, no te olvidaré nunca!" —grita indignado nuestro pequeño burgués espiritual.

Después de una larga peregrinación infructuosa hallamos donde dormir en un hotel de ínfima categoría. La empleada nos advierte que no podemos esperar grandes comodidades; nos ofrece la única habitación que hay libre. Hacemos un gesto de resignación. Preguntamos el precio, y la baratura nos alarma. ¡Un dólar, cuando la ciudad está llena de forasteros! ¿Adónde habremos venido a caer? Y cruzan por nuestra imaginación visiones de fondas y hotelitos destartalados, sórdidos, miserables, donde hemos pasado días y noches terribles en nuestras peregrinaciones por España. Un mozo nos acompaña hasta la puerta de nuestra habitacion. Al penetrar

en ella, nuestro pequeño burgués espiritual empieza a tranquilizarse. La estancia es diminuta, pero sus paredes están recién pintadas; la cama es pequeña, pero está limpia; los muebles son nuevos; hay una gran ventana abierta de par en par, que da a un patio; hay un lavabo de mármol con grifos de agua caliente y fría. No lejos de nuestra habitación vemos un cuarto de baño. El buen burgués que llevamos en nuestra alma sonríe satisfecho, completamente satisfecho, y piensa una vez más: "¡Fonditas sórdidas, hoteles destartalados y miserables de las pequeñas ciudades españolas, sois únicos en el mundo!"

Y media hora después nos vamos quedando dormidos poco a poco, oyendo, vaga e indistintamente, en una celdilla próxima a la nuestra, charlas y risas de mujeres jóvenes.

OTRA VEZ EN MARCHA

Cuando empieza a llenar nuestra habitación la claridad azulada y pálida del amanecer estamos ya vestidos y nos echamos a la calle. Madrugar es un placer de hombres vulgares; madrugar ha sido siempre un gran placer para nosotros. Tenemos dos o tres horas para visitar esta pequeña ciudad, que puede recorrerse en unos cuantos minutos. Cruzamos dos o tres calles centrales, amplias y rectas. A lo largo de las aceras se ven comercios de toda especie. Algunas tiendecillas empiezan a abrirse. Un señor barbero ordena sus frasquitos de líquidos multicolores y prepara sus paños blancos. Un señor farmacéutico barre su tienda. El escaparate de un señor pastelero nos ofrece dulces y pastelillos trasnochados, donde las moscas se desperezan, corretean aturdidas, pasean filosó-

ficamente o se entregan al placer del desayuno improvisado. Atravesamos calles apartadas, con casitas rodeadas de jardinillos floridos. Pasan junto a nosotros muchachas madrugadoras. Lanzamos una ojeada al campo verde y frondoso, lleno de frescura, de serenidad y de encanto bajo el cielo luminoso y transparente de la mañana. Al volver a la ciudad nos cruzamos con algunos indios. En una esquina, un grupo de mejicanos jóvenes, de traje raído y sombrero de alas amplísimas, charlan y bromean en nuestro idioma.

Son las ocho de la mañana. El tren empieza a marchar. Inmóvil, en el andén, hay una viejecita enlutada, de rostro castellano, con la cabeza envuelta, y casi del todo oculta, en un rebozo negro.

ALBUQUERQUE

PROSIGUE LA MARCHA

A las ocho de la mañana salimos de Trinidad para Albuquerque. A uno y otro lado de la vía pasan de tiempo en tiempo, cada vez con frecuencia mayor, pequeñas casas de adobe sin blanquear ni pintar. A la puerta de estas moradas humildes solemos ver hombres, mujerzuelas y chicuelos miserables de color de tierra cocida. La vida de estos pobres indios no parece ser ni muy activa, ni muy pulcra, ni muy refinada. En sus rostros hay un gesto inmutable de resignación y de indolencia.

El tren marcha ahora entre montañas cubiertas de ásperos matojos y sombreadas por bosquetes de pinos y de cedros. Las cumbres lejanas se recortan con precisión sobre el cielo azul y transparente. Trasponemos una barrera rocosa de gran altura y penetramos en territorio de Nuevo Méjico.

Pasan las horas, y nosotros observamos atentamente el monótono desfile de las llanuras de Nuevo Méjico. Y durante horas y horas todavía la planicie amarillenta y reseca medio cubierta por todas partes de ralos matojos de salvia continuará desenvolviéndose ante nuestra mirada curiosa. A veces, en una extensa pradera de verde jugoso y fresco vemos una manada de toros o de yeguas. A veces, por un caminejo blanco y polvoriento pasa un hombretón de rostro curtido y grandes mostachos, que cabalga sobre un asnillo moruno. Muy de tarde en tarde —al lado de la vía siempre— surge un pueblecillo insignificante,

formado por algunas casuchas primitivas de madera y adobe. Y las llanuras amarillentas, resecas, despobladas, siguen pasando siempre. Muy de tarde en tarde también, una corriente de agua cruza el desierto, y la tierra se cubre de espléndida vegetación, umbrosa y densa. Lejos, muy lejos, descubrimos la franja desigual, vaporosa y azul de las montañas.

Al mediodía llegamos a Las Vegas. En la estación abundan los tipos hispanomejicanos, y se oye hablar nuestro idioma por todas partes. Comemos en un hotel construído a imitación de las residencias de las antiguas Misiones españolas. En la estación de Trinidad ya vimos uno de estos hoteles-misiones. Ahora en Nuevo Méjico y en Arizona, en California después, los iremos encontrando por dondequiera. Las Misiones, las casitas de adobe y los indios son las principales materias de propaganda en esta parte del país para la atracción de turistas.

EN LA CIUDAD

Albuquerque es una pequeña ciudad de Nuevo Méjico, que despierta nuestra curiosidad. Se nos había dicho y repetido que Albuquerque, por su aspecto, es una ciudad muy española; se nos había dicho y repetido que en la vida y costumbres de sus habitantes existe un gran fondo de españolismo. ¿Cómo pasar, sin detenernos, ante esta pequeña ciudad tan española? Llegamos a Albuquerque cuando empieza a anochecer. Nos dirigimos al hotel Alvarado, que también se edificó a la manera de las Misiones españolas. El hotel está unido a la estación por una gran arcada; cuando nosotros la cruzamos está llena de gente ociosa que, sentada, o yendo y viniendo de un lado para otro con filosófica lentitud, se entrega al doble placer de charlar y de perder el tiempo. Estos filósofos ama-

bles se suelen expresar en un español lleno de adulteraciones pintorescas. En la arcada hay también una docena de indios e indias de todas las edades, que venden cacharros, babuchas, flechas, collares y otras baratijas a los viajeros cándidos y entusiastas. Contra estos indios, de aspecto sórdido y sumiso y de abigarradas vestiduras, se enfilan y disparan cada día centenares de cámaras fotográficas. Y ellos viven mansa y apaciblemente, practicando el doble oficio de monigotes de museo y de vendedores de baratijas.

Sólo disponemos de tres o cuatro horas de la mañana para visitar Albuquerque, y nos sobran un par de ellas que consagrar al aburrimiento. Albuquerque es una pequeña ciudad progresiva y simpática, ya mucho más americana que española. En ella —hay que confesarlo— hemos sufrido una gran decepción. Ni unas cuantas casitas de adobe ni algnos edificios de "estilo español", casi todos nuevecitos y flaman-

tes; ni media docena de tiendecillas miserables, como la que lleva el doble título de "The Bazar", "La Tienda Barata"; ni el marchar por calles como la llamada "Tijeras Avenue"; ni los grupos de ociosos, que hablan una jerga parecida a nuestro idioma, pueden hacernos creer que estamos en una ciudad semejante a las nuestras, y que nos codeamos con gentes iguales a nosotros en espíritu y en costumbres. En Albuquerque nos sentimos lejos, muy lejos de España. Y mientras llega la hora de volver a tomar el tren, paseamos por calles rectas y amplias, llenas de comercios o bordeadas de casitas nuevas y pulcras, cercadas de diminutos jardines —floridos, como las calles de cualquier ciudad americana— de este o del otro extremo del país.

EN EL DESIERTO

Una puesta de sol en el desierto de Arizona bien merece el tráfago y las fatigas de un largo viaje. El cielo, muy azul en el cenit, a medida que desciende hacia la línea del horizonte por donde se oculta el sol, va adquiriendo entonaciones glaucas, doradas, anaranjadas, rojizas, llameantes. La vegetación, monstruosa y atormentada, que recubre a trechos el suelo arenoso; los árboles —muy escasos— de ramas retorcidas y casi desnudas; las rocas, las montañas, la tierra, el aire, todo, se bañan en tintas azules, anaranjadas, violeta. Una puesta de sol en el desierto de Arizona es un espectáculo inolvidable que hoy nos hizo gozar momentos deliciosos, mientras el tren nos llevaba por tierras desconocidas, que tal vez no volveremos a cruzar nunca, hacia lugares todavía más lejanos.

EL GRAN CAÑON DE ARIZONA

SU REPUTACION

CUANTAS veces tenía que contestar negativamente a la pregunta de si había visitado o no el Gran Cañón del Río Colorado se me miraba como a un infeliz. Permanecer varios años en América del Norte sin conocer la primera de sus maravillas era, a juicio de muchos, un acto incalificable, casi una verdadera traición contra este hospitalario pueblo.

Con el fin de purificarme de tal vergüenza, al trazar el itinerario de mi viaje no me he olvidado del Gran Cañón. Hasta

hace poco tiempo, fueron las cataratas del Niágara la primera maravilla de este continente, y, por tanto, en opinión de todo americano castizo, la primera del mundo. Pero como la moda llega a todas partes, modificando y perturbando todo, ahora, de entre las bellezas prodigiosas que la Naturaleza derramó en el nuevo mundo, es preciso conceder el puesto de honor —por lo menos durante una temporada— al Gran Cañón del Colorado.

Muy frecuentemente, al anunciársenos los encantos de una excursión, se nos recomienda, oralmente o por escrito, que llevemos el espíritu bien dispuesto: es decir, que vayamos decididos a encontrarlo todo perfectamente. Cuando salto del tren ha venido a mi memoria, ignoro por qué juego misterioso del pensamiento, el consejo antes citado. Y la verdad es que no traigo el espíritu en la mejor disposición para contemplar la mayor de las maravillas del mundo. Anoche cené muy pronto; hoy he

madrugado mucho, y ahora, a las ocho de la mañana, el estómago empieza a quejarse de que le tenga tan olvidado. El optimismo está reñido con el hambre, y yo he jurado a mis buenos amigos de América del Norte ser optimista siempre, sobre todo al hablar de ellos y de su país. Así, pues, antes de dirigir la primera ojeada a los derrumbaderos del Gran Cañón y de lanzar los inevitables ¡¡oh!! y ¡¡ah!! entre un grupo de turistas encantados, decido encaminarme al hotel para tomar un copioso desayuno, con lo cual prepararé el espíritu convenientemente.

El tren ha dejado en la estación una gran masa atolondrada y bullente de viajeros pintorescos, que hormiguean en todas direcciones. Varios grupos toman al asalto grandes automóviles, que los llevarán a distintos puntos de vista del Gran Cañón. Otros, más cachazudos y vulgares, nos dirigimos primero al hotel. Al entrar nosotros, el *hall* ya está lleno de gentes que

vienen y van de un lado para otro. Unos compran billetes para excursiones en automóviles. Otros alquilan mulos para realizar el difícil descenso hasta el fondo de la cañada gigantesca. Otros, apenas llegados, antes de ver nada, refieren nerviosamente, en cartas y postales, las encantadoras impresiones que experimentarán más tarde.

Abundan las muchachas jóvenes, las señoritas de edad indefinible y las decididamente viejas, vestidas con pantalones y blusas de pana o de dril. Todo el mundo viene cargado con su cámara fotográfica, con su optimismo, con su buen humor; todo el mundo viene decidido a no dejar de ver nada, aunque sólo pase aquí media docena de horas.

Aquí está todo el mundo: el negociante que busca unos días de reposo, la dama aventurera, el campesino rudo e inocentón, la muñequita frágil y pintada que parece aburrirse en todas partes, el marido mimoso y servicial, la maestrita que va a

tomar cursos de Literatura o de Sociología en una Universidad del Oeste, el mocetón de músculos terribles y la señora paralítica, cuya enfermedad no es obstáculo suficiente para hacerla renunciar a las delicias de un largo viaje. Aquí está todo el mundo, y es un espectáculo interesante y divertido como ninguno otro observar las figuras y los gestos, adivinar las preocupaciones, escuchar las charlas y sorprender las indiscreciones de todo el mundo.

PASEOS

Desde hace un par de días vivo entregado por completo, en cuerpo y en espíritu, a la grata e interesantísima ocupación de recorrer, a pie o en automóvil, en soledad o acompañado por grupos de turistas pintorescos, los lugares más bellos del Gran Cañón. Y yo, que había prometido, amable lector, darte cuenta de mis impresio-

nes, tengo que faltar una vez más a mi palabra. Yo, aunque quisiera, no podría decirte, en unas cuantas palabras escritas frívolamente, cómo es esta maravilla de la Naturaleza, una de las más sorprendentes y grandiosas del mundo. Yo no podría hacerte experimentar, aunque tuviese la buena fe de intentarlo, las sensaciones, siempre intensas, anonadadoras no pocas veces, que se van sucediendo y acumulando en mi espíritu mientras voy caminando a lo largo de esta monstruosa garganta de más de 300 kilómetros de longitud, de 13 a 16 kilómetros de anchura, en cuyo fondo, imperceptible muchas veces, remueve el río sus aguas espumeantes y rojizas, a una profundidad que alcanza hasta 1.500 metros. Yo no podría describirte esta enorme concavidad, mordida, despedazada por las aguas, con sus vertientes sombreadas de pinos, con sus murallones, sus agujas, sus obeliscos, sus pirámides, sus torres, sus ménsulas, sus arcos de formas capri-

chosas y de coloración abigarrada: gris, verde pálida, rojiza, pardusca, rosada, violácea.

He caminado durante horas y horas por los bosques de sus orillas; he permanecido sentado, durante horas y horas también, junto a sus abismos vertiginosos; he visto, allá abajo, como hormiguitas apenas perceptibles, avanzando trabajosamente por los senderos zigzagueantes, grupos de gentes que se dirigían al fondo del Gran Cañón; me he repuesto de algunas de mis caminatas tomando un refrigerio en el *Hermit's Rest;* he seguido cruzando luego ante otros mil lugares sorprendentes y sugeridores siempre, y por dondequiera, imaginativo y curioso lector, he pensado en ti, y he pensado en lo triste que es no poderte transmitir ni aun la más ligera de mis impresiones.

LA DANZA DE LOS HOPIS

Poco antes de salir del hotel camino de la estación, oigo sordo y pesado golpeteo de tambor y gritos terribles, como de hombres a quienes se asesina. No te asustes, lector, no ocurre nada trágico; son los hopis, que danzan. Estos pobres indios, que viven en perpetua mascarada, dos o tres veces al día se ciñen a la cabeza su diadema de plumas multicolores, se embadurnan el rostro de amarillo y bermellón, se ponen sus vestiduras tradicionales, y bailan y gritan hasta quedar rendidos. La gente se entusiasma, aplaude, ríe, funcionan las cámaras fotográficas, llueven dólares, y todo el mundo se muestra satisfecho.

HACIA CALIFORNIA

AL DEJAR EL GRAN CAÑON

Yo soy un hombre imprevisor, distraído; yo soy uno de esos hombres lamentables que al viajar van dejando en cada hotel por donde pasan —involuntariamente— algún recuerdo; aquí un libro de versos o un paraguas; allí un peine o una colección de fotografías; más allá, una camisa o un cuaderno de notas. Yo soy uno de esos hombres lamentables y absurdos que llegan tarde al tren por oír una conversación insignificante o por ver una puesta de sol como otras que ya han contemplado infinitas veces. ¿Qué de par-

ticular tiene, pues, que al proponerme reservar un asiento y una cama en el tren más rápido de cuantos se dirigen desde el Gran Cañón de California, se me diga: *It is too late.* (Ya es demasiado tarde.)? Todos los lugares están vendidos. Será preciso tomar un tren mucho más lento. En vez de llegar a Los Angeles hacia las dos de la tarde, daré fin a mi caminata cinco o seis horas después. Al oír estas noticias trágicas, yo no sé por qué, en lugar de abrir la espita de la desesperación, doy media vuelta al caño de la filosofía. "Verdaderamente —pienso— caminar con lentitud por lugares desconocidos no debe ser juzgado como una gran desgracia. Podré acumular más notas y observaciones. ¿Para qué esta necia manía de la velocidad, si el mundo es pequeño, y al fin, un poco antes o un poco después, se llega a todas partes..., etc.?" Y convencido ya de mi buena fortuna, me dirijo hacia la estación al caer de la tarde.

Cuando abro los ojos, tras un sueño profundo e ininterrumpido de siete u ocho horas, desde mi litera veo que cruzamos todavía el desierto de Arizona. Hemos pasado la noche detenidos en la estación de Williams, y poco antes de amanecer el tren se puso en marcha. Al acabar de asearme y vestirme, tengo un encuentro feliz: en una dama que se dirige apresuradamente al tocador reconozco a una excelente amiga. Cambiamos las primeras palabras, hace tres o cuatro días, en la estación de Albuquerque; juntos hicimos algunas caminatas por los alrededores del Gran Cañón, y ya casi nos consideramos como viejos amigos.

Mi amiga —¿qué os importa su nombre?, figuraos que se llama Miss O'Daly, Miss Nolan o Miss O'Brien— es de origen irlandés, es morena y tiene unos ojos verdes, bellísimos e inquietantes. Mi amiga gusta de la Naturaleza, de los libros, de los viajes. Es excelente nadadora y recuerda

con delicia sus andanzas por lugares pintorescos de América y de Europa. Mi amiga —a quien bien podéis llamar Miss O'Daly, Miss Nolan o Miss O'Brien— tiene un cuerpo armonioso, duro, elástico; una tez delicadísima, dorada levemente por el aire y el sol. Habla deliciosamente y suele forjar extrañas teorías y decir absurdas paradojas. Además, mi bella amiga es completamente hereje en materias de amor. El amor, según ella, es una pasión lamentable y ridícula que destruye la libertad y perturba la existencia. (Cuando nuestra amiga dice estas cosas terribles, sus labios finos, frescos y rojos, se arquean en una sonrisa encantadora o se pliegan en un mohín adorable.)

¿Comprendes, amable lector, por qué este hombre imprevisor, distraído y absurdo, se cree ahora muy afortunado?

ENTRE DESIERTOS Y JARDINES

Bien de mañana aún llegamos a la estación de Kingman. Kingman se me figura un pueblo muy característico de Arizona. Desde la estación se ven casas pequeñas, de madera o cemento, con tejadillos rojos o grises. Algunas están rodeadas de jardinillos de verdor intenso, llenos de flores blancas, rojas, amarillas, azules. Hay fachadas medio ocultas entre densos cortinones de enredaderas. En torno al pueblo se ve un paisaje de terrible aridez: caminos blancos y polvorientos; en el fondo, unas colinas resecas, de piedras obscuras y retostadas que parecen estarse desmoronando de continuo, sin una brizna de hierba ni una mata.

Por las calles hay gentes ociosas, de rostros y brazos curtidos por el sol. En la estación, una india de gordura monstruosa, vestida de morado y negro, vende ba-

ratijas; junto a ella una chicuela de la misma raza dirige a los viajeros ojeadas hurañas y tímidas. Y bajo el cielo, muy puro y muy claro, de una transparencia cristalina, el sol lo envuelve todo en su luz deslumbradora.

Y sigue después la tierra árida y reseca, cubierta a trechos de yuca y cactus. En Topok, vemos las primeras palmas y nos hallamos nuevamente con el río Colorado, cuya margen seguimos un buen trecho. El sol arranca a las aguas turbias suaves destellos azules. La estación de Needles es un jardín desbordante de verdura carnosa, fresca, florida, cercado por el desierto. No lejos, se destacan unas colinas coronadas de finas agujas de pórfido.

Al mediodía seguimos marchando a través del desierto, que sugiere una impresión cada vez más desoladora. La tierra seca, gris, que parece recalentada todavía por infernales ardores volcánicos; las colinas grises, obscuras; el calor sofocante,

el cielo de un azul cenizoso dan a nuestro espíritu una sensación de monotonía aplanante.

Dondequiera que existe la más leve corriente de agua, la tierra de California se convierte en un paraíso. Hesperia, con sus bosques de yucas gigantes y floridas, llama nuestra atención. Pasamos ahora frente a montes revestidos de verdor jugoso, que cierran llanuras verdes y floridas también. Y al anochecer llegamos al delicioso valle de San Bernardino, con sus bosques de naranjos y eucaliptos, con sus calles de palmeras graciosas y de pimenteros de ramas lánguidas, con sus grupos de cipreses y acacias azules, con sus murallones y oleadas de frondas obscuras y fragantes que se desbordan por dondequiera y que lo invaden todo.

Ya nuestra mirada curiosa se pierde en las sombras de la noche, cada vez más densas. Pronto —dentro de una hora— llegaremos a Los Angeles.

PASEO POR LOS ANGELES

Al despertar en una ciudad lejana y desconocida, el viajero no se siente, en verdad, lleno de inquietudes y nostalgias. Al despertar —muy de mañana— en la habitación anónima de un hotel, el espíritu del viajero no está, podéis creerme, abrumado de tristeza y melancolía; antes bien, se halla lleno de optimismo, de curiosidad. El sol de California, intenso, deslumbrador, dora ya los estores de las ventanas. El viajero se despereza y salta del lecho, pensando en que tiene ante sí una interesante jornada, y una hora u hora y

media después sale a la calle. Y empieza a gustar el encanto de marchar sin rumbo fijo por medio de una ciudad nueva para él, donde a nadie conoce.

El viajero no se siente extraño; el viajero no concibe que nadie pueda sentirse extraño en esta ciudad alegre, clara, simpática. Desde hace media hora pasea por las calles y avenidas del barrio Comercial, llenas de animación y movimiento. Es mañana de domingo, y los tranvías pasan llenos de gentes que marchan hacia el mar o la montaña. El viajero había pensado mucho en esta ciudad antes de conocerla; y ahora dirige a todas partes sus miradas curiosas. Bajo el cielo azul deslumbrante, todo es claro, todo está limpio, todo parece nuevo. Los edificios no tienen la pátina obscura de humedad y hollín de las ciudades del Norte. Todo parece nuevo, y lo es realmente, porque la antigua "Puebla de Nuestra Señora la Reina de los Angeles" (¡qué nombre tan castizamente español!)

es una ciudad, además de muy bella, rica, industriosa, cuyos rápidos progresos asombran. La Puebla de Nuestra Señora la Reina de los Angeles fué fundada por españoles en 1781. En 1846 pasó a poder de los norteamericanos. La población, que era de 11.183 habitantes en 1880, hoy llega a los 700.000 (1). Los edificios nuevos surgen por dondequiera. La ciudad crece, se transforma, se embellece con una rapidez que tiene mucho de prodigio. El viajero sigue avanzando lentamente por las calles de mayor actividad. En no pocos de los grandes edificios abundan elementos decorativos de arte español, que en algunas ocasiones llegan a producirnos una impresión chocante. Vemos una casa enorme, en cuyas puertas, ventanas y balconcillos descubrimos verjas que parecen arrancadas a una catedral española. No necesitamos

(1) En 1928 la población de Los Angeles ha llegado a la cifra de 1.395.574.

preguntar qué sea este caserón: un letrero nos hace saber que nos hallamos ante un teatro. La gente no se agita en torno nuestro con el apresuramiento disparatado y febril que hemos visto en otras ciudades norteamericanas. Son muchos los que pasean lentamente, charlando, a lo largo de las aceras. La vida, bajo este hermoso cielo azul, parece tener un tono más humano y amable.

Llego a la *Pershing Square*. Bajo sus palmeras, sus cedros, sus magnolios, hay varios centenares de ociosos, sentados por todas partes. Hay grupos donde se perora y se discute, donde se lee en voz alta el periódico. En el centro se alza una fuente en cuya taza el agua cae en chorros y flecos de cristal. Un señor arroja migas de pan a unas palomas que revuelan en torno suyo y vienen a posársele en los hombros y en los brazos. Cerca de él los curiosos se agrupan. A veces me creo en una ciudad mediterránea. ¿Concebís la

Pershing Square, con sus filósofos amables, en Nueva York, en Boston, en Chicago? Yo, no.

Al mirar al plano de la ciudad para orientarme, mi vista tropieza con calles y avenidas que llevan nombres españoles: Sierra Vista, Soto, Mariposa, Rodeo, Casitas, Paloma, Loma Linda... Tomo un tranvía, y me dejo llevar por él un poco a la aventura. Cruzamos un parque lleno hoy de gente. El sol relumbra en el agua quieta y clara del lago, que vemos, al pasar, entre un amontonamiento de palmeras graciosas. Hay gente tendida sobre el césped; hay gente que, sobre el césped también, a la sombra de un grupo de árboles, se dispone a tomar el *lunch;* hay gente que cruza el lago en canoas ligeras.

Vamos luego a pie a lo largo de espaciosos y rectos bulevares. A uno y otro lado se ven residencias magníficas, rodeadas de jardines. Los palmitos, los magnolios, las tuyas, los bananeros, los pinos, las yucas,

los pimenteros, los rosales, los heliotropos y otras mil plantas, muchas de ellas desconocidas para el viajero, dan sombra y florecen en torno de estas residencias.

Después de un largo paseo, el viajero llega ante los edificios de la *Southern Branch of the University of California*, una de las dos Universidades que existen en la ciudad. Atraviesa unas arcadas de ladrillo, cubiertas de enredaderas. Se detiene en un patio en cuyo centro hay una fuente; el borbotar del agua se oye suavemente en medio del silencio. El viajero sólo encuentra aquí a un viejecillo, con quien cruza algunas palabras. Mañana estos claustros —solitarios hoy, como día de fiesta— estarán llenos de gente joven, inteligente, activa. El viajero se sienta a descansar a la sombra de un bosquete de eucaliptos. Y su vista se pierde en las montañas próximas, pardas, recubiertas de vegetación color de bronce; en las montañas lejanas, azules, vaporosas, indecisas... Y

sigue luego explorando la ciudad, ya un poco fatigado, pero lleno de curiosidad, con los ojos y el espíritu cubiertos a todas las sensaciones.

"CAFETERIA CITY"

CADA una de las dos grandes ciudades de California, Los Angeles y San Francisco, tiene sus amigos entusiastas y sus adversarios decididos. Y unos y otros viven en perpetua disputa. Que un día, en pleno verano, el termómetro marca un par de grados más en San Francisco que en Los Angeles, pues ya se sabe, los señores de esta última ciudad nos dicen y repiten, a voces y por escrito, que gozan del mejor clima del mundo y que en San Francisco no se puede vivir. Que en Los Angeles hay un ligero temblor de tierra, pues los señores de San Francisco nos advierten

con la mejor intención, que Los Angeles es una ciudad llamada a desaparecer muy pronto. Y como la hermosa ciudad del sur de California no ha desaparecido aún, los señores entusiastas de San Francisco la llaman despectivamente *Cafetería City*.

—*¿Cafetería City?* —preguntáis con extrañeza—. ¿Y por qué?

—Porque en ella —según me dicen—, se establecieron los primeros restaurantes, que llevan el absurdo nombre de "cafeterías", y porque en ella, también, abundan más que en ninguna otra ciudad de los Estados Unidos.

—Pero ¿que es una "cafetería"?

—Una "cafetería" es un restaurante muy democrático, muy práctico y completamente desagradable. Pero, como nos pica la curiosidad, vamos a entrar hoy en una "cafetería".

Son las doce del día. Hace mucho sol, hace un calor terrible y tenemos un apetito excelente. Buscamos con impaciencia

un restaurante. Vemos un letrero enorme que dice "Cafetería", sobre unas enormes puertas de cristal, sobre unas enormes ventanas de cristal, que llenan casi toda la fachada del edificio. Y nos dirigimos hacia allí.

A la vez que nosotros, entran apresuradamente unos cuantos señores y unas cuantas señoras, con quienes, sin consideración, cambiamos los inevitables pisotones y codazos. Nos encaminamos hacia uno de los lados de la habitación inmensa. Vemos un largo y estrecho pasadizo formado por barras metálicas, cuya anchura es sólo capaz para una persona. Llegamos a la entrada de este curioso pasadizo. Delante de nosotros hay una fila interminable de gente. Detrás de nosotros empiezan a alinearse otros infelices. Avanzamos poco a poco, con una lentitud desesperante. De mí debo deciros que estoy como empaquetado, sin poderme mover, entre una señorita muy nerviosa que agita la cabeza sin

cesar, haciéndome cosquillas en la nariz con la pluma de su sombrero, y entre un señor muy bruto que se entretiene en darme puntapiés en los talones, sin miedo a estropearme el pantalón ni a acabar con mi paciencia. Llegamos ante un mostrador interminable. En él vemos apiladas grandes bandejas de metal, y cada cual toma una; en él vemos amontonados servilletas y cubiertos, panecillos y bollos de todas clases. Pasamos ante grandes marmitas humeantes, llenas de caldos y sopas diferentes. Otras marmitas contienen carnes y legumbres diversas. Pasamos ante grandes fuentes llenas de viandas fritas y asadas. Pasamos ante innumerables platillos alineados, llenos de ensaladas, de frutas, de dulces, de pasteles. Muchachas vestidas de blanco, a una breve indicación nuestra, colocan sobre la bandeja de que somos portadores cuantas cosas deseamos tomar. Llegamos luego a otra sección, donde se nos sirve el café o la bebida que nos pro-

ponemos consumir. Y, finalmente, otra señorita, con una ojeada rápida, calcula el precio de todo lo que han ido colocándonos sobre la empecatada bandeja, que ya va pesando demasiado, y nos obliga a andar con todo género de precauciones; y, por último, nos entrega un *tiket* donde está marcado el importe total de la comida.

Ahora es el instante más difícil y peligroso. Cargados con nuestra bandeja, enorme y pesada —donde hay cinco o seis platos llenos de viandas, una cafetera humeante, una botella, una taza, un vaso, un panecillo, un cubierto y una servilleta—, vamos de aquí para allá buscando algún lugar vacío en una mesa. Todo está lleno. ¿Qué hacer? Y seguimos yendo y viniendo por la sala inmensa, lanzando a todas partes miradas de desesperación, hasta poder hallar un puesto vacante. Este es el momento de los accidentes trágicos: de la señorita que al tropezar con nosotros nos da una ducha de té helado o de café hir-

viendo; del trozo de melón que se escapa de nuestra bandeja, y dando un salto mortal, va a parar al cogote de un señor que estaba comiendo apaciblemente; del hombre inconsiderado que al cruzarse con nosotros se lleva en una manga la crema de nuestro pastel. ¡Qué momentos tan terribles pasa uno, cargado con su bandeja y marchando con toda clase de precauciones, en el comedor de una "cafetería"! Y cuando nos sentamos, al fin, ante una mesa y nos disponemos a gozar tranquilamente el fruto de tantas amarguras, solemos caer en la cuenta de que se nos había olvidado algo esencial para la comida, y es preciso recomenzar la trágica peregrinación.

Media hora más tarde, después de pasar ante una cajera, a quien abonamos el importe de lo consumido, salimos de la "cafetería" pensando en que un restaurante sin mozos donde el consumidor se sirve a sí mismo es una cosa muy interesante, muy práctica, muy original, muy democrá-

tica; pero nos juramos al mismo tiempo no volver por allí.

Y comprendemos ahora mejor que nunca el porqué los señores de Los Angeles se indignen cuando los señores de San Francisco llaman a la hermosa ciudad del sur de California *Cafetería City*.

UN PURISTA GALLEGO

Los parques de nuestro país —ya lo hemos dicho en otra ocasión— casi casi no sirven para nada; cuando más, de elemento decorativo solamente. Tenemos que desfilar por ellos muy seriecitos, muy circunspectos. Si nos atrevemos a pisar una brizna de hierba o se nos ocurre sentarnos sobre el césped a la sombra de un árbol, nos vemos en grave peligro de sufrir la airada reprimenda de algún guarda, y hasta de tener que abonar unas pesetas de multa. En los Estados Unidos, lo mismo en Los Angeles que en Nueva York o en Chicago, un parque sirve para todo. La

gente toma posesión de él, y entregándose allí a toda clase de esparcimientos y aun a las más graves ocupaciones. Los parques no sólo sirven aquí para dar paseos filosóficos, hacer conquistas amorosas, escribir versos malos, echar la lengua de tanto remar y los pulmones a fuerza de gritar romanzas, sino para otros mil fines diversos; las familias honestas los utilizan de comedor y hasta de alcoba; los regeneradores de la Humanidad y los inventores de nuevas religiones, como centros de propaganda, y los elegidos de Dios, como el Hermano Isaías, de quien tal vez me ocupe en otra ocasión, para realizar sus curas milagrosas.

Hoy hace un calor terrible. Es domingo, y el sol aplanante y cegador del mediodía baña las copas de las palmeras, se filtra por entre las frondas espesas, relumbra en las aguas quietas del lago. En un bosquecillo de árboles jóvenes me siento sobre la hierba.

En torno mío hay señores que todavía

no han acabado de leer el interminable periódico de la mañana; señores y señoras que, de una cajita o de entre unos papeles, sacan el *lunch* y lo devoran pacíficamente; buenos ciudadanos que se despojan de la americana, y, en camisa, se tumban a dormir la siesta; parejitas de enamorados que, con las manos muy apretadas y las cabezas muy unidas, duermen también sobre la hierba.

Yo, para matar el tiempo, he venido cargado con una historia de la Filosofía, un volumen descriptivo de las flores de California y una cámara fotográfica. Mas ¿qué hacer con todas estas cosas cuando aprieta el calor y amenaza el aburrimiento? Decido tenderme a dormir utilizándolas de almohada. Pero pronto un ejército de hormiguitas próvidas empieza a invadirme y a atacarme inconsideradamente. Tengo que huir, y me dirijo a un banco próximo. En un extremo de él hay sentado un señor; en el otro extremo yo me siento. Me aburro,

me aburro, me aburro espantosamente. Saco unas cuantas postales del bolsillo y me pongo a escribirlas. De pronto oigo que el compañero de banco me dice:

—¿Pero tiene usted amigos en Madrid?

—¡Caramba! ¿Y por qué no he de tener yo amigos en Madrid?

—Perdone mi indiscreción; uno es algo curioso y he estado leyendo lo que usted escribía.

Después de darle la absolución empiezo a charlar con mi compañero de banco. No tarda en referirme su vida. Es gallego. Salió de España hace veinte años, cuando contaba unos quince de edad. Ha vivido en Cuba y en diversos lugares de los Estados Unidos. En La Habana fué de todo, desde mozo de cordel hasta tabaquero. En los Estados Unidos ha ejercido también muy distintas profesiones: fué pastor en Nevada, minero en Arizona y ahora, en Los Angeles, sirve de mozo en un Club de gente rica. Ha pasado épocas muy duras, y en

alguna ocasión pudo hacerse rico. A fuerza de dar tumbos por la vida, ha ido forjándose una filosofía amable. Le tienen completamente sin cuidado la mayor parte de las cosas que a los demás nos preocupan y nos inquietan. No piensa en volver a España, porque sabe que, de hacerlo, le comerían en pocas semanas todos sus ahorros los innumerables hermanos y hermanas, cuñados y cuñadas, sobrinos y sobrinas que por allí tiene. Vive apaciblemente. Muchos de los ratos que tiene libres los pasa en este parque. Aquí, solo casi siempre, pasea, se sienta frente al lago y filosofa a su modo. Se considera relativamente feliz, es decir, todo lo feliz que puede ser un hombre. Y sería dichoso por completo si no hubiera dado en una manía bastante extraña. Este hombre, que salió hace veinte años de un pueblecito de Galicia sin saber leer ni apenas hablar, es hoy un defensor apasionado de la pureza de nuestro idioma. Trabaja con un grupo de mejicanos y americanos

del Sur —gente ignorante, dice él despectivamente— y se pasa la mitad de la vida discutiendo con ellos graves problemas filológicos. Se ha comprado una gramática y un diccionario, y en cuanto oye decir en torno suyo "charola" por bandeja; "pararse" en vez de ponerse en pie, o cosa semejante, este hombre plácido se irrita y empieza a gritar y a hojear sus libros.

Luego de charlar con él un par de horas he dicho adiós a mi nuevo amigo hasta el domingo próximo o hasta la eternidad. Y al despedirnos yo lamentaba que no hubiese un sillón vacante en la Real Academia Española —aunque fuese en la portería— con destino a tan curioso personaje.

VENICE

No; yo no habría querido ver así el océano Pacífico la primera vez que llego a él. Yo habría buscado otros lugares más bellos, más apacibles, más solitarios, para aproximarme al mar, para gozar las primeras impresiones que me sugiriese. ¡Caminando hacia el Oeste, había soñado tanto con las playitas de California! No podía imaginar que al asomarme a una de ellas había de sufrir una gran decepción.

A los pocos días de llegar a Los Angeles, unas personas amabilísimas, a quienes acabo de conocer, me invitan a dar un paseo en automóvil. ¿Adónde nos dirigimos? ¿En

dónde pasaremos la tarde? Caminamos hacia el mar, y yo voy encantado.

Salimos de los Angeles. Cruzamos ante casas diminutas, sombreadas de palmeras, de pinos, de magnolios y rodeadas de plantas y de flores; pasamos ante campos verdes o amarilleantes bajo el sol, ante algunos huertos de naranjos, ante algunos bosquetes de eucaliptos. Vemos a uno y otro lado montes de tierra seca y amarillenta y de vegetación obscura. Escalando algunos lomazos e invadiendo los valles, destácanse las torrecillas metálicas de los pozos petroleros. Me señalan mis amigos, al pasar, varios estudios de Empresas cinematográficas. Seguimos adelante. Cruzamos por cima de un canalillo de aguas verdegueantes y quietas. Los edificios se agrupan, se estrechan; vemos gente —una densa multitud de tarde dominical— por todas partes. Nos apeamos.

Encima de un tinglado altísimo, un señor, con ademanes violentos, dirige una pe-

queña banda, que hace mucho ruido; varios centenares de personas escuchan ensimismadas. Cerca, un ferrocarril diminuto gira rápida y estrepitosamente. Se oye el ruido del órgano de unos caballitos, del órgano de un barracón de madera y lona pintarrajeada, donde un energúmeno anuncia a voces yo no sé qué terrible espectáculo formidable; se oye el estrépito de una montaña rusa, el trompeteo que sale de un *dancing-hall.* Veo por todas partes tenduchos donde se exhiben baratijas, puestos donde se venden confituras, *ice-cream,* y salchichas humeantes, a las que llaman humorísticamente *hot dogs* (perros calientes). Huele a pescado, a grasa, a comida recalentada. La gente se apiña a la puerta de los cinematógrafos y de las casas de baños. Una señora se ofrece a decirme la buenaventura; un armenio quiere venderme no sé qué cosa. Un poco más allá se oyen gritos y risas de gentes que suben y bajan, pendientes de una rueda vertical; de gen-

tes que giran vertiginosamente dentro de unos barquitos suspendidos de una gran rueda horizontal. Ruido, gente, calor, malos olores por todas partes.

—Pero ¿qué infierno es éste? —pregunto.

—Es Venice, una de las playas más próximas a Los Angeles —alguien me contesta.

Efectivamente; entre un edificio de cemento y un tenderete de madera y lona aparece la franja azul del mar.

Nos dirigimos hacia la playa. La arena casi desaparece por completo bajo una multitud compacta y medio desnuda. Unos, en traje de baño, se hallan tendidos sobre la arena blanca y caliente, retostándose al sol; otros se refugian a la sombra de grandes parasoles rojos o de blancos tendales. Unos corren, saltan, se persiguen; otros se arrojan una pelota desde lejos. Hay grupos que se ejercitan en duros pugilatos; hay quien se dirige al mar corriendo, y

hay quien sale del agua pálido, chorreante y tembloroso. Grupos de muchachas, en traje de baño también, con la cabellera suelta o recogida bajo gorritos caprichosos, toman baños de sol, pasean, corren, juegan, saltan, practican toda clase de ejercicios. Los paseantes se detienen; las terribles cámaras fotográficas funcionan; algún perro, malhumorado ante el pintoresco espectáculo, empieza a ladrar furiosamente. Cae un sol que ciega y abrasa.

Dentro del agua espumosa y espejeante se ven por dondequiera cabecitas que flotan, que aparecen y desaparecen; gentes que bracean, que surgen entre torbellinos de agua y espuma, para sumergirse de nuevo. El sol, alto todavía, se inclina poco a poco hacia el mar.

Seguimos a pie, hacia adelante. Pronto llegamos a otra playa, *Ocean Park*, donde nos espera idéntico espectáculo. Y yo, andando silencioso y pensativo, me pregunto por qué habrá en el mundo personas

amabilísimas que le lleven a uno a sitios desagradables. Sé que he de ver pronto playas encantadoras —Ventura, Long Beach, La Joya, Santa Catalina, Monterey, y tantas otras— que borrarán en mí esta primera decepción. Pero no; yo no habría querido ver así el océano Pacífico, la vez primera que me acerco a él.

EL CINEMATOGRAFO EN LA VIDA

El cinematógrafo tenía, necesariamente, que haber sido perfeccionado e industrializado en los Estados Unidos. Ninguna otra manifestación artística armoniza tan bien como ésta con la vida norteamericana, agitada, violenta y no pocas veces desoladamente superficial. Por eso, el cinematógrafo, tan popular en el mundo entero, lo es mucho más aquí. En estas ciudades, los teatros en que se proyectan películas, es decir, casi todos los teatros, están abiertos diariamente tarde y noche, y no los hallamos vacíos nunca. Por muy poco

aficionado que sea uno a este género de espectáculos, se enterará día tras día, quiera o no quiera, de quiénes son las "estrellas" de moda y las películas más sensacionales.

Y el cinematógrafo ejerce una gran influencia sobre todas las manifestaciones de la vida, en el hogar, en la cultura y hasta en la delincuencia. Cuando en Europa desaparece una muchacha bonita de su casa, ya se sabe que el amor anda por medio; cuando tal cosa ocurre en los Estados Unidos, lo más probable es que la agraciada joven aspire a ser actriz de cinematógrafo. Aquí los libros de verdadero mérito literario interesan sólo a una minoría insignificante. ¿Para qué leer, cuando en cualquier teatro se puede matar el tiempo siguiendo la trama de novelones complicados y absurdos, presenciando tragedias espeluznantes y comedias llenas de jocosidad, que ni exigen el esfuerzo de pensar ni aun la molestia de ir pasando las hojas? En otros

países se roba y se mata por ambición, por vicio, por odio, por amor. Aquí no faltan espíritus sugestionables que cometan estos delitos por la estupidez de imitar alguna escena interesante de la película que acaban de presenciar. Y hasta en hechos insignificantes: en la manera de accionar de este caballero, en el modo de sonreír o de mirar de esta señorita, hay algo que nos recuerda inevitablemente las gesticulaciones de los personajes que hemos visto desfilar por el telón blanco del cinematógrafo.

Los Angeles es el sitio ideal para los aficionados y explotadores del nuevo arte. Viviendo en esta ciudad, no es necesario visitar ninguno de los famosos estudios para penetrar en los misterios de la cinematografía. Va uno tranquilamente por la calle, y de pronto ve a media docena de señores que corren por la cornisa más alta de un edificio de quince pisos. No hay que asustarse ni es preciso preguntar qué ocurre: se está impresionando una película cinema-

tográfica. Otras veces es una señorita que hace equilibrios en lo alto de una torre, o es un señor que se arroja desde una ventana a la calle. No hay que conmoverse: son gentes felices que viven de eso.

Un día, en la bella ciudad del sur de California, me dirigí hacia la Universidad cargado de libros y papeles, y rumiando unas cuantas ideas. Al entrar en el *campus* me quedé sorprendido. En vez de encontrarme, como siempre, con grupos de estudiantes atareados que iban a la biblioteca o hacia los edificios de las clases, me hallé entre señores muy puestos de levita y sombrero de copa, con el rostro embadurnado de colorete; entre unas cuantas docenas de inválidos de la guerra pasada, vestidos de uniforme militar y sentados en sillones de ruedas; entre un centenar de señoras y señoritas que, al aire libre, aguantando un sol espantoso, aplaudían frenéticamente a un buen señor que gritaba y gesticulaba como un energúmeno en-

cima de una tribuna improvisada. Ni yo soñaba ni aquel centro de cultura se había convertido en un manicomio: también allí se estaba impresionando una película.

Pero al espectáculo de moda, con ser tan popular, no le faltan adversarios formidables. Aquí, donde hay partidarios y enemigos de todo; aquí, donde se hace intensa propaganda contra infinitas cosas —contra el consumo del alcohol y contra el uso del bigote, contra el celibato y el *jazz*, contra el tabaco y el agua helada—, ¿cómo no iba el cinematógrafo a tener también sus enemigos? De vez en cuando se nos dice que el reverendo A o el profesor B han lanzado, de palabra o por escrito, ataques terribles contra nuestro arte. Sin embargo, tranquilicémonos: la gente hace como si los escuchara o los leyera muy en serio; pero dice para sí, en voz muy baja: "¡Bah!, ¡bah!, ¡bah!" Y continúa llenando los teatros.

REGENERADORES Y REDENTORES

En la calle, una señorita se acerca a mí, con gesto gracioso y palabras amables me ofrece un pequeño *magazine*. Como no ignoro de qué se trata, pues esta es la tercera o cuarta vez que tal cosa me ocurre, sin la menor vacilación y sonriendo cortésmente alargo una moneda a la gentil americanita, y recojo de sus bellas manos enguantadas una revista, impresa en excelente papel, llena de grabados y lectura. Verdaderamente, no hay derecho a quejarse: por veinticinco centavos hemos complacido a una muchacha adorable, se

nos informa de algunas cosas terribles que pasan por el mundo y —lo que vale mucho más— se nos dan resueltos los problemas más trascendentales de la vida física y espiritual; se nos dice todo lo que debemos hacer para estar bien con Dios y cumplir nuestros deberes para con los hombres; se nos dice qué debemos pensar y qué debemos no pensar, y hasta cómo debemos vestir y qué debemos comer si deseamos que sea nuestra vida larga, útil y feliz. Hemos pasado un rato de buen humor hojeando este pequeño y cándido *magazine*, que se propone, entre otras cosas menos importantes, hacernos mejores, apartarnos del pecado y del vicio, guiándonos por el camino de la virtud; redimirnos, en una palabra. Y todo por veinticinco centavos. Verdaderamente, no hay derecho a quejarse.

Voy a visitar a unos buenos amigos. Son dos viejecitos simpáticos; un matrimonio modelo. Desde hace cuarenta o cincuenta

años viven en la más perfecta armonía. Pero da la pícara casualidad de que, en cuanto a ideas, no pueden entenderse. La señora es teósofa, y él es unitario; la señora, en política, tiene convicciones marcadamente conservadoras, y él profundamente ultrarradicales. Apenas empezamos a hablar como otras veces, cada uno de ellos procura hacerme partícipe de sus creencias y atraerme hacia su campo. Yo, con la mejor intención y las palabras más amables, procuro complacer a ambos. Ella me obliga a cargar con dos libros formidables —la última palabra en espiritismo— que irán al montón de los que no pienso leer nunca, y me recomienda no deje de ver una película cinematográfica, ahora de moda, inspirada en los misterios del "más allá". Al despedirme, tengo que prometer a él que iré a su iglesia, que me haré socio de su Club, que no faltaré a una reunión política anunciada para fecha próxima... En verdad, es muy de agradecer que la gente

se interese por uno. Pero, ¡caramba!, va siendo demasiado interés.

En el restaurante hojeo el periódico. Me entero de que la propaganda antialcohólica del intrépido norteamericano Mr. Pussyfoot Johnson hace grandes progresos en Escocia. Decididamente, dentro de pocos años la Humanidad no beberá otra cosa que agua clara, o, todo lo más, refrescos de zarzaparrilla. ¿Cómo no regocijarnos extraordinariamente de los grandes triunfos de Mr. Pussyfoot? Un poco más adelante, en el mismo periódico, leo que los protestantes de no sé qué secta se proponen reunir una porción de millones de dólares con el laudable fin de cristianizar y moralizar a Europa. En otra página se nos anuncia también que acaso dentro de poco tiempo no podamos hacer en domingo nada más que concurrir a la iglesia y meditar sobre las delicias del Paraíso y las miserias de la vida. Hay quien se propone que los días de fiesta estén cerrados los teatros,

los cinematógrafos, los cafés; que sólo circulen los tranvías para llevar los fieles al templo; que ni podamos presenciar una partida de *baseball*, ni dar un paseo en automóvil, ni oír un concierto; que si queremos ir al campo, tengamos que marchar a pie, suponiendo que el hacerlo así no resulte también un pecado terrible.

Ya nos es imposible invitar a un amigo a beber un vaso de cerveza o una copa de Jerez, ni permitirnos el lujo de remojar la comida con media botella de Burdeos, y no faltan fumadores empedernidos que tiemblan ante la idea de verse privados muy pronto de la inefable delicia de arrojar humo por la nariz. A la campaña contra el consumo de bebidas alcohólicas seguirá otra no menos formidable —todo es que a un grupo de buenos señores o de buenas señoras se les ocurra disponerlo así— contra el uso del tabaco. Después, no sabemos qué vendrá; pero estamos seguros de que nuestros incansables regeneradores y re-

dentores hallarán todavía algo que combatir o que propagar.

Aquí hay gentes verdaderamente admirables. Cada día, después de doce o catorce horas de trabajo, aún les queda tiempo y buen humor para inventar teorías salvadoras, y celebrar reuniones, y redactar artículos, y pronunciar discursos. En este país, por lo visto, nadie quiere morirse sin haber realizado algo trascendental, y aquel a quien no se le ocurre otra cosa, inventa una nueva religión, de la que es profeta, sumo sacerdote y misionero, hasta que logra reunir un buen número de apóstoles decididos, activos, eficientes, y ve ensancharse el círculo de acción con rapidez formidable.

Un amigo mío afirma que aquí la mitad de la gente se ocupa en amargarle la existencia a la otra mitad. Mi amigo, además de ser europeo, es un hombre exagerado y descontentadizo. Por mi parte —podéis creerme— me hallo por acá como en el me-

jor de los mundos. Estos amables redentores y redentoras me hacen gozar de los espectáculos más originales en esta vida, a la vez que me van preparando —quiéralo yo o no lo quiera— la eterna bienaventuranza para después de la muerte.

EL SEXO DEBIL

CIERTO amigo mío, profesor de español en una de estas Universidades, me hizo días pasados una confesión que bien merece le consagremos unas líneas. En algunas obras de nuestra literatura moderna, usadas aquí como libros de texto, se emiten directa o indirectamente, en serio o en broma, juicios sobre la inferioridad mental de la mujer, sobre la debilidad de la inteligencia y de la voluntad femeninas, que si en Europa —en España sobre todo— pasan como cosa natural, de la que ni siquiera protestan las mujeres, aquí, en los Estados Unidos, parecen absurdas, chocan-

tes y, sobre todo, muy divertidas. En una de nuestras novelas más populares del siglo XIX, que mi amigo, ¡ay!, tiene que traducir en sus clases tres o cuatro veces al año por lo menos, se lee el siguiente pasaje: "Yo me enfrasqué en una descripción anatómica, procurando ponerla al alcance de las inteligencias femeniles a quienes iba dirigida." Estas líneas tan inocentes, que para nosotros nada tienen de particular, hacen sonreír levemente, con suave ironía, a no pocas de las bellas alumnas de nuestro amigo. Calificar aquí de femenino el espíritu de un escritor demasiado sentimental y blandengue sería cometer una impropiedad; hablar aquí del sexo débil, refiriéndose a la mujer, es sencillamente ridículo.

Si tratáis sobre el particular con un español castizo, os dirá que nuestro concepto de la mujer es el más perfecto y elevado. Si tenéis la desgracia de escuchar esos discursitos que se pronuncian en Juegos florales, Ateneos de provincia, y otras mani-

festaciones cursis de nuestra ramplonería seudointelectual, seréis testigos de que se derraman sobre el espíritu de nuestras pobres mujeres muchas palabras vacías y muchas flores de trapo, incoloras ya a fuerza de ser manoseadas. Con superficiales y hueras frases contentamos y adormecemos el espíritu de nuestras mujeres; repitiendo frases y más frases, creemos haber cumplido el principal, acaso el único deber para con ellas. Y los hechos son muy distintos de las buenas palabras. Mantenemos a la inmensa mayoría de nuestras mujeres en una incultura lamentable, incapacitándolas para el cumplimiento de muchos deberes y para la satisfacción de muchos goces elevados. Las mantenemos apartadas por completo de los asuntos y problemas de interés general, restando al país, que tanto necesita de ellas, un caudal inapreciable de fuerzas y de iniciativas. Cuando una de nuestras mujeres coge un libro o maneja la pluma, la tildamos de marisabidilla y nos

reímos de ella. A las más ilustres de nuestras mujeres cerramos, por ser mujeres, las puertas de las Academias, donde tanta nulidad masculina tiene su asiento. Cuando se discute si nuestras mujeres deben votar o no, unos aseguran que no puede concedérseles el voto por no estar preparadas (o lo que es lo mismo, por carecer de capacidad) para ello; otros, pensando en esa misma incapacidad, que las ha de convertir en instrumentos ciegos y fácilmente manejables, solicitan el voto para ellas. Cuando llega el momento de elegir mujer, nuestros jóvenes la buscan entre las ricas o entre las buenas y tímidas, de personalidad nula o borrosa, fáciles de dominar y que se resignen a todo y cedan siempre. La esposa inteligente y enérgica, con personalidad y carácter propios, con quien poder compartir, sin reservas y de igual a igual, toda la vida, la material y la del espíritu, parece entre nosotros algo inasequible, y si la hallásemos, nos asustaría

probablemente. Y entretanto, seguimos derramando palabras vacías y flores de trapo sobre el espíritu de nuestras pobres mujeres, a la vez que nos hallamos convencidos de su inferioridad mental.

Por eso, tal vez sea verdad en España lo de sexo débil aplicado a la mujer. Pero en América del Norte...

En América del Norte, la vida activa y sana, el ejercicio de toda clase de deportes, físicamente, están creando un tipo de mujer cada vez más admirable, y ya muchos artistas consideran como el más perfecto del mundo. Intelectualmente, se dan a la mujer las mismas facilidades de cultura y de educación que al hombre. Lejos de cerrársele, necia y brutalmente, los caminos para el porvenir, se le hace ver que ante sí tiene tantas posibilidades como pueda encontrar el hombre. Gozando de independencia económica conquistada con su trabajo, a la mujer americana se le presenta rara vez la terrible alternativa —tan co-

mún en otros países— de un matrimonio absurdo o de un celibato inútil y triste. La mujer interviene en la enseñanza, en los negocios, en la política. Contribuye con su esfuerzo a hacer la vida de su país más culta, más próspera y más bella. Y siempre activa, enérgica e independiente, resulta cada vez más encantadora.

La mujer americana, para conquistar el puesto y la consideración que hoy goza en esta sociedad, ha tenido que luchar constante y valerosamente durante medio siglo contra la misma estupidez, la misma rutina e iguales prejuicios que, en cuanto a su misión, dominan todavía en países donde se las halaga y se las adormece espiritualmente con palabritas cursis y con flores de trapo.

No; aquí resulta absurdo y risible lo de sexo débil al hablar de la mujer.

LOS CLUBS

DURANTE los pocos años que llevo de residencia en los Estados Unidos ya fuí innumerables veces invitado a formar parte de infinitos clubs. Aquí hay clubs de todas clases y para todos los fines imaginables: clubs con edificios espléndidos, y clubs que andan errantes de un lado para otro, sin domicilio permanente; clubs de los que sólo pueden formar parte unos cuantos señores mimados por la fortuna, y clubs a que pertenecen cientos de miles de personas diseminadas de un extremo a otro del país; clubs de señoras políticas, de jóvenes cristianos, de negociantes, de

fumadores, de espiritistas; clubs de señores, señoras y señoritas que desde un rincón de Kansas u Oklahoma se proponen mejorar o redimir a la Humanidad entera, y clubs de personas apacibles, cuya única aspiración consiste, a lo que se ve, en hacer chistes detestables y en pasar el rato lo mejor que pueden. A mí me asombra más cada día —y me hace renegar más cada día también— la encantadora sociabilidad de estas gentes.

A veces me propongo entrar en el comedor de un hotel, para tomar el *lunch;* pero tengo que quedarme sin realizar mi propósito; una muralla impenetrable de cuerpos humanos se interpone entre aquel lugar y yo; cada uno de esos caballeros es lo más probable que lleve en lugar muy visible una cintita o una placa que acredite la sociedad o el club a que pertenece, y hasta, en no pocas ocasiones, lucen estos señores, pendientes de la solapa, tarjetas en que va escrito el nombre de la persona

que la ostenta. A veces esta densa muralla de cuerpos humanos está formada por gentes bonachonas y tímidas que vienen de los pueblos, y uno de los más avispados les dirige una alocución familiar, autorizándoles a conducirse en aquel sitio público lo mismo que si estuvieran en sus casas, y a hacer todo el ruido que quieran. Otro día en que, más afortunados, no hallamos dificultad en sentarnos ante una mesa y en que se nos sirva la comida sin grandes dilaciones, oímos de súbito en un comedor próximo a un centenar de personas que empiezan a cantar inconsideradamente, con toda la fuerza de sus pulmones demasiado enérgicos, himnos con que nos dan a entender que son empleados del ferrocarril o pertenecen a tal o cual Estado. O se nos aparece de pronto un grupo de señoras y señoritas cincuentonas, que ocupan unas cuantas mesas, y después de comer leen papelitos y pronuncian discursos sobre alguna materia seguramente muy gra-

ve, a juzgar por la seriedad imperturbable con que hablan y escuchan. Un buen día, andando por las calles, nos cruzamos con miles de personas que llevan en las gorras y en los sombreros cintitas en que hay pintados un par de cuernos cervunos, de ramificaciones complicadísimas. (No hay que preguntar: son los *Elks*.) Otras veces los hombres apacibles con quienes tropezamos van cubiertos con gorros turcos y vestidos con trajes a la oriental. (Son masones de no sé qué grado o categoría.)

Yo he pasado no pocas horas en clubs de sabios, donde he podido oír a señores muy solemnes, que —tendidos en sendos butacones, con los pies sobre una mesa, y entre bocanadas de humo— trataban de hacernos comprender teorías formidables, acabadas de salir del horno donde se habían cocido o de la prendería donde alguien las dejó olvidadas, sobre esta o la otra rama del saber. He conocido en otros clubs a tipos curiosos, optimistas y simpá-

ticos, de esos que viven y triunfan gracias a sus habilidades en los negocios y a sus argucias en la política. Siempre que voy a Chicago visito un club de artistas, y tomo un par de tazas de té y charlo un rato con personajes disparatados e inteligentes, y, entre sorbo y sorbo del líquido aromático, me entero de la última moda en materia estética, del último genio que acaba de surgir en la ruidosa ciudad del Michigan; veo obras extrañas de escultores y pintores más o menos independientes; cruzo el primer saludo con alguna dama o algún caballero que ya ha recorrido medio mundo a la busca de nuevas inspiraciones.

Y como sería imposible enumerar siquiera todas las clases de Asociaciones y de clubs que aquí tenemos, os diré ya únicamente que hace dos o tres noches estuve en una reunión de cierto club cosmopolita. Allí, gente de todos los aspectos y colores peroraban, discutían y reñían unas con otras, exteriorizando cada cual, sin darse

cuenta tal vez de ello, sus estrecheces de miras y sus prejuicios de raza y de nación. Ante aquellos señores y señoritas de color de tabaco o de alquitrán, de color de limón podrido o de caoba pulimentada, me sentí en el mundo como en una pintoresca *ménagerie*, como en un enorme parque zoológico, creado por Dios todopoderoso, para el propio solaz, en un instante de aburrimiento o de buen humor.

MANIA AMBULATORIA

HELLO! *How are you?* —me dice, al entrar en mi despacho, un hombrecillo chiquitín, cuyos ojos diminutos y bizcos, tiemblan nerviosamente tras los gruesos cristales de las gafas. Viene con cara de aburrimiento y de fatiga. Trae una maleta, un saco de mano, una máquina de escribir portátil.

—¿Pero adónde va usted con todo ese cargamento?

—A Francia.

Ha dejado caer de golpe su equipaje, y me tiende la mano afectuosamente.

—*Good gracious!* —y se limpia el sudor con gesto malhumorado.

—¿Conque a Francia, nada menos, eh?

—Sí. ¿Qué quiere usted? Estoy muy ocupado ahora y no me sobra el dinero. Pero hace unos meses tuve la mala ocurrencia de solicitar billete en una Agencia de viajes y ya es demasiado tarde para volverse atrás. ¡Maldita la gracia que me hace viajar en esta ocasión! Pero, ¿qué quiere usted?, hacia Europa salgo hoy mismo. Figúrese, unos meses de andar rodando de un lado para otro, codeándome con turistas idiotas, en el buque, en el tren, en los hoteles, en todas partes; aguantar molestias y fatigas, sufrir un sinnúmero de abusos e impertinencias. Compadézcame, mi amigo.

Este hombrecillo nervioso —un judío medio europeo, medio oriental y medio americano, cuyos ojuelos bizcos tembletean agitadamente, al mirar con fijeza, tras los gruesos cristales de las gafas— me habla cada vez más afligido.

—*Good gracious!* ¡A nadie más que a

mí se le ocurre ir a Europa teniendo tanto que hacer y tan poco dinero!

Yo, por consolarle, le hablo de los encantos de París; y como este pintoresco personaje es víctima de ciertas debilidades donjuanescas, le auguro encuentros felices entre la Magdalena y la Porte Saint-Denis, y a lo largo del bulevar Sain-Michel. Nuestro amigo sonríe picarescamente, se animan un momento sus ojillos diminutos y tembladores, y cuando se aleja —cargado nuevamente con su maleta, su saco de mano y su máquina de escribir portátil— se siente optimista y feliz.

No es ésta la única visita de despedida que he recibido últimamente. Hay quien dice que la mitad de los habitantes de América del Norte está ya en Europa y que la otra mitad se dispone a partir. El correo me trae diariamente epístolas de amigos que piden informes sobre la vida europea y cartas de presentación para habitantes del viejo mundo. Uno de nuestros amigos

se propone recorrer a pie gran parte de España durante los meses de julio y agosto. Otros tratan de visitar media Europa en cinco o seis semanas. Después de trabajar y vivir a la carrera, febrilmente, sin descansar un momento, nueve o diez meses del año, dedicarán los dos o tres meses restantes a viajar a la carrera, febrilmente, sin descansar tampoco. Y, día tras día, las Agencias de viajes nos remiten anuncios tentadores. Viajes a través de Inglaterra, Francia, Alemania, Suiza e Italia; viajes al norte de Europa y a los puertos del Mediterráneo; viajes a Alaska y a Oriente; viajes alrededor del mundo. Y todo por cantidades que oscilan entre 500 y 1.500 dólares. ¿Cómo no aprovechar la ocasión? Y la gente corre de un lado para otro; prepara el equipaje y se dirige hacia la estación o hacia el puerto. Y los que se quedan en el país, tampoco descansan. Van de una parte a otra del continente en trenes y en automóviles. Acampan al lado de

los caminos, en la orilla de los lagos o sobre la arena de las playas; trepan a las cumbres o se pierden, durante unas semanas o unos días, en la espesura de los bosques. Hay quien al llegar esta época del año se cree en el deber de manifestar su entusiasmo por la Naturaleza, y se marcha a algún sitio solitario y remoto, huyendo de la civilización. Pero la civilización le sigue a todas partes: viaja en automóvil, se sirve de muebles de campaña y de utensilios recién inventados, va cargado de latas de conservas y tarros de confituras y mermeladas, de rifles que pueden disparar yo no sé cuantas docenas de tiros por minuto, y hasta de terribles fonógrafos que le distraerán con sus ruidos cuando los encantos de la Naturaleza salvaje empiecen a aburrirle.

Días pasados, cierta adorable amiga me propuso una excursión espeluznante, digna de un gran héroe o de un pequeño Tartarín. Cruzaríamos buena parte de los Esta-

dos de Utah y Arizona, a caballo y recorriendo 40 ó 50 millas diarias, a través de desiertos, gargantas y derrumbaderos peligrosísimos; dormiríamos en pleno campo, expuestos de continuo a las picaduras de insectos y a las mordeduras de reptiles venenosos; tal vez seríamos atacados por los indios y tuviéramos que defendernos de lobos, osos, gatos monteses, etcétera. ¿Cómo aceptar, sin considerarse un ente extraordinario, excursión tan deliciosa? Yo, que seguiría hasta el mismo infierno a esta encantadora amiga, he renunciado a cruzar con ella los Estados de Utah y Arizona. Decididamente, soy un hombre comodón y vulgarote que no va a ninguna parte.

¿Pero es que me hallo libre acaso de la manía ambulatoria que aquí parece atacar a todo el mundo? Nada de eso. Ya estoy preparando la maleta, y dentro de unas horas saldré para el Oeste.

EN SALT LAKE CITY

El *porter*, un negrazo gigantesco y ceremonioso, viene a decirme que dentro de pocos minutos llegaremos a Salt Lake City; me limpia el polvo del sombrero, del traje, de los zapatos, y, luego de embolsar la propina, se aleja llevando hacia la portezuela del coche mi equipaje de mano. Ya el tren se ha detenido y he saltado a tierra. Acabo de decir adiós a unas cuantas personas amables con quienes vine desde Chicago hasta aquí —durante dos días y tres noches —enjaulado en el mismo *Pullman*, gozando de las sorpresas y sufriendo las fatigas de un viaje de muchas

horas, interesante a trechos y a trechos monótono.

Un automóvil me lleva por calles amplias, rectas, bien cuidadas (como las de casi todas las ciudades de América del Norte ya visitadas por nosotros), que sombrean altos árboles de fronda espesa y jugosa. A uno y otro lado se ven casas rodeadas de pequeños jardines verdes y floridos. En el fondo se elevan unas montañas retostadas, estériles, desnudas. El aire es seco y de transparencia cristalina. Yo no podía figurarme así —pulcra y florida— a esta ciudad del Oeste, que nació en uno de los lugares más ingratos de la tierra: en un desierto de espantosa aridez y junto a un lago muerto, de agua salina, pesada y densa. Y mientras cruzo rápidamente las calles de esta ciudad bella y progresiva, me asombro —como tantas otras veces, en mis viajes por este país— de los milagros que puede realizar la energía humana.

Ya en el hotel, me dirigen a una habi-

tación desde cuyas ventanas se domina gran parte de la ciudad y los montes lejanos, de entonaciones pardas, rojizas, azulencas, violáceas. Muy cerca, entre una masa de verdura fresca y desbordante, alza sus esbeltos muros, sus agujas, torrecillas y pináculos marmóreos, el templo de los mormones.

Sólo voy a pasar veinticuatro horas en Salt Lake City. No hay tiempo que perder. Me aseo rápidamente y salgo a la calle. Un tranvía me lleva a la estación desde donde, en tren eléctrico, iré a la orilla del lago. Hojeo, entre tanto, un cuaderno de notas, y retraigo a la memoria algunos datos inútiles: la ciudad del Lago Salado fué fundada en 1847 por un grupo de mormones que llegaron hasta aquí en busca de un sitio donde vivir en paz, de acuerdo con sus doctrinas religiosas y sociales, tras las duras persecuciones de que fueron víctimas en otros lugares del país. A fin de no ser turbados por gente codiciosa, eligieron

para establecerse una tierra muy pobre, donde sólo pudieran vivir a costa de grandes esfuerzos y de sacrificios constantes. Y en medio de un valle desierto y árido, en la orilla este de un río, a que dieron el nombre de Jordán, y a unas cuantas millas del Lago Salado, surgió la nueva ciudad. Sus fundadores, los "Santos", como a sí mismos se llamaban, dedicáronse a la agricultura y a la ganadería. Su Gobierno fué en un principio de carácter puramente eclesiástico. Salt Lake City, que en 1860 contaba 8.236 habitantes, tiene hoy una población de más de 100.000. La "fiebre del oro", que llevó hacia California, a mediados del siglo XIX, infinidad de aventureros, contribuyó poderosamente al rápido progreso de la ciudad. Los mormones, siguiendo los consejos de su presidente, Brigham Young, no abandonaron la agricultura para dedicarse a la minería. Pero los buscadores de oro, que cruzaban por su ciudad, y se aprovisionaban en ella, los enriquecieron...

(Las sacudidas del tren, que se pone en marcha, me hacen interrumpir la lectura.)

Cruzamos planicies arenosas, exentas casi en absoluto de vegetación; un desierto, desolado y gris, de arena salina. Luego el tren cruza por terrenos encharcados. El agua del lago, densa, pesada, gelatinosa, avanza ya, a uno y otro lado de la vía, en pequeñas olas redondeadas. Vemos trozos de tierra, postes, barras de hierro, pedruscos —que se hallan o han estado al alcance de las aguas—, revestidos de una espesa costra de sal. Instantes después llegamos a *Saltair Park*. Aquí, como en todos los sitios por donde desfilan cada año varios centenares de miles de turistas, encontramos —era de esperar— esas atracciones insufribles y ruidosas que encantan a la gente: la montaña rusa, las plataformas y asientos giratorios, los caballitos que también dan vueltas y suben y bajan sin cesar alrededor de un órgano que nos ensordece y aturde con su mú-

sica estrepitosa; los salones de tiro al blanco, las rifas, los tenduchos de comidas y refrescos, etc., etc. El sol rebrilla en las aguas densas, pesadas, gelatinosas del lago, sobre las cuales los bañistas —aun los más desconocedores del arte de la natación— flotan, sin lograr hundirse, como muñecos de corcho. Voy de un sitio para otro, y a la hora de haber llegado tomo el tren para encaminarme de nuevo a la ciudad y huir del fastidio que empieza a asaltarme.

Ya de noche, desde la ventana de mi habitación, veo la ciudad espléndidamente iluminada, llena de lucecitas blancas, multicolores, inmóviles unas, otras que aparecen y desaparecen de continuo, en juegos caprichosos. Y sobre la ciudad, un cielo bello, diáfano, profundo —luminoso también—, donde palpitan clara, intensamente, las estrellas.

TURISTAS Y MORMONES

AQUÍ, si no nos engañan las estadísticas, se detienen todos los años varios centenares de miles de viajeros. ¿Para qué? ¡Ah! En la ciudad del Lago Salado el turista puede hacer tres cosas importantes. La primera —que es la principal para quienes van acumulando muchos años y perdiendo no pocas curiosidades e inquietudes— descansar. Después de un viaje en tren durante tres o cuatro días, no vienen mal un baño y ocho o diez horas de sueño, no perturbado por ruidos, choque y sacudidas de toda especie. Además, el turista curioseador, cándido y entusiasta, puede

concederse en Salt Lake City otras dos grandes satisfacciones: la de arrojarse al Lago Salado para verse flotar en las posturas más absurdas y pintorescas, como una boya o como un pedazo de corcho (placer muy recomendado por los guías), y la de ver, no en sueños ni en imaginaciones, sino en realidad y cara a cara, algunos ejemplares de ciertos seres pintorescos y extraordinarios llamados mormones.

El turista, al llegar aquí, no suele tener idea muy clara de lo que sean los mormones, ni en qué pueda consistir el mormonismo. Pero alguien le habrá dicho, sin duda (y esto parece ser que ya pasó a la Historia), que los mormones, en este siglo egoísta de celibato y divorcio, son hombres apacibles, capaces de vivir dentro de la mayor armonía, con seis u ocho mujeres. Y el turista, claro es, siente gran curiosidad por conocerlos y no puede menos de admirarlos.

Al levantarme, desde la ventana de mi

habitación vuelvo a ver —surgiendo de entre una masa espesa y desbordante de verdura limpia y brillante— las agujas, torrecillas y pináculos del templo de los mormones. Y, una hora después, hacia allí me dirijo.

Cuando llego a la residencia de los mormones veo grupos de turistas por todas partes: unos entran en la Oficina de Información buscando a alguien que se tome la molestia de decirles para qué han venido; otros salen del *Bureau of Information* cargados de libros, de hojas impresas, de fotografías, de tarjetas postales, capitaneados por un señor de buena voluntad que se encargará de explicarles en pocos minutos el credo de la fe mormónica; la historia de esta religión, desde la noche del 21 de septiembre de 1823, en que al profeta José Smith le fué conferida la misión de restablecer el reinado de Dios en el mundo, hasta el presente; las persecuciones sufridas, los progresos realizados, la

organización de su Iglesia... Y señores y señoras, muchachos y muchachas, venidos de todas partes del país, escuchan con cara plácida, sin un gesto de duda ni una sonrisa de picardía, las explicaciones del buen mormón que en suerte les ha caído, llenas de alusiones a milagros, visiones, martirios, dones celestes... Los grupos van de un edificio a otro edificio; entran y salen sin cesar; cruzan en todas direcciones el atrio amplísimo por entre arriates y canastillas de flores bien cuidadas, por entre la verdura sedosa del césped recién cortado que cubre el suelo, y a la sombra de grandes árboles frondosos. Gente, mucha gente, por todas partes, yendo y viniendo, sacando fotografías, oyendo explicaciones, leyendo impresos absurdos, aguardando a que llegue la hora del concierto de órgano que cada día se ofrece aquí gratuitamente a los viajeros.

El director de un grupo habla de cómo el profeta José Smith, siguiendo instruc-

ciones divinas, descubrió en la colina Cumorah, situada en el Estado de Nueva York, las planchas de oro donde estaba grabado el texto del libro de Mormón, las cuales volvieron a desaparecer cuando el profeta las hubo traducido. El director de este grupo sigue hablando de la vida de José Smith; de la organización que dió a su Iglesia; de las persecuciones y expulsiones de que fueron víctimas los creyentes ("los Santos"); de la muerte trágica de José; del éxodo de los mormones a través de gran parte del país, hasta la orilla del gran Lago Salado, donde se establecieron definitivamente; de cómo gracias a la ayuda de Dios y a la vida laboriosa y ejemplar de "los Santos", pudo surgir una ciudad activa y próspera en medio del desierto. Y mis buenos turistas, venidos de todas partes del país, escuchan plácidamente, sin un gesto de duda ni una sonrisa picaresca. Empiezo a bostezar de fastidio, y me dan ganas de salir huyendo hacia la estación.

Pero se acerca el mediodía, hora en que se abrirá el Tabernáculo y podremos oír un concierto en cuyo programa figuran los nombres de Haendel, Borowski, Wágner. ¡Buena falta hace algo que limpie el espíritu del pesado ambiente de credulidad, superstición y milagrería barata que aquí he estado respirando durante la eternidad de una hora!

Y me encanta el pensar que esta misma tarde me llevará el tren por la orilla del Lago Salado, a través del desierto. Cruzaré durante la noche por entre los montes y desiertos de Nevada. Y cuando el nuevo sol venga a despertarme, se desplegarán ante mi vista los bellísimos paisajes de las montañas de California.

DE MAÑANA

A veces, en momentos de cansancio o de fastidio, yo me hago también las baratas y pequeñas filosofías del hombre sedentario. ¿Para qué moverse? Al fin de cada viaje suele haber una decepción. La Naturaleza sólo tiene un número limitado de telones que ofrecer a la contemplación del espectador curioso, y los repite inconsideradamente en uno y otro lugar del Universo. Al cruzar las llanuras de Kansas y Arizona, ¿no te creíste más de una vez en el centro de España? ¿Este rincón de California, no te recuerda otros, deliciosísimos, de nuestra costa mediterránea?

¿Cuando el tren, avanzando trabajosamente, fué llevándote a través de las montañas de Colorado y Nuevo Méjico, no te imaginaste, ora entre los pinares y rocas del Guadarrama, ora en las agrias y peñascosas quiebras de Sierra Morena? ¿Las montañas del Canadá, no te hablaron de los Pirineos y de los Alpes? ¿Tus paseos por los bosques de Minnesota, no te recordaron pintorescas andanzas por los bosques de Normandía? Y en cuanto al hombre... ¡puf! El hombre, prescindiendo de superficiales diferencias, es el mismo en todas partes: un animalejo vanidoso e insignificante que se consuela de su pequeñez forjándose ilusiones y creyendo absurdos.

Pero cuando llega la hora de marchar; cuando preparo mi equipaje, poco voluminoso y ligero; cuando abro los ojos del cuerpo y del espíritu ante nuevas contemplaciones, doy un invisible pero formidable empellón al hombre comodón y vulgarote que todos llevamos dentro, y arrojo por

la borda sus filosofías pequeñas y baratas. Y vuelvo a sentir el optimismo, la frescura y agilidad espirituales que no me abandonaron nunca a lo largo del camino.

Yo soy pájaro mañanero. Cuando el sol empieza a dorar las floridas alturas de Berkeley, un tranvía me lleva al embarcadero de Oakland. Momentos después, el *ferry-boat* en que he de cruzar la bahía se pone en marcha. En el enorme *ferry*, como media hora más tarde en las calles de San Francisco, me hallo entre gentes de razas muy diversas: escoceses de pelo rojo, irlandesas de blanca tez y bellos ojos verdes, mediterráneos locuaces de ojos obscuros y grandes mostachos negros, chinos, japoneses, negros, indios, malayos... Otros *ferry-boats* van y vienen por la bahía, dejando tras sí ancha estela espumosa; un navío pasa junto a nosotros, tendiendo en el aire densa nubareda obscura; las gaviotas aletean y se ciernen en lo alto, se posan un instante, vuelven a aletear y

a cernerse en el aire fresco y neblinoso, giran graciosamente, vuelven a cruzar, tocándolas casi, sobre las aguas plateadas y espejeantes de la bahía. Dirijo una mirada hacia el Poniente. Frente a la *Golden Gate*, a miles y miles de millas de distancia, hay otros países que despiertan vivamente mi curiosidad; frente a la entrada de esta hermosa bahía, descubierta por españoles, a miles y miles de millas, hay otros países que parecen lanzar hasta aquí el perfume de sus bosques de cerezos y magnolios. Al cruzar la bahía y las calles de San Francisoo creemos sentir —¿es una ilusión?— el perfume y la atracción del Oriente lejano.

A través del cortinón flotante de grisácea neblina vislúmbrase ya un amontonamiento de edificios desiguales y enormes: la ciudad de San Francisco. Llegamos a la Ferry House y saltamos a tierra. Apreturas, empellones, codazos con la gente que se dirige a tomar el *ferry*, el tren, el tran-

vía; ruido y confusión. Y momentos después, pensando que en el ambiente de San Francisco hay —¿será otra ilusión?— mucho a la vez de cosmopolitismo y de rudeza primitiva, me pierdo entre el ruido y el tumulto de *Market Street*, solo, ligero y despreocupado como un vagabundo.

EL HOMBRE DE LA BOCINA

A este hombre terrible, parado junto a un automóvil gigantesco; a este hombre terrible, que empuña una bocina enorme y grita con voz atronadora, no es la primera vez que lo hemos encontrado. En Nueva York nos invitaba a visitar la Ciudad China y a hacer otras excursiones no menos interesantes para el turista frívolo. En Chicago, en las noches estivales, nos invitaba a dar paseos en bote por el lago. En Portland, en Seattle, en Vancouver, lo encontramos también. En San Francisco no podía faltar. ¿Cómo iban a faltar aquí el hombre de la enorme bocina y su áspera

voz atronadora? ¿Qué quiere, qué hace aquí —preguntáis— el hombre de la bocina? Este hombre terrible desea hacernos ver, en poco, en muy poco tiempo, un par de horas cuando más, todas las riquezas, todas las bellezas y todos los misterios de la gran ciudad del Oeste.

Ved. Poco a poco, el automóvil, el enorme automóvil, donde caben cincuenta o sesenta personas, se ha llenado de gente. Y va a ponerse en marcha. ¿Pero quiénes son estas señoras, estas señoritas, estos señores, que poco a poco han ido llenando el automóvil? Son viajeros infelices que sufren la doble tiranía de la curiosidad y de la falta de tiempo; tienen mucha prisa y quieren verlo todo en un instante; son los pobres *rubber-necks*, cuellos de goma, como aquí se los llama.

El automóvil avanza rápidamente. El hombre de la bocina ocupa un lugar elevado, a la cabeza del coche. El ruido de la ciudad tumultuosa no logra apagar la voz

atronadora que sale de la bocina de metal. Los *rubber-necks*, los infelices, curiosos y apresurados *rubber-necks*, le oyen perfectamente, no obstante el ruido y el tumulto de la ciudad; y mientras el automóvil sigue marchando, sigue corriendo, ellos miran arriba, miran abajo, miran a este lado y al otro, vuelven la cabeza a todas partes, sin cansarse nunca: por algo se los llama *rubber-necks*, cuellos de goma. Y el hombre de la bocina, con voz áspera, atronadora, sigue diciendo la altura de este y del otro edificio, el número de pisos, de puertas, de ventanas, de ascensores que contienen, los millones de dólares que costó levantarlos. El hombre de la bocina les hace una pintoresca descripción del parque inmenso que, a toda velocidad, sin detenerse ni un instante, van cruzando ahora. Pasan frente a la playa, suben a la *Cliff-House*, cruzan ante las residencias de millonarios, corren por las alturas del presidio, atraviesan calles y más calles, llanas o en rá-

pida pendiente. El hombre de la bocina habla de las víctimas que causó en esta parte de la ciudad tal o cual incendio, o tal o cual terremoto; de las gentes que habitan aquella barriada; de la clase de culto que se celebra en ese templo. Y de vez en cuando —no hay que olvidarse del negocio— ofrece a los pobres *rubber-necks* tarjetas postales, billetes para otras excursiones, planos y guías de la ciudad.

Una hora u hora y media después el automóvil ha cesado de rodar. Los simpáticos *rubber-necks* descienden satisfechos. Ya lo han visto todo, ya se han enterado de todo. Y como tienen prisa, mucha prisa, se dirigen a la estación, toman el tren para otra ciudad, donde seguramente los aguarda el hombre de la bocina, con su automóvil gigantesco y su voz atronadora.

TRES PECADOS MORTALES

En el club, mientras la lluvia cae fuera, mi amigo y yo charlamos de cosas de América y de España. Mi amigo es un español, muy joven todavía, que ha pasado muchos años en distintos países del nuevo continente.

Si en cualquier parte la vejez, la enfermedad y la pobreza son consideradas como las mayores calamidades que pueden pesar sobre un hombre, en los Estados Unidos, en medio de esta vida de actividad incesante, se va más lejos aún, y la vejez, la enfermedad y la pobreza son algo así como verdaderos pecados mortales que ins-

piran no pocas veces más desprecio que compasión. Expliquémonos:

En Europa envejecemos o nos decimos viejos demasiado pronto. Son muchos los que apenas han ingresado en una carrera, y ya calculan cuánto podrá quedarles de jubilación. En Europa —en España acaso más que en ningún sitio—, al llegar a los treinta años, empezamos a decir con tono melancólico, que sin duda nos parece interesante, que ya vamos siendo viejos: viejos, para emprender nuevos rumbos en la vida; viejos, para seguir estudiando; viejos, para sentir curiosidad por las cosas o por las ideas; viejos, en una palabra, para todo lo que puede contribuir a hacer enérgica, grata y útil nuestra existencia. En América del Norte, por el contrario, un hombre que a los cuarenta o cincuenta años se confesara viejo, parecería un tipo absurdo. Al principio sus palabras harían reír, juzgándoselas como un chiste más o menos ingenioso; pero, de insistir en ellas,

pronto empezarían a inspirar desconfianza y hasta desprecio. Nadie tendría fe en la energía e inteligencia de un hombre que se sintiera viejo y cansado, y el tal individuo ni siquiera podría hallar una colocación decorosa.

En cierta ocasión yo cometí la ligereza de llamar "venerable" a cierto amigo mío, al publicar unas líneas sobre él. Cuenta este señor más de sesenta años; pero lo de "venerable" produjo en él una verdadera estupefacción.

—Vamos a ver —me preguntó luego—, ¿por qué me ha llamado usted venerable? ¿Será porque uso barba?

Y es que en los Estados Unidos no existe el tipo de "viejo venerable". Aquí no vemos esos viejecitos apacibles y simpáticos que en los pueblos y ciudades españolas se pasan las horas muertas charlando de política, del tiempo o de vidas ajenas en el casino, en la botica tal o en la confitería cual; que marchan por la calle muy des-

pacio y con aire grave; que todas las tardes, cuando hace bueno, salen a dar su paseíto y a tomar el sol, hablando siempre de las mismas cosas. Aquí, un hombre de sesenta años despliega la misma actividad que otro de veinticinco; trabaja de la mañana a la noche; vive en agitación constante; viaja de un extremo a otro del continente, y no suele ocurrírsele siquiera el pensamiento de consagrar sus últimos años al reposo. Vivir sin hacer nada, aquí resulta disparatado y hasta criminal. El deber primero y el placer mayor consiste para los norteamericanos en dar una intensidad y una significación crecientes a sus vidas; en hacer, en crear. Por eso aquí nadie se siente viejo, y el que se confesase tal, cometería un gravísimo pecado.

"En España —sigue diciendo mi amigo—, el tema de la enfermedad llena gran parte de nuestras conversaciones. Este nos habla de sus malas digestiones; aquél, de sus jaquecas; el de más allá, del catarro

de la señora o de la indisposición del nene; y son no pocos los que hacen descripciones demasiado realistas de sus dolamas y alifafes. En los casinos de provincia vemos por todas partes gentes que se atiborran de bicarbonato; oímos un coro continuo de toses y carraspeos; tenemos que soportar charlas desagradables de personas aprensivas o achacosas, y nos preguntamos si aquello es una sociedad de hombres normales o un hospital. Por otra parte, si habláis de vida higiénica y racional, aquellas gentes se reirán de vosotros. El baño diario, por ejemplo, les parece una extravagancia, y dormir con la ventana abierta, una locura...

"En América del Norte el hombre vale más o menos, según la inteligencia que posee y la energía que puede desplegar. La enfermedad es un signo de inferioridad, y por eso nadie habla de ella y todo el mundo trata de evitarla. La misión que a cada cual se le encomienda debe ser cum-

plida sin pérdida de tiempo y sin escatimar esfuerzo. El hombre enfermo puede perturbar la marcha del negocio que se le confíe, o realizar una tarea poco eficaz. Por eso, aquí, el primer deber del hombre, para sí mismo y para la sociedad, consiste en conservar la salud. Y si el trabajo intenso y eficiente es una de las características de la vida americana, el ejercicio de toda clase de deportes, el disfrute del *confort* y la práctica de la higiene lo son también.

"En ningún país como en América del Norte —termina diciendo nuestro amigo— es tan cierto aquello de que "tanto vales cuanto tienes". Aquí, donde los recursos son ilimitados, donde cada cual tiene ante sí mil caminos diferentes, claro es que la pobreza ha de parecer menos respetable que en otros pueblos económicamente inferiores. Nadie se cree en la obligación de permanecer eternamente condenado al ejercicio de una profesión que sólo le pro-

duce lo indispensable para vivir al día. De continuo, si sabe descubrirlas, se le ofrecerán oportunidades de mejorar su suerte. Por eso, la pobreza es considerada aquí como signo de falta de inteligencia, de energía y de actividad, y, por tanto, mirada con menosprecio."

Estos son, según mi amigo, los tres pecados capitales que un hombre puede cometer en América del Norte.

EN BUSCA DE MARIDO

DESDE Norfolk (Virginia) transmiten a la *Chicago Daily Tribune* una noticia verdaderamente trascendental. Acaba de llegar a aquel puerto el buque inglés *Taihul,* con 200 mujeres jóvenes a bordo, que se dirigen a Nueva Zelandia en busca de marido. Una de estas jóvenes inglesas, miss Ruth Mace, ha querido hacernos saber los buenos propósitos que guían a viajeras tan originales. "Vamos a Nueva Zelandia —viene a decir miss Ruth Mace— para casarnos si encontramos maridos que valgan la pena. No buscamos hombres ricos. Queremos ayudar a constituir buenos

hogares y formar una buena nación. Hay en Inglaterra pocos hombres en condiciones de casarse, y la mayoría de los que pudieran hacerlo no quieren echar sobre sí la carga de una esposa."

Indudablemente miss Ruth Mace y sus intrépidas compañeras tienen mucha razón; y si yo fuera mujer, os juro que trataría de imitarlas. Los hombres de Europa son terriblemente egoístas; no se puede contar con ellos para nada, y menos que nada para el matrimonio. Están muy lejos ya aquellos tiempos felices en que se leían, con los ojos húmedos de lágrimas, las cartitas de Werther o los versos de Lamartine, y en que se lanzaba uno al matrimonio a la buena de Dios y con el alma rebosante de optimismo. ¡Ah, no! Aquellos tiempos venturosos están muy lejos ya. Hoy los papás se inquietan, las mamás ensayan al espejo miradas y sonrisas, piensan en que los tiempos son difíciles. Entretanto los hombres, en Londres como en Ma-

drid, se pasan la vida en el club o en el café; se gastan el dinero en diversiones, en viajes, en lujos, en vicios y en aventurillas inconfesables; pero no les hable usted del matrimonio. Cuando un amigo nos anuncia su "próximo enlace", le miramos como a un héroe y como a un infeliz, y todos le dirigimos las frases más alentadoras: "¡Pero, hombre, qué disparate va usted a hacer! Mire usted, a mí en el matrimonio no puede irme mejor; pero, francamente, no se case..." Si el egoísmo es un síntoma de vejez, hay que convenir en que los europeos somos ya demasiados viejos. El matrimonio requiere mucha juventud en los individuos y en los pueblos.

Parece ser que este grupo de muchachas casaderas no será el último que marche hacia aquellas islas venturosas. Y yo me pregunto: ¿para qué irán tan lejos estas señoritas? Con desembarcar en los Estados Unidos habrían resuelto el problema. Aquí el hombre no vale nada, y la mujer

lo es y lo puede todo. Aquí si alguien aspira a casarse y no lo consigue, no es precisamente la mujer.

Ayer, con nuestra indiscreción habitual, preguntamos a una amiga:

—Miss Darling, ¿cuándo se piensa usted casar?

—¡Casarme yo! ¡Qué locura! ¡Pero si sólo tengo veintiocho años! Antes de pensar en el matrimonio debo hacer cosas más importantes, y quiero ver y vivir mucho todavía. Figúrese que aun no he estado en Suiza, ni en Italia, ni en el Japón. Nada; antes de los treinta y cinco años no me caso. Para el matrimonio siempre hay tiempo.

Realmente en este país una mujer, aunque no sea tan encantadora como miss Darling, siempre puede hallar marido. En cambio, los pobrecitos hombres... Un hombre, para casarse aquí, tiene que ser joven, guapo, fuerte, simpático y, sobre todo, rico. Si no es muy rico, deberá poseer ciertas

habilidades de gran importancia para la vida del hogar, como, por ejemplo, las de de fregar platos, preparar un buen *roats-beef*, encerar el piso, etc., etc. Los que no sabemos ninguna de estas cosas, nos quedaremos, de fijo, para vestir imágenes.

—¿Pero es posible? —dirán no pocas mamás españolas.

Vaya si es posible, señoras mías. Y la razón es muy sencilla: en los problemas del corazón, como en todo, rige la dura ley de la oferta y la demanda. Y en los Estados Unidos, lo mismo que en Nueva Zelandia, resulta que hay muchos más hombres que mujeres.

Así, pues, si miss Ruth Mace y sus amables compañeras iban sintiendo ya la fatiga del viaje, pudieran haberse quedado por aquí, y cada una de ellas no habría tardado en encontrar lo que va buscando: un buen marido.

¿TIENE USTED AUTOMOVIL?

LECTOR, si alguna vez te diriges a este país, créeme, cómprate lo antes posible un automóvil. Los desgraciados que tenemos que marchar a pie, sobre correr mil veces al día el riesgo de morir aplastados, representamos un papel insignificante y ridículo, algo semejante al que representaríamos asistiendo a un baile aristocrático con las botas descosidas y los calzones remendados. El infeliz que no tiene automóvil, ni vale nada ni puede aspirar a nada. Al que tiene automóvil, los mayores defectos le serán perdonados. El que

tiene automóvil, nunca llega a viejo, ni nunca parecerá feo ni antipático. El dueño de un automóvil es invariablemente un ser lleno de perfecciones, para quien la vida tiene reservados los mayores triunfos y los placeres más envidiables. No os extrañe ver frecuentemente rodeados de muchachas bonitas a este buen señor machucho y a ese joven antipático, horrible y grosero; sabed que los dos tienen automóvil.

Un estudiante, amigo mío, acaba de anunciarme que ha comprado un automóvil de siete asientos.

—¡Caramba! ¡Pues que sea enhorabuena! ¡Para usted es el mundo! (Le he felicitado con la misma efusión que si se hubiera casado con una millonaria o acabase de descubrir un nuevo continente.)

Y el caso no es para menos. Cuántas veces, marchando por las orillas del Mississipí —nuestro paseo favorito— o dando vueltas por los parques, no nos hemos di-

cho con melancolía: "¡Ah, si yo tuviera automóvil!" Porque veíamos desfilar junto a nosotros una procesión interminable de coches, en no pocos de los cuales iban grupos simpáticos de muchachas y muchachos, dejándonos oír, al pasar, la greguería de sus charlas y de sus risas. Unos irían de merienda a cualquier lugar pintoresco de las orillas del río o de algún lago (y cruzaban por nuestra imaginación algunos recuerdos amables de estos amables *picnics* americanos); otros quizá fuesen a comer y a bailar a un restaurante de moda o a un gran hotel; otros acaso emprendían un largo viaje; otros... no podíamos adivinar siquiera adónde se dirigiesen.

Y mientras seguíamos avanzando a pie, humilde y filosóficamente, nos repetíamos sin cesar: "¡Ah, si yo tuviera automóvil!"

En España pueden hacerse muchas cosas todavía llevando unos duros en el bolsillo; aquí, no podéis aspirar a nada si no tenéis automóvil. Para quedar bien con la mucha-

cha que invitáis a comer; para hacer buenos negocios; para ser buen político, buen escritor o buen catedrático, y hasta para poder casarse —no hay que darle vueltas—, hace falta un automóvil.

Oíd esta tragedia pasional. Un amigo mío, días atrás, se enamoró perdidamente de una muchacha encantadora. Mi amigo D. es un hombre ingenuo, imaginativo e impresionable. A poco de iniciar su charla con aquella muñequita deliciosa, mi amigo D. se hallaba convencido de haber tropezado nada menos que con la felicidad. Pero, súbitamente, de aquellos mismos labios rojos y finos que le habían dedicado palabras y sonrisas amables, mi amigo D. oyó brotar una pregunta desconcertadora:

—Señor D., ¿tiene usted automóvil?

El pobre muchacho debió sentir flaquearle las piernas, y de fijo habría querido que la tierra le tragase para no verse obligado a hacer la humillante confesión; porque mi amigo D., sabedlo, no tiene automóvil,

y, por tanto, ya no podía ser feliz con aquella muñequita adorable.

Al automóvil se atribuyen, además, virtudes verdaderamente prodigiosas. ¿Sabéis por qué la mujer norteamericana es tan inteligente y activa, tan aficionada a la vida intensa y brillante? Pues, según me dicen, es así gracias al automóvil. Yo, al principio, lo dudaba; pero ahora estoy convencido de ello. Fijaos en estas señoras graves o en estas muchachitas frescas que pasan junto a nosotros guiando su coche, y decidme francamente si, después de marchar durante unas horas por estas calles, dando a cada momento pruebas de energía y de serenidad ante los mil obstáculos y peligros que se les presentan por dondequiera; decidme si después de rodar día tras día por los caminos y los parques, estas chiquillas encantadoras que pasan al lado nuestro dirigiendo su automóvil no han de encontrar demasiado monótono y vulgar eso de recoser los calcetines o de

preparar el rosbif. Yo, si fuera mujer, después de haber gozado las delicias del automóvil, os juro que preferiría mil veces perorar en un club, organizar una campaña política o escribir una novela antes que soportar las impertinencias del esposo o los intempestivos desahogos del crío.

Hay quien desde España me escribe, poco más o menos, lo siguiente: "Le compadezco a usted con toda el alma. Ese país será muy rico y muy admirable; pero en ciertos órdenes de la vida debe de parecerse más a una Tebaida que a un Paraíso." Yo no contesto nunca a estas puerilidades; pero pienso siempre: "No sea usted cándido, mi buen amigo. Venga por acá, cómprese un automóvil... y después hablaremos."

POR LAS CALLES DE MILWAUKEE

TRAS un viaje de doce horas por campos cubiertos de nieve endurecida por el hielo, el tren, muy de mañana, me deja en la estación de Milwaukee. Vengo a pasar las Navidades en compañía de unos amigos, y, de paso, a conocer esta ciudad, la mayor del Estado de Wisconsin, y una de las más características de esta parte del país.

Cuando salgo del hotel, la gente llena ya las calles centrales de la población. Las puertas giratorias de los grandes almacenes no cesan de dar entrada y salida a

una multitud que marcha con rapidez a lo largo de las aceras o se detiene ante los escaparates, aguantando estoicamente el azote del viento frigidísimo, que corta la respiración y enrojece el rostro. Las puertas giratorias de los grandes almacenes no cesan un momento de dar entrada y salida a una multitud que en el interior de los enormes comercios hormiguea por todas partes, avanza trabajosamente, se detiene aquí y allá entre achuchones, enganches, pisotones y codazos. Todo el mundo va cargado de paquetes y busca nuevos paquetes con que cargarse más. Las vendedoras procuran atender a unos y a otros, hablan y sonríen mecánicamente, van y vienen rápidas, escriben febrilmente números en pequeñas hojas de papel. La sección de juguetes, la sección de joyería, la sección de plantas y flores, la sección de camisería, todas, están llenas. En el comedor no hemos podido hallar una mesa vacía donde tomar el *lunch;* en el escritorio se firman

y se dirigen miles de tarjetas de felicitación. No nos extrañamos de nada: hoy es la víspera de Navidad, hoy es preciso comprar muchos regalos: juguetes para los niños, recuerdos para nuestras amistades, tarjetas, muchas tarjetas, en que —en verso y prosa, con monos y ornamentos de toda clase— deseamos Navidades y Año Nuevo muy felices a mil personas que nos tienen absolutamente sin cuidado.

En la calle, de nuevo, nos basta dirigir una mirada a los rótulos de las tiendas para convencernos de que estamos en una ciudad casi completamente alemana: Schlitz, Blatz, Keller, Krause, Steinberg, son los primeros nombres con que tropieza nuestra vista. Por todas partes, aquí, como en cualquiera de las grandes ciudades americanas, mucha gente, mucho ruido, coches y camiones automóviles que pasan velozmente, tranvías que corren y se detienen entre golpeteos y chirridos metálicos. Cruzamos un gran puente de hierro sobre un

gran canal de agua verdinosa y grasienta, bordeado de enormes edificios cuyas chimeneas arrojan columnas de humo y nubes de vapor, cuyos muros despiden chorros de agua hirviendo, que cae sobre el agua helada del canal. En *East Water Street* nos encontramos frente a frente con el grande y macizo *City Hall*. Antes de llegar a él, la amiga que nos acompaña quiere que visitemos el café Martini, centro de reunión interesante y pintoresco —se nos dice— de artistas y escritores. Es un pequeño café, más bien una pastelería, con diez o doce veladores de mármol, unas cuantas sillas y dos o tres espejos. No hay nadie en el célebre café Martini, y se me figura bastante menos interesante y pintoresco de lo que me habían dicho.

Estamos ahora en no sé qué museo. Cuando se han recorrido centenares de museos en Europa y América, y se lleva al lado a una muchacha bonita y espiritual, es natural que se preste bastante menos

atención a los peces colgados de la pared, a los monstruos prehistóricos pendientes del techo, a los ídolos indios, a los canguros y monos disecados, etc., etc., que a las palabras de la bella acompañante. Lanzo a todas las cosas una ojeada superficial, y digo, de tiempo en tiempo, mecánicamente, sin romper el hilo de nuestra charla: "¡Muy interesante!... ¡Muy interesante!"

Ya bien de noche, a nuestra gentil amiga se le ocurre llevarme a ver el lago. Cruzamos un gran parque. Bajo nuestros pies, que dejan huellas profundas, cruje la nieve, cuyos diminutos cristales rebrillan a la pálida luz de los arcos voltaicos. Ante nosotros se pierde lejos, muy lejos, en la obscuridad de la noche, la helada superficie del Michigan, y titilan, clara, nerviosa, intensamente, las estrellas en el aire diáfano y cortante. Azota nuestros rostros un viento terriblemente frío. Y yo contemplo con delicia la hermosa figura de mi

acompañante, que, ante el bello espectáculo, abstraída, insensible a todo cuanto no sean sus pensamientos, repite por lo bajo: "¡Wonderful!... wonderful... wonderful...!"

"MERRY CHRISTMAS"

Muy temprano, el timbre del teléfono me despierta. Una voz de mujer, una voz amiga, me envía desde muy lejos —desde el otro extremo de la ciudad— la primera felicitación de Pascuas: "Merry Christmas", y me pregunta si estaré dispuesto a salir dentro de una hora. Me visto a la carrera, pensando una vez más que estas mujeres, en apariencia tan delicadas y frágiles, son infatigables y tienen nervios y músculos de acero.

Nos ponemos en marcha. Vamos dejando atrás las últimas calles, rectas e iguales, de la ciudad. Bajo el cielo de azul des-

teñido y cenizoso se extiende ante nosotros el campo abierto, blanco de nieve, con sus colinillas y hondonadas, con sus bosquecillos de troncos recios y obscuros. Pasamos cerca de un cementerio. Se ven en él, entre cruces, columnillas y obeliscos de mármol cubiertos de nieve, siluetas de gente que en este día llevan a sus muertos coronas de follaje perenne y ramos de flores. Nos faltan bastantes millas aún. El automóvil sigue avanzando rápidamente por el camino blanco. Hace frío, mucho frío. Y el paisaje, siempre igual, blanco de nieve, con sus colinillas y hondonadas, con sus bosquecillos de troncos recios y obscuros, continúa desfilando ante nosotros. La encantadora acompañante suspende un momento su charla espiritual, y dice en español: "Aquélla es nuestra casita." Y señala hacia una casa de muros grises y de tejadillo pino que se destaca a lo lejos, en una altura.

A la puerta sale a recibirnos, entre otras

personas amables, un anciano, que nos acoge cordialmente y nos da la bienvenida recitando versos alemanes. Corre hacia nosotros alegremente una niña, preciosa muñequita blanca y rubia, y muestra los nuevos juguetes que halló esta mañana junto al árbol de Navidad, primorosamente adornado, que ocupa uno de los rincones de la estancia.

Apenas llegado a esta casa me encanta ya el ambiente de sencillez y cordialidad que en ella he encontrado. Todos procuran hacer olvidar al extranjero que en este día —día de Navidad, perfumado de recuerdos y melancolías— se halla entre gentes y en lugares que no son los suyos.

Pasan las horas rápida y dulcemente. Hablamos de la vida americana y de la vida europea, de problemas del momento actual, de arte, de literatura, de libros y de viajes. Me hacen ver muebles y cuadros antiguos traídos de Europa, pinturas y muebles caprichosos de procedencia orien-

tal. Llama mi atención una vieja fotografía. Representa a una familia modesta del sur de Alemania. Junto a una mensulilla barroca hay una señora sentada, una señora vestida con justillo prieto y falda muy amplia, que tiene a un niño pequeño en los brazos; a su lado, de pie, un señor empuña un gran jarro de cerveza; al otro lado, una niña, de ojos grandes y muy dulces, toca un tímpano de teclas de cristal; completan el grupo dos muchachos gordezuelos, de blusa y pantalón corto, plantados simétricamente a cada uno de los extremos. El señor que ante la mensulilla barroca alza el jarro de cerveza es el anciano que esta mañana salió a recibirnos y a darme la bienvenida; la niña de grandes ojos muy dulces es la encantadora amiga que aquí me trajo, y las demás figuras de la vieja fotografía —salvo la señora del justillo prieto y la falda amplísima, cuya ausencia, para siempre, del hogar todos recuerdan hoy con tristeza— son las perso-

nas amables que al entrar en esta casa he conocido.

Pasan las horas rápida y dulcemente. A veces, nuestra bella acompañante se separa unos momentos de nosotros para ordenar, para prevenir algo. A veces mi vista, tras los cristales de la estancia acogedora y tibia, se pierde en la llanura sin límites, donde zumba sin cesar el viento, arrastrando torbellinos de nieve pulverizada. Y al caer de la tarde, cuando iluminan solamente este rincón de paz las velitas de llamas tembladoras, las lucecitas multicolores del árbol de Navidad, yo recojo las últimas impresiones de este día inolvidable, pasado dulce y serenamente muy lejos de nuestra España.

VISIONES DEL CAMINO

EN MARCHA HACIA EL SUR

OTRA vez, curioso y paciente lector, hemos vuelto a coger nuestra maleta, nuestra guía, nuestro cuaderno de notas y nos ponemos en marcha. Y nos dirigimos a la estación con el buen humor y la frescura de espíritu de quien va a olvidar por unos meses sus habituales tareas, y caminará un poco por tierras aun desconocidas para él, y se pondrá en contacto espiritual con gentes muy distintas de las que le son familiares.

Ayer nos reunimos con varias personas

amables, en un lugar pintoresco y apacible, para celebrar una merienda o *picnic* de despedida. Cada uno de nosotros emprenderá un rumbo diferente, dentro de unas horas o de pocos días. Y mientras la última claridad de la tarde se iba diluyendo en un cielo inmaculado, de serenidad perfecta; mientras sobre nosotros oíamos la susurrante palpitación de los árboles espesísimos al remecerse, y el aleteo duro o perceptible apenas, y los chillidos y gorjeos de pájaros invisibles; mientras las canoas es deslizaban calladamente por las aguas quietas y luminosas del río, y las luciérnagas lanzaban aquí y allá, entre las sombras, vivos chispazos centelleantes..., nosotros charlábamos y reíamos, comunicándonos nuestros proyectos para los meses de verano. Tú y yo, lector curioso y paciente, que ya me acompañaste por otros caminos, nos dirigiremos hacia el Sur ahora: dentro de unos días nos encontraremos en Méjico, y dentro de unos meses

en Cuba. ¿Quieres seguirme, como otras veces, con la imaginación? Nos comunicaremos nuestras impresiones, nuestros goces y nuestras fatigas, y tendremos la sensación de vivir la misma vida durante el breve espacio que dure la lectura de cada uno de estos capítulos, trazados frívola, ligeramente, sin otra pretensión que la de cristalizar en palabras impresiones volanderas; escritos frívola, ligeramente, al correr de la pluma, en el coche del ferrocarril, en la habitación del hotel o de la fonda, en el banco de un Parque, en la mesa de un café, en lo alto de una montaña o en la cubierta de un navío.

El tren que nos lleva hasta Chicago acaba de detenerse. Entrar en las calles del barrio comercial de Chicago en un día como hoy, de gran calor, húmedo, pesado, asfixiante, es casi casi exponerse a sufrir un suplicio dantesco. Por cima de nuestras cabezas pasa el "elevado", entre golpeteos, sacudidas y rechinamientos atolondrado-

res; la gente, sudorosa y congestionada, va y viene, deteniéndose en cada esquina para dejar pasar varias filas de tranvías, coches, carros y camiones automóviles que marchan a la carrera. Todo parece negro, sucio, feo. Se respira un aire denso, cargado de polvo obscuro y pegajoso. "¡Este Chicago es horrible!", pensamos. Pero unas horas más tarde —después de un baño confortable y purificador—, al presenciar el desfile de diosas de la Michigan Avenue; al marchar con un amigo por las avenidas umbrosas de Lincoln Park; al tender la vista por el lago inmenso, de aguas quietas y de un azul exquisitamente pálido y cristalino; al gozar unas horas de amable charla con personas amigas, volvemos a reconciliarnos con Chicago.

Y nos dirigimos apresuradamente a otra estación. Un tren rapidísimo, el *Panamá Limited*, va a llevarnos, en veintitrés horas, de Chicago a Nueva Orleáns; es uno de esos trenes a la americana, con su sala

de lectura y su cuarto de baño, con su peluquería y su coche observatorio, con su servicio telefónico y telegráfico, con sus *porters* negros, con sus doncellas, negras también, para atender a las señoras, un tren donde el viajero descontentadizo y comodón puede satisfacer muchas de sus necesidades y no pocos de sus caprichos; es uno de esos trenes a la moderna en que vamos a cruzar, en menos de veinticuatro horas, de Norte a Sur, casi todo el país.

Vemos desfilar a uno y otro lado de nuestro coche, durante muchas horas, el paisaje plano y monótono de las llanuras centrales, campos y praderías ahora verdes, casitas de madera pintadas pulcramente, lagunas y arroyos bordeados de árboles recios y cargados de fronda, ciudades y pueblos iguales los unos a los otros. Hasta bien entrada la mañana siguiente, nuestros ojos no descubren un espectáculo distinto. Ahora, sí; estas casuchas de madera sin pintar, descuidadas y sucias, habitácu-

los de negros; estos bosques de robles, de pinos, de cipreses; estas plantaciones de caña, de tabaco, de algodón; estas charcas de agua densa, medio cubiertas por hojas grandes y carnosas y por flores de marfil; estos caminos polvorientos, por donde cruzan hombres, mujerucas y chicuelos de trajes claros y atezada piel, nos hablan de otro ambiente. Estamos en pleno sur de los Estados Unidos, y bien pronto podremos marchar a la ventura por las calles pintorescas y animadas de Nueva Orleáns.

EN NUEVA ORLEÁNS

EL ENCANTO DE UNA CIUDAD MUY VIEJA Y MUY NUEVA

HACE tres días que llegué a Nueva Orleáns y tengo que realizar un verdadero esfuerzo —un esfuerzo algo doloroso— para salir de ella. Desde que di el primer paseo a lo largo de las aceras animadas de *Canal Street;* desde que vagué al azar por primera vez a través de las callejas angostas y pintorescas de los antiguos barrios español y francés, lugares llenos de sorpresas para los buscadores de sensaciones; desde que empecé a divagar

y a curiosear por los muelles, con sus cargadores negros, con sus tiendecillas miserables, donde se venden, en disparatada confusión, las cosas más diversas: bebidas refrescantes, polvos insecticidas, trajes de marinero, botas de montar, trozos de *rosbif* y montones de confituras nada apetecibles, todo con buen acompañamiento de polvo y moscas; desde que lancé la primera ojeada a la *Saint Charles Avenue*, donde tienen sus residencias magníficas, entre jardines desbordantes de vegetación casi tropical, los antiguos millonarios criollos y la gente más nueva que tras ellos vino a levantar, en pocos años tal vez, grandes fortunas en este rincón del mundo propicio a las iniciativas, a las luchas y a las improvisaciones; desde que entré, con la emoción que experimento siempre al hallar cosas nuestras en tierras remotas, en la Catedral de San Luis, y en el viejo "Calabozo", y en el "Palacio del Cabildo"; desde que, en una palabra, me puse en con-

tacto con el espíritu de esta ciudad —una de las pocas ciudades norteamericanas con un pasado lleno de sugestiones poéticas—, hasta el momento, ya próximo, de la partida, me he sentido y me he dejado poco a poco invadir y dominar por el encanto de esta urbe, muy vieja y muy nueva a la vez, de América del Norte. Y yo no sabría deciros en qué consiste el encanto insinuante y dominador de Nueva Orleáns, no obstante sentirlo y gozarlo con toda el alma. ¿Es la influencia aquietadora y sedante de la atmósfera, cargada de humedad y de perfumes, que se respira en sus jardines, bajo un cielo desbordante de luz? ¿Es el haberme creído, en mis andanzas a través de sus barrios antiguos, caminando a la ventura por las callejas románticas de alguna ciudad española o francesa? ¿Es el espectáculo, nuevo para mí, de una ciudad y de un puerto que nos hacen presentir ya, con su mezcla pintoresca de razas, con su ambiente de vivacidad, y al mismo tiempo

de languidez suave y exquisita, los puertos de las ciudades del trópico? Yo no sabría deciros en qué reside tal encanto; lo que sí puedo afirmaros es que lo siento más y gozo más de él a cada instante, y que me duele tener que marchar de aquí dentro de unas horas.

OTRA VEZ EL HOMBRE DE LA BOCINA

Desde California ya os hablé en otra ocasión del hombre de la bocina, de su automóvil formidable, de sus grupos de turistas apresurados y curiosos —los pintorescos *rubber-necks* (cuellos de goma)—, a quienes paseaba y dirigía por las calles de Nueva York, Chicago y San Francisco. Aquí no podía faltar. ¿Cómo iba a faltar aquí el hombre de la bocina? Lo hemos encontrado por todas partes, en nuestras andanzas por Nueva Orléans, con su auto-

móvil enorme, con sus grupos de impacientes y nerviosos *rubber-necks*. Lector, ¿quieres saber las cosas que, poco más o menos, nos diría, sin duda, el hombre de la bocina, si tú y yo cayésemos durante un par de horas bajo su dominio? Nos diría, probablemente, que la ciudad fué fundada en 1718 por el francés Jean Baptiste Lemoyne, sieur de Bienville; que el sacerdote-cronista Charlevoix la describía en 1721 como un centenar de chozas miserables perdidas en medio de una espesura de sauces y palmitos enanos, en tierra pantanosa, infestada de serpientes y caimanes; que en 1772 pasó al dominio de España, volviendo de nuevo a Francia en 1800 y siendo cedida por Francia a los Estados Unidos en 1803. Su población, que era entonces de unos 10.000 habitantes, estaba constituída casi completamente por criollos franceses y sus esclavos. El hombre de la bocina nos guiaría por las calles que llevan aún los nombres de Unzaga, Gálvez,

Salcedo, Casa Calvo, gobernadores de la época española, y por las calles con los nombres franceses de Bourbon, Conti, Toulouse, Royale; calles, unas y otras, con viejos edificios, llenos de memorias, en los que se ven patios floridos, ventanas protegidas por grandes rejas de barrotes entrecruzados, balcones saledizos con barandales forjados artísticamente; y veríamos por todas partes gente pintoresca y locuaz, chicuelos desarrapados y traviesos, mujeres que nos recordarían tipos de las ciudades bretonas o mediterráneas. El hombre de la bocina, con su automóvil formidable, con su grupo de viajeros curiosos, nos invitaría a detenernos unos instantes en la Catedral de San Luis, erigida de 1792 a 1794, a expensas de don Andrés Almonaster y Roxas, natural de Mairena, Reino de Andalucía, fundador de una de las primeras escuelas de la ciudad, así como del Hospital de la Caridad y del viejo Cabildo, y cuyos restos aun reposan frente al altar mayor.

Nos hablaría de los horrores del "Calabozo", de las reuniones del antiguo Consejo Municipal o Cabildo; nos recordaría que no dejáramos de ver, muy de mañana, el espectáculo lleno de color y de originalidad, del mercado francés; nos hablaría de los progresos de la ciudad, de sus fiestas, entre las cuales no olvidaría, seguramente, el famoso Carnaval; nos llevaría por las amplias avenidas modernas, por los parques. Y un poco aturdidos y cansados, diríamos, por fin, adiós al hombre de la bocina.

HISTORIAS Y FANTASIAS

EL AVARO McDONOGH

DENTRO de un par de horas he de salir de Nueva Orleáns con rumbo hacia la frontera mejicana. Y mientras sigo caminando a la ventura por las callejas pintorescas y sugeridoras de los antiguos barrios español y francés, vuelven a mi espíritu algunas historias —mitad reales, mitad imaginarias— que oí en los días pasados durante mis andanzas a la busca de nuevas sensaciones por la ciudad criolla. Son historias que aun se recitan por los labios de alguna dama parlanchina y ges-

ticulante, habitadora de una casa muy vieja, con patio a la española y grandes balcones de férreos y complicados barandales, y hasta la cual llega la gritería de los chicuelos de rostro latino, traviesos y sucios, que corretean por la calle; la música ruidosa y metálica de un organillo de manubrio que llevan de un lado para otro dos muchachos negros, o los discursos estridentes de las cotorras sabias. Y yo no quiero partir de Nueva Orleáns sin referiros algunas de esas historias.

Una de ellas trata de la vida y los amores del avaro John McDonogh. Procedente de Boston, estableciόse en Nueva Orleáns, hacia 1800, el escocés John McDonogh, negociante de gran fortuna, joven, bien educado. Vivía en una casa magnífica, situada en la esquina de las calles de Chartres y Toulouse. Tenía a su servicio gran número de esclavos. Sus caballos y sus coches eran de los mejores de la ciudad. McDonogh brillaba en los salones y era conside-

rado por las jóvenes criollas de su tiempo como el mejor partido. Y el joven escocés no tardó en enamorarse, y enamorarse perdidamente de una española: la bella hija del señor Almonaster. Habiéndose opuesto el orgulloso magnate español (cuya hija fué luego la esposa del barón de Pontalba) a las pretensiones del brillante y rico McDonogh, por ser éste de origen plebeyo, el escocés, despechado, se retiró a vivir a la otra parte del río, en una casa pequeña que se alzaba en mitad de sus ricas plantaciones. Desde entonces, su existencia cambió por completo. Vivía de una manera mezquina y hasta miserable, sin otra preocupación que la de acumular grandes riquezas con el fin de inmortalizar su nombre. Aspiraba a vivir en el recuerdo de las generaciones futuras cuando ya los nombres y los títulos de los orgullosos Almonaster y Pontalba hubieran sido olvidados. Y su avaricia fué día tras día y año tras año, creciendo. Por dondequiera que pasa-

ba era señalado como un monstruo de dureza y sordidez. Cuando murió, en 1850, dejó su inmensa fortuna, por mitad, a dos ciudades: Boston y Nueva Orleáns, para ser aplicada al fomento de la instrucción pública. Más de treinta escuelas de Nueva Orleáns se sostienen hoy gracias a las riquezas legadas por el avaro McDonogh. Y el día 1 de mayo ("McDonogh Day") los niños cubren de flores el monumento de mármol que se erigió a su memoria.

LA TORTURADORA DE ESCLAVOS

Si venís a Nueva Orleáns oiréis hablar, sin duda, de madame Lalaurie, y hasta probablemente iréis hacia las calles Bourbon y Hospital en busca de la casa en que vivió aquella mujer extraña y contradictoria, amable y pérfida, refinada y cruel. En esta casa se establecieron, en 1812, monsieur

y madame Lalaurie, matrimonio rico y elegante; su morada fué durante muchos años uno de los centros sociales más prestigiosos de Nueva Orleáns. Por sus salones cruzó el marqués de La Fayette en 1825. Y todo el mundo ignoraba entonces que aquella dama encantadora, amable y exquisita como pocas, era un monstruo de crueldad. En la casa de madame Lalaurie existía una habitación oculta, y en ella fueron descubiertos más tarde, por el azar de un incendio, seis u ocho esclavos sujetos con gruesas cadenas y con los cuerpos sangrientos y mutilados. Madame Lalaurie acudía con frecuencia a aquella sala de horrores, en los ratos que le dejaban libre sus ocupaciones sociales, y se entretenía en someter a sus esclavos a los tormentos más crueles que pudiera imaginar, sólo por el placer diabólico de verlos sufrir. Cuando los crímenes de la elegante y exquisita dama se descubrieron, el pueblo asaltó su casa, y madame Lalaurie, consiguiendo

burlar a sus perseguidores, se embarcó para Europa. Y hoy se cuenta que los espíritus de los esclavos que fueron víctimas de la elegante y pérfida madame Lalaurie habitan aquella casa misteriosa.

OTRAS HISTORIAS

También en vuestros paseos y exploraciones por las calles de Nueva Orleáns alguien os mostrará el sitio en que tuvieron su fragua, hacia 1810, los hermanos Jean y Pierre Lafitte, dos de los más famosos piratas de aquellos días remotos. Y de los hermanos Lafitte se os referirán mil historias terribles y sangrientas; se os hablará de infinitas naves apresadas, de tesoros ocultos a lo largo de la costa del golfo de Méjico... E igualmente os detendréis unos instantes ante la casa de Napoleón, el retiro suntuoso que al prisionero en Santa Elena destinaban unos cuantos hombres

entusiastas y audaces, mientras preparaban su huída, poco antes de que le sorprendiera la muerte... Y otras cosas que seguiréis viendo, y otras historias —reales o imaginarias— que continuaréis escuchando, os harán sentir más y más el encanto de esta ciudad, soñadora y activa al mismo tiempo, llena de recuerdos del pasado y del tráfago y las conquistas materiales del presente.

OTRA VEZ EN MARCHA

MI ADIOS A NUEVA ORLEÁNS

NUEVAMENTE, desde el tren, veo desfilar ante mí el pintoresco paisaje de Luisiana. Otra vez pasan frente a mi vista las plantaciones de algodón, de tabaco, de caña; los bosques de encina, de pinos, de cipreses, de magnolios; las charcas y lagunas de aguas muertas, rodeadas de juncales punzadores, de hierbas enmarañadas, altas y sutiles, de lirios y jacintos en flor, de espesuras impenetrables cuyos troncos recios se hunden en el fango. De nuevo, marchando por los caminos, formando gru-

pos ociosos en las estaciones, o sentados plácidamente en los porches de sus casuchas sórdidas, veo figuras de negros que espían con curiosidad el paso del tren. Y mientras voy gustando y recogiendo nuevas impresiones a cada instante, todavía flotan y palpitan en mi espíritu los últimos recuerdos de Nueva Orleáns.

Es mañana de domingo y marcho lentamente por las callejas angostas del viejo barrio francés. Me dirijo hacia la Catedral. Quiero despedirme del noble español don Andrés Almonaster y Roxas, cuyos huesos duermen a la sombra de los muros que él mismo mandara alzar. Abro una de las puertas del templo, y no puedo llegar ante la tumba del viejo Almonaster. La iglesia está llena de gente, y desde el púlpito un clérigo, de cuyo discurso no llegan hasta mí sino palabras sueltas, perora monótonamente. Altos cirios de llamas vacilantes arden en el altar mayor, cuyos dorados ornamentos relumbran. Los bancos están lle-

nos de muchachas vestidas con trajes claros y ligeros, y sobre sus cabezas graciosas y espirituales de criollas llevan, como grandes flores de diseño caprichoso, sombreros blancos, rosa, azules, verdes, rojos, Y se percibe por dondequiera el rumor y la inquietud aleteante de los abanicos...

El tren sigue marchando. Y cuando se extingue el día vamos cruzando ya las llanuras de Tejas.

EN SAN ANTONIO DE TEJAS

A poco de haber amanecido, entro en la histórica ciudad de San Antonio de Tejas. Un automóvil me lleva al *Hotel Saint Anthony*, y media hora más tarde, la muñequita rubia que hace subir y bajar continuamente uno de los ascensores me deja en el *roof-garden*, donde tomo el desayuno. Se goza desde aquí una vista espléndida de la ciudad y de la llanura lejana,

ondulada y verdegueante, cortada por la raya sinuosa y cristalina del río San Antonio. Del cielo muy azul, manchado solamente por algunas nubecillas blancas, ligeras, cae una luz intensa, deslumbrante. Ante mis ojos escrutadores se extienden millas y millas de tierra que hollaron con sus pies aventureros, soldados, religiosos españoles, de quienes ya no quedan ni cenizas ni memorias. En estas llanuras inmensas, onduladas y verdegueantes, que se despliegan ante mi vista y se pierden a lo lejos, bajo un cielo muy azul, de donde cae, entre nubecillas algodonosas, una luz intensa, deslumbrante; en estas llanuras que corta la raya sinuosa y cristalina del río San Antonio, se vivieron gloriosamente algunas páginas de nuestra historia, que ya tenemos olvidada.

De nuevo en mi habitación, veo frente a las ventanas una gran plaza a la española, una plaza grande con un jardín en el centro; a la sombra acogedora de los

árboles, entre las manchitas violentas, muy blancas o muy rojas, que se destacan sobre el verde sombrío del follaje inquieto, la gente, siempre atareada, cruza con rapidez, sin mirar siquiera en torno suyo; otros, los menos, marchan con lentitud, y se sientan a descansar o a divagar espiritualmente en uno de los bancos; se oye de tiempo en tiempo el zumbido de algún automóvil que pasa. Al caer de la tarde habrá en este rincón lleno de paz y de encanto viejecitos pensativos, parejas de enamorados, y chicuelos que mezclen sus voces y sus gritos a la ruidosa greguería de los pájaros, siempre niños y alegres.

Me dirijo unas horas después, entre el ruido y la gente de la *Houston Street*, hacia la Plaza del Alamo. Al llegar a ella, veo en uno de sus frentes alzarse la fachada maciza de la iglesia del Alamo, capilla de la antigua Misión de San Antonio Valero, comenzada a construir probablemente en 1744. Cruzo por su interior, ahora

convertido en museo histórico, y después vago por el jardín que medio la rodea. Y voy pensando, con emoción llena de melancolía, en aquellas páginas muy grandes y muy tristes de nuestro pasado.

ANTIGUAS MISIONES ESPAÑOLAS

DESPUÉS de una larga visita a la iglesia del Alamo, me propongo recorrer las antiguas Misiones españolas de los alrededores de San Antonio. Es una tarde de luz deslumbradora y de calor aplanante. Pero mañana cruzaré la frontera de Méjico, y no he de dejar la histórica ciudad de San Antonio de Tejas sin haber pasado antes por las ruinas de sus Misiones.

Tomo un automóvil. El dueño y conductor del mismo es un irlandés comunicativo, de una locuacidad mareante. Antes de

abandonar las calles de San Antonio me ha hablado ya de su vida pasada; del fervor patriótico que en él no ha logrado entibiar un largo destierro de dieciocho o veinte años; del disgusto que le inspira la vida americana y de los grandes deseos de volver al viejo país donde naciera, cuando sus compatriotas cedan a la razón y dejen de destruirse unos a otros. No tardo en comprender que si continúo escuchando a mi elocuente *driver* no podré hacer otra cosa, y le dejo hablar y hablar, mientras dirijo la vista por los lugares que vamos cruzando y revuelvo y acaricio en mi interior ideas y recuerdos.

Atravesamos varias veces el diminuto río San Antonio, de márgenes, a trechos, pintorescas. Cruzamos tierras bien cultivadas y praderas verdes. Y luego de seguir avanzando algún tiempo aún por caminos polvorientos, bajo la luz deslumbradora de un cielo intensamente azul, y envuelto a veces en raudas y densas tolvaneras, nos

detenemos ante la Misión, construída de 1731 a 1752 —bella y bien conservada todavía—, que lleva el nombre de la Purísima Concepción. En medio de la campiña silenciosa y bañada de luz intensa, sobre el suelo revestido de hierba espesa, alta, de duros matojos de hojas aceradas, y bajo el cielo profundamente azul, en donde empiezan a amontonarse nubes algodonosas con manchones plomizos, destácase bella, maciza y dominadora, como fortaleza espiritual, la iglesia de la antigua Misión, con sus cuadradas torres gemelas, con su cúpula todavía casi intacta, con sus gruesos muros mordidos y asaltados por cortinones de plantas trepadoras. Un viejecito sordo acude a recibirnos, y como vive de eso, no nos atrevemos a rehusar su compañía para nuestra visita a lo que se conserva aún del templo y de las dependencias de la Misión, ahora en soledad y abandono; y fingimos escuchar la retahila inútil de sus informes, de veracidad dudosa, recitados mecánica-

mente y con sonsonete monótono y adormecedor de lección aprendida de memoria y repetida quizá miles de veces. Y pasamos media hora inolvidable, yendo de un lado para otro, recorriéndolo y escudriñándolo todo en estas ruinas que, material y espiritualmente, representan algo nuestro. Y luego de descansar unos instantes en el claustro, lleno de sombra y de paz, continuamos nuestra marcha.

En la Misión de San José de Aguayo, tras un breve recorrido en el automóvil de mi gárrulo irlandés, me sorprenden impresiones aun más gratas. Esta es la más bella, aunque no, desgraciadamente, la mejor conservada de las Misiones que hoy me había propuesto visitar. La Misión de San José de Aguayo fué construída, de 1720 a 1731, con una maestría y un refinamiento artísticos admirables, lejos de la vida y de la civilización, en este lugar, casi desierto entonces, de las antiguas fronteras septentrionales de España en el Nue-

vo Mundo. También aquí, a la sombra de un paredón ruinoso, se me aparece la figura temible de un señor flaco y quijotesco, de traje raído, sombrero de paja retostada y sucia, y lentes ahumados, que me amenaza con su compañía y con su cháchara inútil. Adelantándole la propina, me veo libre de él bien pronto. Y me pierdo, vagando y divagando, por las arcadas, escaleras, túneles y pasadizos de las ruinas de San José de Aguayo, entre el polvo que de ellas se desprende y envuelto en el espíritu que de ellas también parece brotar. Subo a la torre, cruzo ante el pequeño bautisterio, y por la cocina, el refectorio, el granero y los restos de algunas celdas de la Misión. Y después de cruzar la nave del templo, ya derruída, y de detenerme por última vez ante su hermosa puerta, y frente a la ventana, muy bella también, de la capilla bautismal, me despido de estos lugares.

Con una breve visita a las Misiones de

San Juan Capistrano y de San Francisco de la Espada, tengo que dar fin a esta interesante y sugeridora, aunque rapidísima, jornada espiritual.

Y así cierro mis correrías por tierras de los Estados Unidos cuando me apresto a cruzar la frontera mejicana.

FIN

ÍNDICE

	Páginas
En el tren	7
Los ruidos de Chicago	15
Los parques	21
La mañana del domingo	29
En el Elevado	37
"The Drives"	45
Hay que ser optimista	51
Días aciagos	57
Hacia el infierno	63
En el barrio bohemio	71
Polacos, bohemios... y algo más	79
En el infierno	87
De la Acrópolis a la pequeña Italia	95
En marcha	101
La Reina de las Llanuras	107
Una noche en Trinidad	115
Albuquerque	121
El Gran Cañón de Arizona	129
Hacia California	137

Páginas

Paseo por Los Angeles..... 145
"Cafetería City"..... 153
Un turista gallego..... 161
Venice..... 167
El cinematógrafo en la vida..... 173
Regeneradores y redentores..... 179
El sexo débil..... 187
Los clubs..... 193
Manía ambulatoria..... 199
En Salt Lake City..... 205
Turistas y mormones..... 211
De mañana..... 217
El hombre de la bocina..... 223
Tres pecados mortales..... 227
En busca de marido..... 235
¿Tiene usted automóvil?..... 241
Por las calles de Milwauker..... 247
"Merry Christmas"..... 253
Visiones del camino..... 259
En Nueva Orléans..... 265
Historias y fantarías..... 273
Otra vez en marcha..... 281
Antiguas Misiones españolas..... 287

The Heckman Bindery, Inc.
N. Manchester, Ind.
NOV 1953
"Bound to Please"

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00026631725